
KARL RADL
2º JEFE de la EXPEDICION "SKORZENY"
YO RESCATE A MUSSOLINI
LA MAS GRANDE HAZAÑA
DE LA 2ª GUERRA
EDICIONES DAVALOS-PELIZZA

KARL RADL

Capitán de las S.S. y segando jefe de la Misión Skorzeny

YO RESCATE A MUSSOLINI

DAVALOS-PELIZZA

Libreros-Editores BUENOS AIRES

Este libro se terminó de imprimir el 7 de julio de 1955, en los Talleres Gráficos de Juan Castagnola e Hijo, Río de Janeiro 135, Buenos Aires.

YO RESCATÉ A MUSSOLINI

por KARL RADL

(Capitán de las S.S. y segundo jefe de la Misión Skorzeny)

La verdadera historia de esa increíble aventura que fué el rescate del Duce, escondido por sus enemigos en la inaccesible cumbre del Gran Sasso, relatada por quien fué segundo jefe y co-gestor de la *misión Skorzeny.*

Por primera vez llega al público de habla castellana un relato de los dramáticos preparativos y pormenores de esta operación, así como de las tentativas anteriores, cuyos detalles no habían trascendido hasta ahora. Y, también por primera vez, se transcribe para el público, palabra por palabra, los términos de las conversaciones mantenidas por el ex jefe del gobierno italiano con sus salvadores, inmediatamente después de reponerse de la sorpresa que le causó el verlos estrellarse con sus planeadores contra las rocas del Sasso.

En este sentido es de destacar que fué el capitán Radl quien quedó a cargo de la custodia del Duce, mientras Skorzeny terminaba de rendir la posición. Por lo tanto, fué a aquél y no a éste a quien se confió el cautivo. En suma, se trata de una obra escrita con ritmo ágil y ameno, que constituye el más veraz relato de lo que ha dado en considerarse como una de las más fabulosas aventuras de nuestro siglo.

ÍNDICE

PALABRAS PREVIAS

En estas páginas se reflejan acontecimientos que — queden al margen cualquier consideración de orden político o ideológico — constituyen una extraordinaria aventura, plena de emoción e imbuida de un admirable espíritu deportivo, aun cuando sus actores lo hicieran en cumplimiento de órdenes precisas y de objetivos perfectamente determinados. Y los editores no deseamos que el lector se adentre en ellas, sin tener pleno conocimiento de que es éste el único relato completo de las alternativas de la misión Skorzeny.

Hemos creído que es de nuestra obligación formular esta advertencia, por cuanto han circulado y circulan mil y una versiones periodísticas, en las que los hechos han sido desfigurados o alterados. En este sentido, la única excepción de todas cuantas han sido publicadas en castellano, es, a estar a nuestros conocimientos, la que escribió el propio Otto Skorzeny, y que ha sido incluida en uno de sus libros. Pero ésta es breve e incompleta.

Karl Radl — lugarteniente de Skorzeny en el asalto al Gran Sasso —, en cambio, ha hecho un relato detallado de los acontecimientos que viviera junto a su jefe, y por cierto que se revela en este libro como'un eficaz cronista. Desde los preparativos para la operación, los afanes y desengaños que les procuró el determinar con absoluta certeza el lugar donde había sido ocultado el Duce, hasta los intentos frustrados y la operación que se vio finalmente coronada por el éxito, todo es contado por el capitán Radl con un estilo directo y simple, muy apropiado para este tipo de exposición, y que hacen de la lectura de este libro algo maravillosamente excitante.

Así lo entendemos nosotros y por eso lo hemos editado. Y tenemos la seguridad de que los lectores compartirán este punto de vista.

LOS EDITORES.

PALABRAS DE MUSSOLINI

"A veces uno puede estar obligado a dejarlos, pero en lo íntimo de su corazón, se volverán a encontrar siempre los motivos que son caros al orgullo y se resurgirá. Es una cuestión de voluntad y de tiempo. Si no falta la primera, el tiempo pasa rápido. Si yo estuviera tan seguro del hoy como del mañana, no dudaría un momento en asegurar que el fascismo ha ganado su batalla y que puede considerarse superada la crisis del momento actual.

"¡ Volveremos!

"Se lo repito, piense usted en lo que le he dicho, hoy, 23 de marzo de 1945."

BENITO MUSSOLINI (De Bonino: *Mussolini mi ha detto.)*

¡MUSSOLINI HA SIDO DERROCADO...!

23 de julio de 1943. Es domingo.

Tenemos un radiante tiempo de verano, un día, en el que finalmente podemos descansar del servicio que nos destroza los nervios y que nos corta el aliento día y noche.

¿El Servicio?

Aquí, en la jefatura del Servicio Alemán de Informaciones, murmuran los teletipos y se oyen los timbres de los teléfonos, desde todos los puntos de Alemania, desde todos los puntos *de* Europa, que está casi totalmente ocupada. Hasta hace muy pocas semanas, nuestras tropas mantenían una gran parte del África del Norte y de Rusia hasta los Uraks. Pero al principio de este año se inició un movimiento de retroceso que no parece detenerse.

O, mejor dicho, ésta es una parte del servicio alemán de informaciones, la oficina VI de la Dirección General de Seguridad del Reich, cuyas oficinas están situadas en un barrio de Berlín, el de Schmargendorf, en los números 32 a 35 de la calle Baerker.

Todavía no existe un servicio único alemán de informaciones. La *Wektmacht* tiene su sistema propio con personal de la vieja escuela, gente que conoce su oficio y que ha pasado por el Estado Mayor. Su actividad se concentra sobre el aspecto militar. Se interesa por los ejércitos enemigos, sus armas, su moral, su cuerpo de oficiales, sus servicios de espionaje, su potencial bélico industrial y muchas otras cosas más. El "contraespionaje" se propone averiguar esos preparativos, paralizarlos y contrarrestarlos. Es la "sección extranjera" de una división de la *Wehtmacht.* Su jefe es el almirante Canaris, un hombre que conoce su oficio, un zorro viejo, inescrutable para muchos, conspirador de alta escuela.

Frente a él se encuentra Walter Schellenberger, jefe de la oficina VI de la Dirección General de Seguridad del Reich, el Servicio de Información Política.

En medio de la guerra, existe una lucha continua entre ambas organizaciones. Se trata de unificarlas y de eliminar a Canaris. Himmler y Schellenberger sospechan de él, y con razón[1].

Nosotros formamos el grupo VI S de la oficina VI. S es la inicial de *Schule* (en alemán, escuela) ; personas que siempre aseguran estar mejor enteradas dicen que S es la inicial de sabotaje (en Alemán, sabotage) pero se equivocan, por lo menos por lo que se refiere a nuestra actividad hasta el año 1943.

El grupo VI S debe educar a un cierto número de agentes, actividad que se lleva a cabo en tres establecimientos: "Seehof”, en La Haya; "Kuh-hof", muy próximo a Deventer, donde se forman los agentes que han de actuar en el frente occidental, y "Heinrichburg", cerca de Semlin, en la Fruska Gora, donde se forman los agentes para el sudeste y el este de Europa.

El grupo VI S inició sus actividades a principios de abril de 1943. Nuestro jefe es el que fué capitán de las S.S., Skorzeny.

Además de una secretaria, yo soy su más cercano colaborador. Por grupos, se van agregando otros.

En Oranienburg se encuentra una unidad especial de las Waffen S.S. Se compone casi exclusivamente de suboficiales y algunos oficiales, con muy poco personal de tropa. Se le designa: "Curso especial Oranienburg". Se trata de personal que se presentó voluntariamente para ser utilizado en misiones especiales.

Cuando se organizó el grupo VI S, Otto Skorzeny fue designado comandante del curso especial de instrucción "Oranienburg", con lo que nosotros nos convertimos en la oficina de Skorzeny.

Se impartían demasiadas órdenes. Schellenberg y sus grupos necesitan agentes que había que formar. El trabajo era agotador, y nuestro grupo es demasiado pequeño para hacer frente a todas las tareas e importantes misiones que se le ordenan. Tenemos poca experiencia y pocos hombres.

El principal inconveniente de la dirección de guerra alemana: "demasiado tarde" se levanta

---

[1] Canaris fué uno de los jefes de la conspiración contra Hitler, que terminó con el atentado del 20 de julio de 1944. *(N. del T.)*

como una fatídica estrella sobre todos nosotros.

Nos queda trabajo de rutina que no debe interrumpirse. Hay mucha actividad en las oficinas. Hay que planear las escuelas, establecer la extensión y materias de la enseñanza, organizarías. Deben ser organizadas cuidadosamente las empresas proyectadas, reunir y ordenar el material para las diferentes misiones.

¿Y el curso especial de Oranienburg? También en ese caso hay que preparar cuidadosamente los proyectos y reorganizar todo.

El trabajo empieza a las 8 de la mañana y dura hasta las siete o las ocho de la tarde. Se inicia nuevamente la tarea a las ocho o las nueve de la noche, para terminar a las tres o las cuatro de la mañana. Se trabaja los días laborables, los domingos y también los festivos. De cuando en cuando, descansamos un día.

Aquel 25 de julio de 1943 fué un día de descanso. Nadie puede hablar de trabajo.

* * *

¿Dónde descansan los berlineses? En el lago Wann. Nosotros hacemos lo mismo. Tengo visita de Viena: ha llegado mi amiga Luisa, junto con Fucker, de Wiener-Neustadt, que se encuentra casualmente en Berlín. Skorzeny vive cerca del lago Wann. Nos divertimos juntos, gozando del cielo azul brillante, del agua, del aire y de todo lo que se puede aprovechar en la playa del lago, en compañía de agradable gente joven que piensa como nosotros.

A las ocho regresamos a Berlín.

Llegué a casa a la una de la mañana y me acosté, y en seguida me quedé dormido. Soñé que golpean la puerta de mi cuarto. ¿Sueño realmente? Oigo la voz de mi patrona:

—Señor Radl, hay un señor ahí que quiere hablarle.

Me levanto de un salto. Miré asombrado el reloj. La 1 y 30 minutos: sólo había dormido media hora.

Ante la puerta se cuadró un soldado.

—Mi capitán. .. Debe venir de inmediato. Hay estado de alarma...

—¿Qué pasa?

—No puedo decírselo. Es un asunto secreto.

—¡No diga usted tonterías! Cuando se me saca de la cama a estas horas, tengo derecho a saber la causa.

—Tengo órdenes de no darle ningún informe.

Me llama la atención su acento. Este hombre debe ser austríaco. Se lo pregunto y no me responde.

—¡Hombre! ¿Qué pasa? Yo también soy austríaco. Me lo puede decir usted con toda confianza.

Nuevamente me da la callada por respuesta.

—Esperaré en la escalera, mi capitán..,

—No, espere usted aquí.

A toda velocidad me pongo el uniforme. Salimos de casa en unos pocos minutos.

—Bueno, ahora que ya no estamos en casa, dígame de qué se trata.

—¡Se quemaron los macarrones! —me dijo en buen dialecto austríaco.

Ahora lo entiendo. Sólo puede tratarse de una cosa: Italia. Pero ¿qué pasa? ¿Se separan de nosotros? ¿O estarán completamente derrotados? ¿Habrán invadido Italia los aliados? Tampoco mi acompañante lo sabe. Por el camino hemos de recoger a otras personas. Todos deben acudir a nuestra oficina central.

Allí todo tiene el aspecto de un hormiguero revuelto; es de noche. Todavía no ha llegado nadie.

Disponemos sólo de dos ambientes. En uno trabaja la secretaria, la taquígrafa y yo. El otro está destinado al jefe y sirve también para las conferencias. Cuando el jefe no está, puedo sentarme yo

allí y escuchar informes. Tenemos otros dos jefes de las S.S.: Schmíel y Besekow. Con ellos se completa el personal.

Todavía no ha llegado ninguno de ellos. Los muchachos del curso especial pueden seguir durmiendo.

Atravieso los corredores de la oficina. Por todas partes encuentro caras de sueño. Todos maldicen sin saber de qué se trata. Por ello, me dirijo al encargado de la sección italiana. Efectivamente, se encuentra en el edificio. Además, no tiene cara de dormido.

—¿Qué pasa?

—¡Mussolini ha sido derrocado!

—¡Eso es imposible!

—No, no sólo no es imposible, sino que es cierto.

—¿Cómo ha ocurrido eso?

—No tenemos noticias fidedignas. Hemos recibido únicamente un telegrama que dice eso. Las transmisoras del enemigo lo han repetido también. No conocemos detalles, fuera de la confirmación de la noticia por nuestro agregado policial.

—¿Tampoco sabe nada más el Ministerio de Relaciones Exteriores?

—Saben aún menos que nosotros.

—¿Qué dice el servicio de contraespionaje?

—No poseemos informaciones por ese lado, pero parecen estar tan asombrados como nosotros.

—Perdone usted, pero los servicios de informaciones deben haber notado que las cosas no andaban bien en Italia. Deben haber advertido a los jefes. ¡La oficina VI está siempre tan orgullosa de sus informes! ¿Cómo ha podido ocurrir eso?

—¡No lo sé!

Resulta, pues, un hecho profundamente grotesco: en la oficina VI del servicio alemán de informaciones políticas no se sabe acerca de ese acontecimiento más que lo que va a transmitir a las siete de la mañana la radio alemana del Estado.

Durante la noche hablo con Skorzeny por teléfono; con su domicilio me une una línea telefónica directa. Sigue en su casa del lago Wann.

El 26 de julio oímos algunas transmisiones radiotelegráficas desde Roma.

El agregado policial informa cómo ve la situación. Hace mucho tiempo que vive allí y sabe formarse una opinión correcta. No pudo ni obtener una visión de conjunto de la marcha de los acontecimientos ni influir sobre ella.

El rey de Italia, por boca del nuevo jefe de gobierno, de-dar que *Italia sigue fiel al Eje y que seguirá luchando hasta la victoria final* Para la alta política, ésas son realidades que no pueden pasarse por alto Es necesario conformarse con eso, mientras no pueda demostrarse lo contrario.

¿Qué pasó realmente aquel 25 de julio de 1943?

Nadie lo sabe exactamente, ni el Ministerio de Relaciones Exteriores alemán, ni la oficina VI, ni la del servicio de contraespionaje. Lo único que saben es que Mussolini ha dejado de ser jefe del gobierno y que el nuevo ha prometido lealtad al Eje. Se esperan los primeros informes dignos de confianza de Von Kappler, nuestro agregado de policía. Pero esas noticias no llegan. Recibimos informes que no contienen nada nuevo.

En la mañana del 26 de julio llegan todos a nuestra oficina, inclusive Skorzeny, que lo hace muy temprano. En las primeras horas de la noche, suena el timbre del teléfono: Kal-tenbrunner desea hablar inmediatamente con Skorzeny. Ambos son amigos desde sus tiempos de estudiantes.

—¿Qué pasa, Ernesto?

—Debes venir inmediatamente a Berlín. No puedo decirte la causa por teléfono. En el aeropuerto de Tempelhof se encuentra pronto un avión que te llevará hasta el cuartel general del

Führer. ¡Apúrate!

Skorzeny se pregunta qué deberá hacer él en el cuartel general del Führer.

Ha tenido un ascenso hace pocas semanas. Quiere seguir siendo eso, por lo menos por ahora. Ha rechazado ofertas de Schellenberg para que ingrese en la sección de servicios especiales, lo que hubiera significado su ascenso automático a teniente coronel, oferta que Skorzeny se negó categóricamente a aceptar.

—Quiero seguir en servicio activo; los altos cargos no me interesan. Me gustaría mucho más estar con las tropas en el frente.

Skorzeny se dirige de inmediato a la Wilhelmstrasse para entrevistarse con Kaltenbrunner. Reina allí una gran agitación. Encuentra allí a su amigo y a Schellenberg.

—Skorzeny ,usted debe dirigirse inmediatamente al cuartel general del Führer. El avión está ya esperando.

Se dirige con Schellenberg al próximo aeródromo de Tempelhof. Allí los espera Schmiel con las cosas que ha traído de la casa de Skorzeny.

Yo quedo en la oficina de la calle Baerker y telefoneo.

Vuelve Schmiel del aeropuerto; nos trae una orden:

—El grupo VI S está permanentemente de guardia hasta que lleguen órdenes en contra.

Todavía no he tenido tiempo de lavarme o de afeitarme. Se acerca nuevamente la noche, durante la cual hemos de permanecer de guardia. No tengo tiempo de ocuparme de la más nimia cosa particular. Mi amigo Fucker se ocupará de Luisa. ¿Qué pasará si esto dura más de uno o dos días, hasta que pueda volver a su casa en Viena? Para entonces figuraré entre los desaparecidos.

Llega el crepúsculo y la noche. No ocurre nada. Sólo se dice que hemos de entrar en acción. Se nombran algunos jefes de los servicios especiales, entre los que se encuentran el doctor Hass y Beissner. Se pondrá a nuestra disposición moneda extranjera; lo oigo de pasada, pues no es una cuestión que nos interese directamente a nosotros los hombres del curso de adiestramiento. Para colmo, en estos días, soy el oficial de guardia, es decir, el que debe estar continuamente en la oficina, en representación de Skorzeny; así me entero de todo. Paso más de la mitad de la tarde tratando de encontrar a Beissner. Llega la noche y todavía no ha aparecido. Debe encargarse de la moneda extranjera. ¿Qué clase de moneda será? No se me entera de ello. En las últimas horas de la tarde, logro encontrarlo; duerme en el Roxy Hotel, en Kurfuerstendamm.

Se inicia una loca contradanza de despachos transmitidos por teletipo y de conversaciones telefónicas. Provienen del cuartel general del Führer, sabe Dios de qué otros lugares. Es una confusión sin límites. Todavía son muy obscuros los acontecimientos italianos. Un caso concreto lo muestra muy claramente.

A las 11 de la noche del 26 de julio, me encuentro en la oficina de Schellenberg —éste ha tenido que alejarse por un tiempo—, con el doctor Steimle, que le representa.

Un jefe de grupo ha de representar siempre al jefe, cuando no se le puede alcanzar. Hoy recae esa tarea sobre el doctor Steimle. Es jefe del grupo encargado de elaborar las noticias de interés político de Occidente, es decir, desde el norte de África, pasando por España, hasta Portugal, Francia, Bélgica y Holanda. Hasta este momento, Italia no cae dentro de su jurisdicción. Yo represento al grupo VI S, siendo, además, jefe de turno. Como no tenemos permiso para dormir, nos sentamos y charlamos. En ese momento nos llega por teletipo una rabiosa comunicación de Himmler para Schellenberg, quien deberá encargarse de retransmitirla a Kappler, es decir, a su dirección telegráfica secreta en Roma.

Himmler está furioso: *Lo que escribe Kappel es* m... *Kappler se deja influenciar por la Embajada alemana en Roma. No debe permitir que esas personas le dicten lo que debe informar. ¡Que haga el favor de enviar noticias sensatas!*

Ninguno de nosotros sabe qué hacer con aquel despacho. ¿Pretende Himmler saber las cosas mejor que los que se encuentran en Roma? Todos nosotros coincidimos absolutamente en que Kappel ve claramente las cosas.

De repente, llegan por teletipo noticias de Skorzeny: *El curso especial de entrenamiento*

Oranienburg ha de prepararse de inmediato para entrar en acción en el extranjero. Se trata de un asunto secreto. Los acompañarán dos jefes de VI S. *Radl es responsable de la elección del personal y del material que han de llevar. Seguirán otras órdenes.*

¡Y siguen otras órdenes! Llega una cada media hora. Apenas es posible ordenarlas por la hora de recepción.

De repente, Skorzeny habla por teléfono conmigo: *Me encuentro aquí, en el refugio blindado del cuartel general del Führer. Estoy tomando una taza de café para despertarme un poco. Esta tarde estuve con el Führer. Prepara todas las cosas como te las voy ordenando por teletipo. Deben estar prontos para partir el 2 7 de julio, a las 6 de la mañana. Llamaré aproximadamente dentro de dos horas. Voy a intentar dormir un poco.*

¿A las seis de la mañana? Nos quedan siete horas. Mientras tanto, sigue funcionando el teletipo.

Se elegirán de inmediato 30 hombres del curso especial con un jefe. Los mandará Ulli Menzel, que deberá seleccionar los mejores.

Hablo de inmediato con Menzel. Eso está arreglado. Los hombres estarán prontos para partir a las cinco de la mañana de la calle Baerker.

—¿Qué armamento o uniforme han de llevar —me pregunta Menzel.

—No tengo la menor idea.

—¿Adonde nos mandan?

—Tampoco lo sé.

Otra vez entra el chico que me trae los despachos del teletipo: *De inmediato se han de tomar 20 jefes con tos mejores antecedentes de la oficina I de la Dirección General de Seguridad del Reich, preparándolos para entrar en acción. Son condiciones previas: buen desarrollo físico y que sepan italiano. Cuida que la oficina de personal no nos mande algún buen montón de basura, como de costumbre.*

Intento llamar por teléfono al jefe de la oficina I. Duerme. Me pregunto si hay derecho a dormir, cuando toda la oficina tiene órdenes estrictas de estar de guardia. Sin embargo, es así; el encargado de redactar los informes de la sección "Personal" me explica los pormenores del caso.

Son casi ya las 12 de la noche. A más tardar, a las cinco de la mañana deben encontrarse esos hombres en la calle Baerker. Apenas acabo de arreglar este asunto por teléfono cuando recibo un nuevo teletipo de Skorzeny: *Cada uno de esos hombres ha de llevar un uniforme tropical completo y un traje de civil.*

Llamo nuevamente al redactor de informes del personal para que los hombres que me envíe no carezcan de traje civil. Como el personal de servicios especiales anda mucho sin uniforme, este asunto es fácil de arreglar. Pero los soldados del curso especial se encuentran en filas desde 1939, fecha en la que dejaron de usar traje civil; además, están a centenares de kilómetros de sus casas. Es decir que debo conseguir 30 trajes de civil que les queden bien, así como zapatos, calcetines, «camisas, corbatas, pilotos, etcétera.

Pero, ¿dónde? ¿En Berlín a medianoche? Todo está racionado y se lo consigue sólo mediante cupones.

El grupo VI F (material, alimentos, sección técnica) tiene algunos trajes de civil para vestir a sus agentes, pero no creo que alcance para treinta hombres. Doerner y Lassig, los directores responsables de VI F, llegan a la calle Baerker. Se encargarán de conseguir los trajes, así como los uniformes tropicales. Prometen reunir todo antes de las cinco de la mañana.

Mientras discutimos los detalles de este asunto, llega un «nuevo mensaje por teletipo; *Para la acción, los hombres deberán estar provistos no sólo de las armas corrientes de nuestro cuerpo, sino que, además, tendrán otras extranjeras. Hay que conseguir también mochilas.*

Ya veré de dónde las saco. Mientras tanto, me llama nuevamente Skorzeny por teléfono. Le hago muchas preguntas:

—¿Qué pasa? ¿Adonde vamos? Aquí hay un lío tremendo. Necesito informaciones más exactas.

—No puedo explicártelo por teléfono. Se trata de un asunto secreto. Nos arrojaremos con paracaídas, tal vez mañana antes del mediodía. Desde las seis de la mañana estaré con el general Student en un avión. Ustedes saldrán a la misma hora. Nos mantendremos en contacto por telefonía sin; hilos. Yo los encontraré en algún punto en el aire. Entonces tendrán que saltar. Hay que conseguir paracaídas.

—¡Pero ninguno de nosotros sabe arrojarse con para-caídas!

—Yo tampoco, pero hay que hacerlo. En el peor de los, casos caeremos sobre la nariz...

Me separo del teléfono vacilante, acercándome a Steimle, que sigue en el lugar de Schellenberg y me observa asombrado.

—¿Qué pasa, Radl?

—¡El jefe está loco! ¡Quiere que nos tiremos con para-caídas. ..!

—¿Dónde?

—El mismo no lo sabe y, además, es un asunto secreto.

Llamo nuevamente a VI F para hablar con Lassig. Necesito los 50 paracaídas.

—¿De dónde voy a sacarlos? Nosotros no los tenemos.

—Pero tengo órdenes de conseguirlos antes de las seis de la mañana... Además, acaban de colocar sobre mi mesa un nuevo despacho transmitido por teletipo. Espere, voy a leerlo. Dice que cada uno de los participantes debe estar provisto de una libreta de pagos como las que se usa en el ejército, reteniendo la que poseen actualmente y que los caracterizan como personal de las S.S. Además, Radl deberá conseguir para cada hombre una libreta de pagos en blanco como las que usan los soldados de la fuerza aérea y tres fotografías tipo pasaporte. ¿Puede usted ayudarme, camarada Lassig?

—¡De ninguna manera! ¿De dónde quiere que saque toda eso? En ciertas condiciones podría conseguir algunas de esas, cosas. Intente obtener algo en el Ministerio de Aviación.

—¿Podremos, por lo menos, hacer de cada uno de los hombres tres fotos tipo pasaporte antes de las seis de la mañana?

—Es sumamente difícil... Por lo menos, vamos a intentarlo. Si usted puede traer sus hombres aquí a las cuatro de la mañana, podemos tomar la fotografía de cada uno con una Leica y revelar rápidamente. Van a salir muy mal.

Cuando termina la conversación, me admiro de que no nos haya interrumpido ningún nuevo despacho. Me echo sobre mi escritorio, sin sobretodo, sin sábanas, sin poner nada debajo. La mesa es demasiado corta; debo encoger las piernas, que se acalambran, y en seguida duermo.

A la una de la mañana me despierto sobresaltado. Llamo por teléfono a Luisa:

—Luisa habla. ¿Qué pasa?

—Escúchame: a las seis de la mañana salgo con órdenes secretas.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—GSfo podemos vernos más. Fucker se ocupará de ti: no sé cuánto tiempo durará esto; tampoco sé adonde nos mandan. Espera todavía una semana en Berlín. Si para entonces no tienes noticias mías, vuelve a Viena. ¡Adiós, Luisa...!

Tengo que colgar el tubo, pues se me anuncia un llamado de larga distancia:

—¿Radl? Skorzeny habla. Escúchame: es necesario conseguir inmediatamente dos sotanas de jesuíta y dos sombreros como los que ellos usan. Habrá que meterlos en las valijas. Tal vez tendrán que ponérselos en el avión. Otra cosa: no hay ningún avión a las seis de la mañana para ustedes. Por favor, encárgate de eso. Necesitarán tres Junker 32 y dos Heinkel III. Llamaré más tarde...

¿Aviones? ¿Sotanas? ¿De dónde podía sacar todo eso? Todavía no tenía las libretas de pago.

El Ministerio de Aviación no quiere entregar las libretas de pago. Yo tampoco lo haría si estuviera en su lugar. Exigen que les presente una orden del Estado Mayor de la Fuerza Aérea.

Llamo a Skorzeny, que se encuentra en el baño:

—Necesito en seguida una orden para las libretas de pago. Le ruego que me la envíe de inmediato, por telegrama urgente, firmada por el Führer, por el jefe de las S.S. o por el Cuartelmaestre. Con eso podré hacer mucho. No tengo nada en las manos. Nadie ayuda y nadie entrega nada.

—Eso es imposible, Radl. Todo el asunto es secreto y nadie debe enterarse de nada. Ni yo mismo sé qué hacer. Llama a Ernesto, cuando ya no puedas seguir adelante.

Así son las cosas. Un gigantesco aparato se pone en movimiento, pero no existe ninguna base para actuar, no se puede presentar ninguna orden. Y para conseguir todo eso hace falta, precisamente, una orden escrita o una indicación. Todavía no tengo las libretas de pago. Los hombres del curso especial estarán allí a la hora. Tampoco tengo paracaídas ni aviones desde los cuales podamos arrojarnos. ¿Qué hacer? Llamo a Schellenberg, que en aquella época era coronel de las fuerzas policiales.

—Tengo que conseguir unos aviones...

—¿Entiendo bien? ¿Aviones?

—Tengo que conseguir tres Ju 32 y dos He III que salgan con mis hombres a las seis de la mañana. Skorzeny acaba de darme la orden por teléfono...

—¿Se han vuelto todos locos? ¿*Qué espera usted que haga yo?

—No lo sé tampoco. Pero supongo que podrá usted sacar de la Luftwaffe más que yo.

—No puedo hacer eso...

De repente recuerdo la frase de Skorzeny: *habla con Ernesto.*

—¿Puedo hablar personalmente con Kaltenbrunner? Skorzeny me ha indicado que le pide ayuda y...

—¡Hágalo usted! Voy a hablarle yo también, en seguida, para aclarar las cosas.

Inmediatamente cuelgo el tubo. Poco tiempo después, por el teléfono interno, hablo con el ayudante de Kaltenbrunner, que se anuncia en seguida.

—Werth habla...

—Radl... Por orden del director de VI, debo hablar inmediatamente con su jefe.

—Un momento, voy a ponerlo en comunicación con mi jefe.

—Kaltenbrunner...

—Radl habla... Skorzeny y el jefe de la oficina VI me han indicado la conveniencia de llamarlo.

—¿Qué desea, Radl?

Kaltenbrunner habla siempre con un marcado acento austríaco.

—Schellenberg ha hablado ya conmigo. ¿Qué necesita? Apúrese; yo también quiero dormir un rato.

—Me han ordenado conseguir tres aviones Ju 32 y dos He III. No puedo dirigirme al cuartelmaestre, pues todavía no hemos recibido las órdenes de marcha. Ni siquiera se me ha dicho adonde deben dirigirse esos aviones. Es lo menos que me preguntan cuando pido aeroplanos. Sólo sé que esas máquinas han de estar prontas para salir a las seis de la mañana en el aeropuerto de Staaken, cerca de Berlín. De allí saldremos. Tal vez tuviera usted la bondad de hablar con el cuartel general del Führer y le explica la situación al cuartel-maestre general para que se haga todo sin dificultades. Se lo agradecería muchísimo. No veo ningún otro camino; ésa es la razón por la cual yo me permitido llamarlo.

—Hablaré otra vez con Skorzeny y con el jefe. Después arreglaré el asunto de las máquinas con la Luftwaffe. Llámeme dentro de una hora si para entonces no tiene usted noticias. Mucha suerte.

Respiro como si me hubieran quitado un peso de encima. Por lo menos es seguro que tendremos aviones.

Mientras tanto han llegado nuevos despachos por teletipo: *Hay que conseguir de inmediato*

tintura negra para el cabello. Cada uno de los hombres ha de pintarse el cabello de negro y hacerlo antes de la partida.

Siguen más pedidos de material: municiones, armas, silenciadores para armas de fuego, estaciones portátiles de telegrafía, transmisores-receptores para los agentes, códigos, aparatos para cifrar, veneno, municiones, sustancias químicas para producir cortinas de humo, gas lacrimógeno.

Para cada una de esas cosas, llega por teletipo un despacho especial. Calculo que para eso necesito un tren especial de mercancías. Llamo a Skorzeny por teléfono.

—Radl habla. No podemos llevar todo eso, carecemos de espacio en los aviones. Deberíamos conseguir tres Ju 32.

—Tienen que llevar todo eso... No sabemos lo que podemos necesitar, pero puede ocurrir que nos falte lo más importante. Además, escucha: te encargas personalmente de traer para mí ropa civil completa, un uniforme tropical, un juego completo de las armas usuales en el ejército, con las municiones correspondientes, y todas las otras cosas. Lleva también mi *neceser* de viaje y mis cigarrillos. Guarda tú mismo la moneda extranjera, eres responsable de ella y también de las libretas en blanco. ¡Que salga todo bien! Debo ir a otra parte. Te llamaré dentro de media hora.

Sobre mi mesa se acumulan montones de papeletas, notas de transmisiones telefónicas, listas, órdenes, datos personales, etcétera. Debo liquidar todo eso antes de las seis de la mañana. ¿Podremos hacerlo?

Entretanto hemos recibido montones de trajes de civil y de uniformes que, según Lassig, ha habido que traer por avión desde Chemnitz. El fotógrafo ha colocado una pantalla que servirá de fondo para retratar a nuestros hombres. ¿Qué aspecto tendrán? Temo lo peor. Luego resulta que tengo razón con mis temores. Llegan algunos suboficiales de diversas oficinas, que se presentan voluntariamente para tomar parte en nuestra acción. Los han sacado de la cama en medio de la noche. Ninguno sabe de qué se trata. Yo tampoco.

Claro está que todos los preparativos indican a Italia.

Pero, ¿qué haremos allí? Mussolini se ha retirado voluntariamente del gobierno,* el rey y Badoglio han insistido en su voluntad de *permanecer fieles al Eje hasta el triunfo final.* Pero, no tenemos tiempo para pensar.

Entre los hombres que van llegando se encuentran algunos que tienen un grado superior al mío. De inmediato se plantea la cuestión de saber quién manda el grupo. De acuerdo con la experiencia, debe ser el que posea el grado más alto. Pero tengo en mi poder un despacho transmitido por teletipo, según el cual debo dirigir el grupo hasta que Skorzeny se presente. Se producen dificultades en cuanto trato de dar órdenes de carácter técnico. Un mayor se resiste a aceptarlas. Muy natural, pero ¿qué es natural desde la noche da ayer? Todo anda al revés. ¿Por qué no la jerarquía militar?

Lentamente empiezan a tomar forma las cosas. Besekov y Schmiel me permiten descansar media hora.

Mientras me cambio de ropa, calculo todo que tengo que llevar, aproximadamente ocho valijas con un peso total de unos trescientos kilos. Nadie puede ayudarme, pues cada uno ha de conducir para sí tres veces más de lo que le permite la ordenanza que lleve un soldado.

Al volver al cuarto de servicio, encuentro que se ha previsto todo lo necesario y las cosas marchan bien. Llego justo en el momento necesario para impedir que los hombres se tiñan el cabello de negro.

—Es una orden.

Respondo que no se cumplirá, bajo mi responsabilidad. En todo caso llevaremos el tinte. Pero una unidad, cuyos «componentes tienen todos el cabello del color del cuervo, llama de inmediato la atención en cuanto se los ve.

Seguimos recibiendo nuevos despachos por teletipo que contienen más instrucciones y más órdenes. Pero no llega la más importante de todas: la orden de marcha que indica nuestros objetivos y nuestro propósito.

No faltan los rumores. Vamos a Sicilia, donde acaban de desembarcar los aliados. Otros aseguran que marchamos hacia el sur de Francia, hacia las islas del Canal de la Mancha. Pero Italia parece lo más probable, por haber cambiado tanto la situación allí. Además nos induce a pensar eso el que se haya pedido un jefe que sepa hablar perfectamente italiano.

Entretanto han dado las cuatro de la mañana; cuento los hombres de que dispongo. Comprenden el personal enviado por la sección I y de que, de acuerdo con ella, es lo mejor que tienen; además, el especialista en italiano y mis hombres del curso especial de entrenamiento, con Menzel a la cabeza. Interrogo a cada uno sobre su persona, lo que ha hecho hasta ahora, por cuanto no estoy enterado de esa parte de sus vidas. Noto complacido que se encuentran entre ellos dos capitanes de los servicios especiales, dos tenientes y un suboficial. Aparecen tres o cuatro funcionarios de la policía y un intérprete. "De la casa", es decir, de nuestro curso especial de entrenamiento, se encuentran Besekov y Menzel con veintinueve hombres, sin contarme yo.

Al inquirir por los especialistas en italiano, me quedo mudo. Hay uno que lo habla perfectamente (subteniente Warger) y otro que lo habla a medias, pero que no es más que cabo.

Todas estas averiguaciones llevan tiempo. Empieza entonces un verdadero lío. En grupos de cinco hombres, se dirigen hacia la sección VI F, para que les entreguen el traje civil y el uniforme tropical, así como las mochilas, las armas y las municiones, volviendo después a mí.

Mientras tanto, lleno las libretas de pagos de la *Wehrmacht para* cada uno de los hombres. Están ya en mi poder también las libretas en blanco de la *Laftwaffe.* En aquel momento, abren la puerta para traerme dos sotanas de jesuítas con los correspondientes sombreros. Me encargo personalmente de meterlos en las valijas.

En la sala hay una tremenda confusión. En el revoltijo se encuentran las municiones y los explosivos, los aparatos de telefonía inalámbrica, las mechas y el colorante para el cabello. Pero nuestras listas están completas.

A las tres de la mañana me llama Kaltenbrunner:

—Los aparatos estarán prontos para salir a las seis de la mañana del aeródromo de Staaken. Asistiré a la partida junto con Schellenberg.

Eso quiere decir que esa parte del asunto está liquidada. Entretanto, he hablado dos veces con Skorzeny. Sigo sin saber adonde vamos. La información más amplia que me da? Skorzeny y que debo considerar rigurosamente confidencial, exclusivamente para mí, dice así:

—Salgo de aquí, de la Prusia Oriental, junto con el general Student, en dirección suroccidental. Ustedes parten a las seis de la mañana. Sólo en ese momento se comunicará la meta al piloto. Es posible que deban arrojarse del avión durante el viaje. Recibirán noticias inalámbricamente.

Todo esto parece muy improbable y poco militar. Cuando me entero que el general Student es comandante del noveno cuerpo de aviación, comprendo la dirección que tomamos, sin que me hagan falta mayores detalles.

A las cuatro y media me llama Skorzeny otra vez:

—Escucha, cuando hayan llegado al punto de destino, trata de encontrarme. Pregunta por mí en la Embajada alemana o toma contacto con el general Student. Visita al agregado de la Embajada. Si no lo consigues así, podrás encontrarme en el lugar donde se produce el conocido vino, hacia el sudeste de la capital. Empieza con F. Es necesario que nos encontremos para que te dé más instrucciones y me entregues mis cosas.

Los austríacos que conocen algo de Italia y de sus vinos entienden de inmediato que *F* significa *Frascati,* así como C sólo puede dar a entender *Chianti, y As, Asti Spumante.*

Para mí es ya seguro que vamos a Italia. Pero ése es mi secreto.

Un poco antes de las cinco, llamo a Skorzeny y le informo que todo está pronto para la partida.

Schellenberg me avisa telefónicamente que ésta deberá retrasarse una o dos horas. Todo el grupo se encuentra a las siete de la mañana ante los aviones en el campo de aviación de Staaken. Ya advertí a mis hombres que saldríamos de la calle Berkaer en camiones a las seis y media.

Todavía debo discutir con Schmiel sobre la manera de continuar la actividad de VI S. ¡Cómo me gustaría dormir una media hora o, por lo menos, afeitarme! Los otros ya lo han hecho. Todavía

estoy conversando con Schmiel, cuando llega la orden de salida para Staaken. Vamos en camiones en dirección hacia Occidente.

Bañados en sol matinal, bajo un radiante cielo azul, dejamos un pedazo de Berlín. Sólo tengo un sentimiento en el corazón, una idea en el cerebro: han pasado ya las horas de nerviosa espera del día de ayer y de las dos últimas noches. No duermo desde hace 50 horas. Todo eso ha pasado ya. Nos espera un maravilloso vuelo sobre los Alpes, con un tiempo magnífico, lejos de la tierra y del ayer.

Mientras el camión sigue por la carretera, me quedo dormido sobre mi mochila, que contiene las cosas que me han sido confiadas. Me despierto violentamente cuando llegamos al aeródromo.

HACIA FRANCIA...

Allí se encuentran los Ju 32, mientras nosotros esperamos la hora de la partida. La mayoría tiene buen aspecto, todos han dormido un poco en cualquier rincón, sin contar con que descansaron el domingo.

Se ordena entonces que formen fila delante de las máquinas. Aparecen dos coches; de uno de ellos baja Schellenberg, del otro, Kaltenbrunner con su ayudante.

Me he puesto de acuerdo con un oficial de alta graduación que forma parte de nuestro grupo para que se presente. Lo hago, entre otras cosas, por razones estéticas. Kaltenbrunner dice algunas palabras acerca de la importancia política de nuestra misión.

Nos instalamos en los aviones. Doy orden que las cosas que no caben en los aparatos por carencia de espacio se envíen de vuelta a la oficina. Resulta que sólo se ponen a nuestra disposición tres Ju 32. Los dos He III no aparecen. En dos de los aviones meto los hombres y una parte del material; en el otro, exclusivamente, los explosivos, las municiones y otras cosas varias.

La primera máquina echa a rodar; pocos minutos más tarde nos encontramos en el aire, flotando sobre el aeródromo, damos vuelta, hacemos señales y empieza a desaparecer lentamente de nuestra vista el campo de aviación.

La mayoría de los hombres se encuentran por primera vez en un avión, a pesar de lo cual todo marcha bien. Observo tan sólo algunas caras pálidas. Por otra parte, ninguno tiene nada en el estómago.

Cuando pienso en esto, se me ocurre de repente que he olvidado traer las raciones de marcha. Nadie sabe adonde vamos o cuánto tiempo durará el viaje. No tenemos absolutamente nada para comer.

Los tripulantes del avión: el piloto, el mecánico y el telegrafista no están en esa situación. Tienen abundantes raciones, además de todas las regalías que les corresponden por pertenecer a las fuerzas aéreas. Nos ceden una parte, con gran espíritu de camaradería.

Volamos sobre Brandeburgo. Me dirijo al compartimiento del piloto, observando entonces que la brújula señala hacia el sudeste, casi oeste-sudeste. Indico con el dedo la brújula y miro al piloto con cara de hacer preguntas. El inclina la cabeza, como dándome a entender que está bien. Por lo visto, todavía no es hora de decirnos la ruta. Volamos sobre el Meno; de repente nos encontramos sobre el Rin. ¡Maldición! Habíamos de volar sobre los Alpes. ¿Cuándo veremos las bellas montañas? Observo que debajo nuestro aparece un lago, mientras nuestras máquinas cambian bruscamente de rumbo hacia el Oeste. Pregunto al piloto qué pasa.

—Tenemos que virar bruscamente hacia el Oeste. Nos encontramos sobre Suiza. Ese es el lago de Neuenburg.

—¿Qué tenemos que hacer en el Oeste?

—Vamos hacia Francia...

—¿Hacia Francia? ¿Para qué?

—Aterrizaremos en Dijon. Allí recibiremos nuevas instrucciones.

—¿Seguiremos viaje desde Dijon hoy mismo?

—Creo que sí. Allí deberemos cargar combustible.

Vuelvo a la cabina donde se encuentran mis camaradas. Todos me miran esperando alguna explicación.

—Seguimos hasta Dijon. Allí aterrizaremos...

Efectivamente, aterrizamos en Dijon. Tomo la gorra y mi *neceser* de viaje. Salto fuera de la máquina y me dirijo corriendo hacia el soldado más próximo que se encuentra en el aeródromo.

—¿Dónde están los baños? Tengo el aspecto de un cerdo y deseo afeitarme inmediatamente.

* * *

Nuestros aviones han terminado de tomar combustible.

Poco tiempo después se elevan por el aire, prosiguiendo viaje al Sur. Eso significa que seguimos dando vueltas, sin marchar directamente hacia nuestra meta. Me imagino que ahora no se pretenderá que nos arrojemos con paracaídas del avión. Por otra parte, jamás creí que eso ocurriría. Ninguno de los hombres que me acompaña se lo ha puesto.

En las últimas horas de la tarde, aterrizan nuestros aviones en Nimes.

Trato de encontrar algún lugar para dormir. No, no hay sitio. Me dirijo al comando regional. ¿Se sabrá ya algo de mis hombres? Nadie está enterado. Mi gente se ha metido en las oficinas del aeropuerto. Entro allí también y hablo telefónicamente con el comando regional. A esas horas las oficinas están cerradas. Sólo queda un oficial de guardia. Nos dirigimos allí.

Doy orden a mi gente de dejar el equipaje en los aviones, llevando consigo sólo los objetos de aseo personal y las cosas de valor. Beissner tiene la valija con la moneda extranjera. Salimos para reunimos en el comando regional.

Resulta que la oficina es el comando de la ciudad, sin tener atribuciones sobre la región. ¡Qué error terrible! Todo resulta ser doblemente complicado.

El suboficial de guardia, al no saber qué hacer, llama a un teniente y a un oficial de administración. Son gentes aferradas al código militar.

—¿A qué unidad pertenecen ustedes? ¿Dónde están sus órdenes?

Nadie puede responder a esas preguntas, ni siquiera nosotros mismos. Nuestra desconocida tarea carece en absoluto de denominación; no tenemos permiso para decir quiénes somos, tampoco tenemos órdenes de marcha ni de actividad. No puedo dar a los tres ninguna respuesta satisfactoria.

—Ya les he advertido que es un asunto secreto. Tampoco hemos venido a pie. Hemos llegado hasta aquí con tres aviones Ju 32 que se encuentran en el aeródromo. Pueden ustedes preguntar por teléfono. Claro está que esos aparatos *no* habrán salido de su campo de aviación sin una orden expresa.

Hasta el oficial de administración entiende eso. Ya es un progreso. Necesitamos convencerlo especialmente, pues hemos de comer hoy y mañana. No olvidaré otra vez ese importante detalle.

Hay otro: cuando Beissner y yo abrimos la valija con la moneda extranjera, descubrimos que no hay francos. ¿Cómo podría ser de otra manera? Nadie nos advirtió que habíamos de pasar por territorio francés. Sin embargo, los necesitamos, pues saldremos sólo mañana al mediodía.

Después de largas discusiones delante del casino y de la cantina, resulta que el cabo encargado de la cocina dispone todavía de pan, manteca y conservas de embutidos en abundancia, además de café suficiente para esta noche. Respiramos aliviados. Podemos comer en seguida allí mismo.

Como la feliz solución de la cuestión de la comida nos ha puesto a todos contentos, encontramos el camino para resolver el problema de los víveres durante la marcha. Entregamos marcos alemanes al pagador, que en cambio nos da francos, suficientes para que cada uno pueda beber y comer algo más esta noche, consiguiendo el desayuno de mañana y alguna pequeñez para el mediodía: fruta y cualquier otra cosa que se encuentre en Nimes.

Deseamos también visitar la Arena, el antiguo circo romano y los mercados de frutas y verduras. Y comer otra vez tanta fruta como nos quepa en el estómago y nos ofrezcan los

mercados. En Alemania, hace tiempo que no podemos hacer eso.

El sol está ya muy alto cuando nos despertamos al día siguiente. Saltamos de la cama, nos afeitamos y empezamos a recorrer la ciudad. Con uniforme tropical, arremangados los brazos, van nuestros soldados por la calle. La población de aquella ciudad de provincia observa nuestra actividad con indiferencia y sin interesarse por ella. Sólo muy raramente se ve a un francés en conversación con un soldado alemán. No se nos quiere, pero tampoco se nos odia.

Volvemos al aeropuerto a las 12 en punto. Hemos descansado y dormido; hemos recuperado el buen ánimo y la alegría. Al partir, me entero de la próxima meta.

—Aterrizaremos primero en el aeródromo de Istres, cerca de Marsella, permaneciendo muy poco tiempo allí; sólo tenemos que tomar combustible y recibir órdenes. Esta noche habremos llegado al término de nuestro viaje.

Entonces tomamos curso hacia el sudeste. A lo lejos brilla el mar a la enceguecedora luz del sol. Debajo de nosotros la tierra empieza a estar dividida por líneas en cuadrados y paralelogramos, en casas y calles. La máquina pierde altura. Nos encontramos sobre Istres, que parece una pradera sembrada de piedras redondas y cantos rodados. Es el gran aeropuerto de la *Wehrmacht* en el sur de Europa. Es casi incontable el número de máquinas; debemos volar tres *veces* alrededor del aeródromo hasta que nos conceden permiso para aterrizar.

Poco más tarde emprendemos vuelo otra vez.

Nos dirigimos ahora hacia el sudeste, siguiendo la costa a una altura de 30 ó 40 metros. Es una región donde abundan los cazas del enemigo y nuestro Ju 32 es presa fácil.

Así nos damos el gusto de observar toda la Riviera; Niza, Cannes, Montecarlo. Casi siempre a al misma altura volamos sobre las ciudades y las aldeas a lo largo de la costa.

Entretanto, nos enteramos de nuestra ruta; nos dirigimos directamente a Roma, mejor dicho, al aeródromo Pratica di Mare, situado al sur de Roma.

A las nueve de la noche nos encontramos exactamente sobre el aeródromo Pratica di Mare. Desciende el Ju 32, se desliza sobre la pista y ya tenemos otra vez tierra firme bajo nuestros pies. Da vuelta la máquina hacia la izquierda, saliendo de la pista para que también puedan aterrizar las otras máquinas. Bajamos del avión: finalmente, estamos en nuestra meta el miércoles 28 de julio de 1943, a las nueve y media de la noche.

Todo está oscuro. Nos llamamos los unos a los otros.

El piloto vuelve de la torre.

—Debemos descargar en seguida y sacar nuestras máquinas de las pistas. No podemos quedarnos aquí.

Sacamos de los aviones todo lo que nos pertenece, incluso los explosivos, sobre los cuales Warger durmió tan tranquilamente. Formamos un montón con todas nuestras cosas. Nos despedimos de los pilotos y nos quedamos definitivamente solos en un aeródromo extranjero, sin papeles de ninguna clase. Vuelve a repetirse la vieja canción.

Discuto la situación con Beissner. Le digo que ya, estando en Berlín, Skorzeny me advirtió que debería buscarlo en la Embajada o en el comando general del noveno cuerpo de aviación.

—Debo ir inmediatamente a Roma; tendría que conseguir un coche.

Nos separamos del grupo, Beissner y Hass para encontrar dónde pasar la noche, y yo para conseguir un automóvil. Ellos tienen éxito, pero yo no. En primer lugar, nadie puede darme un vehículo.

—¿Quién es usted? ¿A qué unidad pertenece? ¿Tiene usted sus órdenes de marcha?

Me aburro, finalmente, de tantas dificultades. Hago comunicar al general Student, comandante en jefe del noveno cuerpo de aviación, la noticia de nuestra llegada y que espera sus órdenes. Vuelvo entonces donde están mis camaradas, que, sentados sobre nuestro equipaje, comen pan con embutidos en conserva.

Después cantamos un poco. Es una noche preciosa. Sobre el firmamento brillan innumerables estrellas; suavemente se rompe el oleaje sobre la costa, que está a unos 150 metros de distancia.

En la escasa hierba del aeródromo se oyen los ruidos peculiares de los insectos. Por lo demás, reina el silencio.

Vuelven Beissner y Hass. ¡Vamos! Se nos han asignado barracas con camas y lavatorios. También nos darán algo de comer, aunque no mucho. Nos meteremos en la cama y dormiremos. Mañana tendremos un desayuno como la gente.

Por la mañana vemos salir humo por las chimeneas de los *itacas* (así llamamos a los italianos). Parece que están preparando café, de lo cual nos toca una parte.

Llamo por teléfono al comando general del noveno cuerpo de aviación. Se me informa que el capitán Skorzeny estará en Pratica di Mare alrededor del mediodía. Eso nos pone a todos nuevamente de buen humor. Compro a los *itacas* algunas sandías, lo que también contribuye a alegrar a mi gente. Todos esperamos con impaciencia las noticias que nos traerá el mediodía.

EN ROMA

Alrededor de las 11 de la mañana aparece un automóvil del comando. De él bajan dos capitanes: uno alto, Skorzeny, y otro más bajo, Metscher, edecán del comandante en jefe. En unos pocos minutos terminamos los saludos y presentaciones.

Los hombres forman fila en aquel sol ardiente del Sur-Apenas si pueden soportarlo. Skorzeny tiene una ampolla en un labio sumamente hinchado, producida por la fiebre. Se planta delante de los hombres y pronuncia una corta alocución. El calor provoca un poco de intranquilidad en las filas. Todos oyen atentamente:

—El Führer espera de nosotros una acción bélica particularmente peligrosa. Me es imposible dar detalles. Pero todos ustedes deben prepararse para días muy duros. Nos arrojaremos con paracaídas sobre una isla. No tenemos tiempo para ensayar esa técnica; se espera de cada uno de ustedes...

Skorzeny retrocede un poco. Sus palabras impresionan a los hombres.

—Quiero decir que espero de ustedes todo lo que puede pretenderse de un soldado valiente: valor y resolución, y en cuanto sea necesario, disciplina y la conducta más ejemplar. No quiero oír ninguna queja. Radl y yo estaremos cerca; nos ocuparemos diariamente de ustedes. Cuando necesiten algo, cuando se preocupen por alguna cosa, cuando tengan hambre, vengan siempre a verme. Los oficiales hablarán después conmigo. Pueden volver a las barracas.

Se dan las órdenes pertinentes, las reglas de conducta, las órdenes secretas y las advertencias de rigor. Después de todo eso, me meto en el coche. Llevo las cosas de Skorzeny y las mías.

Queremos nadar un poco en la playa, en un lugar favorable que Skorzeny ha encontrado ya. Vamos hacía allí, hacia aquel punto que se encuentra a una distancia de dos a tres kilómetros del aeródromo en el coche. No tengo pantalón de baño. Tampoco quiero bañarme solo en traje de Adán, por lo que los tres nos metemos en las olas del Mediterráneo. Yo lo hago en ese mar por primera vez en mi vida.

* * *

Se inicia entonces mi primer viaje hacia Frascati, "el lugar que empieza con *F* y donde se produce el buen vino".

Los italianos saben construir caminos. En todo el mundo se les busca para eso. Por ello sus carreteras son excelentes.

Cada curva nos descubre paisajes nuevos. Nos metemos -en un valle cuya fertilidad se debe al trabajo de muchas manos, organizado y dirigido por el hombre que hasta hace unos pocos días era jefe del gobierno.

Hoy se desconoce su paradero. Por lo menos, eso hemos oído. ¿Habrá huido? ¿'Estará preso en Elba? Recuerdo los cien días de Napoleón.

Profundamente se hunden las ramas de los árboles centenarios que crecen al borde del camino. A menudo no permiten ver sino un pedazo pequeño del paisaje. Buscamos el mar, que debe estar muy lejos para alcanzarlo, aunque sólo fuera de una mirada. Ver otra vez el mar y la

playa. De repente vemos el mar. Proseguimos nuestro camino. Según los indicadores, estamos en Castel Gandolfo. Allí pasa el Papa el verano.

Proseguimos viaje hacia Roma. Veo por primera vez la Ciudad Eterna. Contengo la respiración, pues es un momento solemne. Atravesamos velozmente la ciudad y llegamos al lugar cuyo nombre empieza con una *F.* Al recordarlo, pienso en el vino del Sur. Hasta el nombre tiene algo de sabroso.

Adonde quiera que se dirija la mirada, se descubre la belleza: allí donde el camino desemboca en la gran plaza, bifurcándose hacia la derecha en los grises edificios de la ciudad vieja con sus pequeños comercios, sus cafés y *trattorias,* o hacia la izquierda, donde se encuentran las lujosas villas.

Descendemos por la ancha avenida con sus bellas calles para peatones, donde reina una gran actividad.

La mayoría de las personas que vemos, tanto habitantes de la ciudad como soldados, se encuentran de pie en la gran terraza que, mediante una amplia escalera, conduce hacia abajo, hacia otra que es un jardín con flores multicolores. Desde ambas la vista llega hasta Roma y se puede abarcar con la mirada la ciudad santa. Ese cuadro atrae a todos, a los soldados como a los civiles, todos los días, siempre.

Sobre la ladera oeste de los Montes Albanos se encuentra Frasead. A mitad de camino, mirando hacia Roma, sobre la planicie amarillento-verdosa, se levanta un moderno grupo de edificios. Algunos días más tarde me entero que es *Cine Cita,* la Ciudad del Cine.

Tomamos por la izquierda. Seguimos durante 100 ó 200 metros. Una calle lateral, un poco a la derecha, que sigue la dirección de la terraza, divide en dos el paseo. Nos detenemos en el primer jardín a la derecha, delante de una gran villa. Esa es nuestra meta: *Villa Tusculum.*

Es un jardín con altos plátanos, cipreses y palmas. De inmediato me rodea el encanto de aquel paisaje austral y de la construcción artística.

Pero algo me arranca de mi embeleso. Hay muchos automóviles, el uno al lado del otro, todos pertenecientes al arma aérea. En medio del parque se levanta una barraca de madera de la *Wehrmacht.* Para colmo, ya no se llama Villa Tusculum. Estrictamente militar, se ha dividido en dos: *Villa Tusculum I* y *Villa Tusculum II.*

Han despojado al nombre de su espíritu.

Nos acuartelamos en Tusculum II. Aquella pequeña villa posee una situación maravillosa, avanzada sobre la ladera, colocada sobre una pequeña terraza con una espléndida visión que se abre hacia Roma. Tiene dos pisos y pequeños balcones. Allí tendremos que vivir. ¿Cuánto tiempo? ¿Quién lo sabe?

Nos despedimos del capitán Metscher en Tusculum I. Finalmente, después de la tarde del 26 de julio, estamos solos. Sólo han pasado tres días, pero ¡cuántas cosas han ocurrido en tan poco tiempo!

Skorzeny me conduce desde la terraza hasta la casa. Hay una pequeña entrada para coches, casi un camino, después del cual entramos por un fresco corredor. La primera puerta a la derecha corresponde a la habitación del comandante en jefe. Por la segunda puerta a la derecha se entra a la habitación que nos está destinada. Directamente se pasa al baño; el agua corre sólo muy pobremente, siendo ahora verano en Roma. A la izquierda hay otra puerta. Allí se encuentran algunos aparatos telegráficos y telefónicos. Necesitaremos a menudo sus servicios. En el piso superior se encuentra otra instalación idéntica. En la buhardilla vive una parte del personal del casino de oficiales que se encuentra en *Tusculum I* y que está reservado para la plana mayor del Noveno Cuerpo de Aviación.

Cenamos rápidamente. Ahora me informará Skorzeny sobre lo que ha pasado en estos tres días y sobre nuestra futura tarea.

LAS ÓRDENES DEL FÜHRER

Skorzeny me exige previamente que guarde el secreto.

—Todo lo que le diga ahora y todo lo que aparezca en el curso de nuestra tarea está sometido al más riguroso secreto. El mismo Adolfo Hitler me ha tomado juramento sobre ello. Me ha encomendado una misión que es única en la Historia. El Führer concede sólo a seis personas el derecho a enterarse de este asunto. Entre ellas está usted, que será mi colaborador más cercano. Usted elaborará conmigo el proyecto que le explicaré ahora con todos los detalles. Pero, primero…

Skorzeny se levanta y me extiende la mano. Yo también me pongo de pie.

—... quisiera obligarle a mantener el más estricto secreto por un apretón de manos y su palabra de honor como oficial. Sé perfectamente que usted tampoco hablaría sin esas ceremonias, pero no puedo evitar el comprometerlo formalmente.

Con un apretón de manos se cierra una estrecha alianza.

—Fuera de nosotros conocen actualmente este proyecto el comandante en jefe del Noveno Cuerpo de Aviación y el jefe de su plana mayor. Previamente quisiera contarle por orden cronológico lo que ha ocurrido desde mi partida de Berlín, por lo menos en cuanto no se desprende de nuestras conversaciones telefónicas o de mis despachos por teletipo.

"A las ocho de la noche del 26 de julio llegué al aeródromo de Rastenburg, en la Prusia Oriental. Hablé con Hitler sin testigos. El Fuhrer me explicó la situación italiana en pocas palabras. No puedo repetirle exactamente lo que me dijo, pero en concreto cree lo siguiente: La casa de Saboya nos traicionará una vez más. A pesar que todos los organismos oficiales en Roma me aseguran que Italia no se desprenderá del Eje, siento que esas personas se dejan engañar por los italianos y que por ello no juzgan adecuadamente la situación. Una casa reinante que demuestra ser tan desleal con el hombre que salvó el Estado italiano, con el hombre que les ha regalado un imperio, que hasta lo traiciona, tampoco será leal con Alemania, a la que está ligada por segunda vez mediante un tratado. Pero yo seré fiel a mi amigo Mussolini y nunca permitiré que para remate de fiestas lo entreguen a los Aliados."

"Hitler cree que el Duce es el último romano, el último símbolo visible de la Roma antigua y orgullosa, que dominó al mundo conocido. Su vida, su ascensión al poder, sus actos, pueden compararse tan sólo con los de un antiguo tribuno romano."

"Pero el Duce es, para mí, mucho más que un aliado — dijo Hitler a Skorzeny —, más que el representante y el fundador del fascismo italiano, amigo nuestro. Estoy muy cerca de él como hombre. Tan cerca como han llegado a estarlo muy pocas personas. Es un gran amigo y yo jamás dejo a mis amigos en la estacada. Usted, Skorzeny, libertará al Duce y evitará que caiga sobre él el terrible destino que le preparan sus enemigos. Usted se unirá con sus hombres a la fuerza aérea y se pondrá a las órdenes del general Student. Se discutirán todavía algunos detalles. Hay algo que me preocupa enormemente, y es la posición de los funcionarios alemanes en Roma. La Embajada alemana oye exclusivamente lo que dice la casa real. Creen todo lo que les cuentan el rey y los príncipes. Se han ablandado, se han convertido casi en semiitalianos. El mismo Kesselring cree lo que le cuenta el príncipe heredero italiano y sus compinches. Pero yo sé perfectamente que la casa real italiana dejará por segunda vez a Alemania en el pantano. Podemos permitir o dejar que ocurra cualquier cosa, pero no eso. No podemos perder Roma, pues con ello se hundiría nuestro frente en el sur de Europa.

El general Student y sus tropas deberán cuidar también de eso."

"La misión que se le encomienda de libertar al Duce —prosiguió diciendo Hitler—, y todo lo que se relaciona con ello, debe permanecer rigurosamente en secreto. He dado órdenes expresas que sólo seis personas se enteren de *este* plan. Tampoco pueden enterarse ni Kesselring, ni von Richthofen, así como tampoco sus respectivas planas mayores. De acuerdo con el general Student, usted determinará las otras personas que pueden enterarse del plan. No elija ninguna persona que pertenezca a la Embajada alemana o al comando general del frente del Sur. Por lo demás, el general Student está perfectamente enterado y le dará instrucciones detalladas. Tráigame usted a mi amigo Mussolini. Sé que usted hará todo lo posible y que tendrá usted éxito."

—Entonces me acompañaron a la llamada casa de té —continuó Skorzeny—; poco después se presentó allí el general Student, al que fui presentado. En primer lugar, discutimos la manera cómo yo y todos los demás podríamos aparecer como integrantes del Noveno Cuerpo de Aviación para que nadie se diera cuenta que personal de las S.S. se encuentra en Italia con una misión especial. En eso estábamos sin haber pasado de los preliminares, cuando llegó Himmler. Me

presenté militarmente, saludó al general Student y tomó de inmediato la palabra, dándonos una conferencia de casi una hora. Himmler nos habló de la situación en Italia tal como él la ve. A consecuencia de esas informaciones, he discutido con el general Student todas las órdenes necesarias que usted recibió por teléfono o por teletipo, estando todavía en Berlín. Son las órdenes que nos atañen directamente. Ante todo, importa mucho que nuestros hombres vistan el uniforme de los paracaidistas y los proveyamos de los papeles necesarios, para que no ocurran indiscreciones. ¿Qué ha hecho usted entretanto?

—Los hombres tienen, todos, uniformes tropicales sin distintivos — informé yo a Skorzeny —. Hemos cortado las águilas y las calaveras, símbolos de nuestro cuerpo, y las hemos destruido.

—Bien, ese punto quedará liquidado. En unos pocos días obtendremos otros uniformes. Nuestras gorras se diferencian algo de las otras. Eso lo discutiremos particularmente mañana. Ahora quiero que usted se entere de la tarea que se me ha confiado.

"El Fuhrer me ha dado dos órdenes distintas. Aunque ambas pertenecen a un complejo único, es necesario prepararlas y ejecutarlas por separado, puesto que son completamente distintas en su contenido. Más tarde le describiré las dificultades que resultan de la diferencia de objetivos. Tendremos que ocuparnos atentamente de ello, pues ambas pueden tener para nosotros consecuencias personales extremadamente graves."

"El primer objetivo consiste en averiguar el paradero actual de Mussolini. Entonces, de acuerdo con las circunstancias, preparamos su liberación y la ejecutaremos si el Führer lo aprueba."

"El segundo objetivo se refiere a la situación general en Italia. Debemos prepararnos para hacer frente a tiempo a una posible separación de Italia del Eje. Es decir, debemos reconocer con tiempo que ese hecho está por producirse. Entonces, después de consultar con el Cuartel General del Führer, se llevarán a cabo las medidas necesarias para hacer imposible la traición. Eso significa asegurarse la persona del rey, del príncipe heredero, de todos los ministros y de los jefes militares importantes que pertenezcan al Estado Mayor italiano, así como los ex fascistas que obligaron al Duce a renunciar, es decir, ante todo, el conde Ciano y Dino Grandi. Dentro de algunas horas recibiremos una lista de esas personas. Al tomarlas prisioneras, ha de cuidarse que ninguna muera o sea herida. Sin embargo, ha de romperse cualquier resistencia por todos los medios posibles.'"

"Al llevar a cabo esas detenciones, poco tiempo antes de la separación, por razones de seguridad, se incluirán todas las personas que se encuentren en sus casas, tanto sus familias como el personal de servicio, para que la agitación de la opinión pública sea la menor posible. Todas las personas presas serán llevadas en avión a Alemania y mantenidas allí en detención honrosa hasta la terminación de la guerra."

"Ya ve usted que nos espera una gran cantidad de trabajo y que deberemos hacerlo bien. Podremos utilizar únicamente los servicios del general Student, del jefe de su plana mayor y de su enlace. Contamos, además, con el agregado policial en Roma, capitán Kappel, de las S.S. Pero ellos sólo pueden aconsejarnos. El trabajo queda a cargo de nosotros dos. Tampoco podemos explicar a nuestros hombres, cualquiera que sea su grado, de qué se trata. Mañana lo presentaré a cada uno de los oficiales de la plana mayor del Noveno Cuerpo de Aviación. No olvide usted que esas personas tampoco saben que pertenecemos a las S.S. No se deje usted pescar en alguna pregunta. Naturalmente, los paracaidistas tratarán por todos los medios de averiguar nuestro secreto."

Al día siguiente fui presentado a los oficiales del Noveno Cuerpo de Aviación.

Discutimos el aprovisionamiento de nuestra pequeña unidad con frutas y bebidas. Deben permanecer todavía en Pratica di Mare, bajo el sol ardiente de Italia, que aquel verano ilumina desde un cielo siempre azul. Por ello, debemos conseguir cantidades extraordinarias de frutas y bebidas.

Entretanto, ha llegado la lista de las personas que deberemos apresar en caso necesario. En ella figuran, entre otros muchos, el rey Víctor Manuel y familia; el príncipe heredero Humberto y familia; el conde Ciano y familia; Diño Grandi; el nuevo ministro de Relaciones Exteriores, Guariglia, hasta hace muy poco tiempo embajador en Turquía; la persona de confianza del rey, el ministro Acquarone. Siguen: Volpi, Cini, Bottai.

El Noveno Cuerpo de Aviación se encargará de apresar los militares. La lista contiene unos 35

nombres.

Desde el punto de vista técnico, la detención de estas personas deberá tener lugar a una hora determinada, con una precisión de minutos, cayendo sobre ellos como un rayo, siempre que dispongamos de un número suficiente de hombres.

Precisamente, ese punto tiene mal aspecto, pues nuestras fuerzas son insuficientes. Nuestra acción comprende, por lo menos, la detención de unas 15 personas. Gran parte de ellas viven en extensos palacios, poseen una numerosa familia y muchos sirvientes, estando particularmente vigiladas. Por ejemplo, el príncipe Humberto vive en el *Quitinal,* una construcción que tiene más de 2.000 habitaciones. Calculamos que hemos de apresar entre 40 y 50 personas, y nosotros apenas somos 40.

Es decir que los paracaidistas deben ayudarnos. En principio se nos ha asegurado esa colaboración. Precisamente por ello se nos ha puesto a las órdenes del general Student. Es decir que la cosa es técnicamente posible; sobre ese punto estamos de acuerdo en seguida. Pero existen otros problemas.

El primero es el siguiente: ¿Tiene sentido libertar a Mussolini mientras se halle en manos del rey y del gobierno de Badoglio? Ambos han jurado fidelidad al Eje hasta el triunfo final, y nosotros, al rescatar a Mussolini, pecamos contra la fidelidad debida a un aliado.

Al libertar al Duce, atacamos a ese gobierno por la espalda y rompemos nosotros mismos el Eje. En ese caso no puede hablarse de una separación de Italia, sino, por el contrario, puede afirmarse que Alemania ha roto sus compromisos.

Otra dificultad es la siguiente: Si queremos libertar a Mussolini con nuestros 40 ó 50 hombres, el plan de detenciones en Roma ha de realizarse de inmediato, lo que es imposible, pues nuestras fuerzas están ocupadas en libertar al que fué jefe del gobierno italiano. Si, por otra parte, debemos emprender primero las detenciones en Roma, para evitar la inminente traición, no nos queda ningún hombre disponible para rescatar al Duce.

A pesar de todas esas dificultades, sólo pueden enterarse seis personas de nuestro proyecto. ¿Quién carga con la responsabilidad de esa ruptura del Eje provocada por Alemania? Quizás Skorzeny, o quizás Radl... Tal vez sea el comandante en jefe del Noveno Cuerpo de Aviación, que jerárquicamente es inferior al comandante supremo del frente del Sur (Kesselring), que no debe enterarse de nada.

Al día siguiente, en la Embajada alemana, en la Via Tasso, nos presentan a Kappler, agregado de policía. Es la única persona que puede ayudarnos en Roma. Skorzeny le ha explicado ya nuestra misión. Debemos estudiar por nosotros mismos los objetivos de Roma. Pero no conocemos ni a las personas de la lista, ni siquiera dónde viven. Para ello es necesario que vistamos de civil. Los alemanes con uniforme llaman la atención en seguida.

El feldmariscal Kesselring ha prohibido entrar en Roma »de uniforme, para que la ciudad santa conserve, en cualquier circunstancia, el carácter de "ciudad abierta". Sólo los empleados de administración militar, los encargados de compras para el ejército alemán, los empleados militares de los ferrocarriles y telecomunicaciones pueden vivir en Roma. Las tropas destinadas al combate no pueden entrar en la ciudad; así lo determina la convención de La Haya para las "ciudades abiertas".

Sobre ese punto están todos conformes. No, Roma no debe ser sometida a un bombardeo. Ninguno de los beligerantes debe hacerlo. A pesar de ello, todas las semanas vemos un bombardeo aliado de la ciudad santa.

Podemos ver exactamente cómo caen las bombas por series y observar sus efectos, percibiendo el hongo de humo que forman al estallar, los pedazos de madera o de manipostería que vuelan y oír después la detonación. Como si fuera desde el palco de un teatro, podemos ver todo ese espectáculo desde el balcón de nuestro *Tusculum II.* Me voy a Roma para enterarme de los destrozos y del número de muertos y heridos.

El soldado se limita a consignar el hecho, sin dejar de lamentar el destino de los que han sido tocados. La guerra tiene esas consecuencias; uno se endurece. Casi todos los días se da la señal de alarma en Roma y en las ciudades a lo largo de los Montes Albanos. También en otras partes, pero eso nos interesa muy poco.

Visitamos a Kappler en la Via Tasso. El ambiente es sumamente amistoso y todos parecen estar dispuestos a ayudarnos. Kappler pondrá en juego todas sus influencias. Para empezar tiene sus colaboradores directos, las personas que trabajan en su oficina. Además, posee agentes que le han traído ya muy buenos informes. Por ser agregado de policía de la Embajada, tiene frecuente trato con el personal de la misma, así como con diplomáticos extranjeros, sin contar con sus numerosos amigos en Italia.

Dispone también de Dollmann. Eugenio Dollmann es un especialista en historia del arte que vive hace mucho tiempo en Roma. Eso es en su vida privada. De hecho es un enviado especial de Himmler, capitán de las S.S. Dollmann conoce a toda la gente importante de la sociedad. En todas partes es *persona grata.* Para él están abiertas las casas de los príncipes, ni siquiera es un extraño en la *Villa Savoia.*

Todavía queda por arreglar la manera cómo hemos de disfrazar nuestros objetivos, de tal modo que estos colaboradores no se enteren de la realidad. Se reparten los papeles. Pasan algunos días hasta que Kappler ha sondeado el ambiente: se trata de saber los que podemos utilizar y los que son imposibles. Aunque no sea más que por esa razón, debemos ir todos los días a Roma.

Después de algún tiempo, aparece claro un punto. Las amistades italianas de Kappler y sus agentes nos ayudarán a encontrar las huellas de Benito Mussolini. Así Dollmann nos ayudará a aclarar todas las cuestiones que se refieren a personalidades italianas. Mantendrá el contacto con la alta sociedad y con la nobleza. El nos informará dónde se encuentran las personas que nos interesan: si están en su casa, o se encuentran de viaje, o se proponen salir de la ciudad, su posición frente al Eje y frente a Mussolini, cómo viven y cuál es su aspecto.

Kappler posee un aparato de telegrafía especialmente diseñado para agentes, mediante el cual establecemos contacto con el Cuartel General del Führer, aunque indirectamente. Toma nuestros mensajes la oficina VI F H del "Instituto Havel" de la repartición VI, que es la central de información y telecomunicaciones de Schellenberg. Es así que podemos transmitir nuestros mensajes de la mejor manera, con una clave especial e indicando que deben ser considerados como rigurosamente secretos.

En Frascati, mientras tanto, hemos organizado las cosas para estar lo más cómodamente posible. Tanto Skorzeny como yo, hemos establecido una especie de plan diario de trabajo. Pero, naturalmente, nos guardamos de ponerlo por escrito o de colgarlo en algún lugar.

Aproximadamente a las ocho de la mañana vamos al casino a desayunarnos. Nos sirven mujeres italianas, una de las cuales conoce un par de palabras de alemán. Nos dan el desayuno común en el ejército. Si se desea algún extra, hay que pagarlo aparte. Se compone de café, pan de munición, manteca o margarina y mermelada. Se pueden comprar huevos, frutas y tomates.

Para el desayuno debemos presentarnos de uniforme. Un cuarto de hora más tarde cambiamos la vestimenta militar por la de civil y nos dirigimos a Roma.

El Noveno Cuerpo de Aviación pone a nuestra disposición un coche.

Generalmente, nuestra primera visita es para Kappler. Allí encontramos a Dollmann o lo esperamos. De lo contrario, emprendemos recorridos de exploración por nuestra cuenta. Muy pronto comprendemos que así no vamos a ninguna parte. Si queremos preparar las detenciones, debemos tener algunos ayudantes que sepan de qué se trata. En la primera lista se encuentran más de 35 nombres, entre ellos sólo ocho o nueve son militares, de los que se encargará el Noveno Cuerpo de Aviación.

Después de discutirlo mucho con Kappler, enviamos a Himmler un largo mensaje. Debe hablar con Hitler para permitir que se instruya a cinco o seis personas más en el secreto, que serán elegidas por nosotros y bajo nuestra responsabilidad.

Esperamos algunos días. Como no llega respuesta, preguntamos otra vez. Ahora obtenemos contestación:

“Imposible”

Pero con la réplica llega una nueva lista de personas que deberemos detener. Llegan a 70.

Son hombres conocidos de las finanzas, de la política y de la alta sociedad; entre ellos, la mitad son militares. Haciendo un nuevo recuento, resulta que en nuestras listas figura un número de

personas a detener que es tres veces mayor que el de soldados de nuestro grupo. Además, hay que establecer dónde se encuentra Mussolini y libertarlo. Al discutir estas cuestiones con Kappler y con Dollmann, que hace tiempo ya ha comprendido nuestras intenciones, todo el plan nos parece una cosa grotesca. A pesar de todo, estamos decididos a realizar lo que es aparentemente imposible, aunque no podamos iniciar a nadie en nuestro secreto. No nos queda otra posibilidad que investigar por nuestra propia cuenta.

Obtenemos ese resultado de nuestras diarias visitas a Kappler; desde allí nos dirigimos a las diferentes partes de la ciudad donde viven nuestros "futuros protegidos". Vamos los dos o cada uno por un lado.

Más tarde nos encontramos otra vez en la oficina de Kappler, donde discutimos los resultados de nuestras investigaciones. Todo esto es muy difícil, pues conocen muy fácilmente que somos extranjeros, particularmente a Skorzeny, con sus dos metros de altura y sus llamativas cicatrices en el rostro. Tenemos que aprender a hacernos a las costumbres del país; es muy fácil reconocer al extranjero en pequeños detalles.

Roma está plagada de una policía secreta que tiene una organización magnífica. Ha aumentado su actividad investigadora y ya no está a las órdenes de Mussolini, sino del rey y de Badoglío. Por eso se comprende que no pongamos nada por escrito. Tenemos que guardarlo todo en la cabeza, hasta los nombres de las calles que no son fáciles para nosotros.

Debemos reconocer toda casa por fuera y por dentro; entraremos en ella, en un futuro próximo, sin que lo note nadie. Debemos reconocer también las inmediaciones de las casas, saber si están situadas en callejuelas estrechas o en lugares de reconocimiento fácil, lo que puede impedir o favorecer nuestros propósitos. Es necesario saber si hay guardias cerca. Todo esto ha de averiguarse recorriendo la ciudad horas y horas, asegurándose contra la policía secreta y generalmente con un calor de 40 ó 50 grados. Tampoco tenemos ningún papel que nos acredite como civiles. Tenemos solamente en los bolsillos un documento que certifica nuestra pertenencia a la fuerza aérea alemana. En caso de preguntas por parte de la policía italiana, diremos que somos aviadores combatientes que tenemos un par de días de descanso; no podemos decir que estamos con permiso, pues para eso hace falta una autorización especial. Todo esto nos cansa mucho. Finalmente, en la oficina de Kappler ponemos en claro todas nuestras informaciones, examinamos los más mínimos datos, aparentemente más inocentes, hasta que hemos consignado todo en el papel, para destruirlo después.

Nos queda todavía otro asunto; ¿Dónde está Mussolini? Las informaciones que nos proporcionan nuestros agentes son contradictorias e inciertas.

Cuando volvemos de noche, generalmente dos horas más tarde del tiempo anunciado para la comida, empezamos a trabajar afiebradamente sobre planes y dibujos que debemos preparar nosotros mismos. Tenemos que trabajar con papeles, cosa que ya en Berlín no nos gustaba nada. Pero esa es una condición indispensable de nuestra actividad. Día a día aumentan los detalles que habrá que tener en cuenta.

Entretanto, cada una de las personas, objeto de nuestra actividad en Roma, tiene un número; Plan 1, Plan 2. .., Plan 14. Hasta ahí hemos llegado. Cada uno de esos planes consiste en un mapa impreso de la ciudad en el que se ha marcado la vivienda de la persona a detener. Sigue un dibujo esquemático de la casa, con todos los detalles: dimensiones, entradas, puertas, las que están cerradas de día y de noche, piso en que vive la persona que buscamos, cerraduras de las puertas, otras personas que viven en la misma casa y todo detalle que pueda ser de importancia.

Hemos reunido todas las nimiedades necesarias, lo que nos ha costado mucho sudor y más de una maldición poco cristiana. Es relativamente fácil cuando se trata de casas aisladas y pequeñas en el centro de la ciudad, como, por ejemplo, en el caso Guariglia, el ministro de Relaciones Exteriores (Plan 7), o en el caso Acquarone (Plan 13).

Es enteramente distinto cuando las personas que buscamos viven en edificios grandes y complejos como el rey (Plan 1). Habita la *Villa Savoia,* que es algo completamente diferente de lo que uno se imagina con ese nombre: una casa para una o dos familias con un pequeño jardín. En Roma, una villa es generalmente un palacio con un gran parque. Para rodear la *Villa Savoia,* entiéndase bien, nada más que para rodearla, hace falta una compañía. Y nosotros no vamos a limitarnos a rodearla; eso ya lo hace la Guardia Real. La altura media de los hombres que la

componen es precisamente la de Skorzeny. Yo no sabía que había italianos tan altos.

Veamos el plan 2: el príncipe Humberto. Vive en el *Quirinal.* No se sabe cuál, entre los 2.000 cuartos de ese palacio, es el que ocupa el heredero del trono. El *Quirinal* se encuentra en el centro de la ciudad. Es toda una gigantesca manzana entre cuatro calles y, además, muy bien guardada. También habrá que sacar de allí a su esposa, que vive separada de él en otra ala del edificio. Tampoco sabemos en cuál de los 2.000 cuartos. Nadie puede conseguirnos un plano del *Quirinal.* Durante semanas tratamos de encontrar uno. Tampoco existe ninguna fotografía tomada desde un avión. Tampoco podemos mandar hacer una, pues Roma es ciudad abierta e Italia nuestra aliada, cuyas órdenes deben respetarse. Por consiguiente, no podemos hacer volar uno de nuestros aviones sobre el palacio.

Finalmente, un amigo en la biblioteca de la Universidad nos proporciona un libro de historia del *Quirinal.* Aproximadamente, podemos hacernos una idea de la distribución interior. Pero fué publicado hace 150 años. ¿Cuántos cambios habrán ocurrido entretanto? Aunque no sea más que unas cuantas puertas nuevas o algún cambio de cerraduras. Eso puede poner en peligro todo el plan.

Es necesario conseguir una fotografía aérea. Después de muchas discusiones y de preguntar en el Cuartel General del Führer, se obtiene la autorización necesaria. El avión vuela sobre el palacio durante la mañana; a la tarde tenemos el resultado. Exactamente sobre el *Quirinal* se encuentra una nube blanca que oculta enteramente el palacio. Así queda el Plan 2. Para colmo, delante del palacio se encuentran los gigantes del rey, en bellísimos uniformes, sin ninguna otra ocupación que estar de pie y notarlo todo. Pero precisamente nosotros no queremos que nadie note nuestra presencia.

Juntos o separados, paseamos unas 20 veces alrededor del *Quirinal.* A veces sólo para verificar algo que el otro cree haber advertido.

Por ejemplo: ¿Se puede colocar en la ventana del lado sur, al lado del primer portal, una escalera de cuerda? ¿Qué altura hay desde ahí hasta el primer escalón? Diez centímetros pueden tener una importancia decisiva.

Para colmo, hay un pasaje entre el *Quirinal* y el *Palazzo Colonna.* Pasa por encima de la calle como un viaducto. ¿'Qué puertas hay ahí? ¿Estarán condenadas? ¿Pasa alguien por ahí? Si ese pasaje se utiliza, hay que incluir en nuestro plan también el *Palazzo Colonna.* Es otro conjunto de edificios, enorme e inimaginable, entre la Via Dataria y S. Croce.

Por ello, cada uno de nuestros planes tiene una dificultad, una granito de arena que puede hacerlo fracasar. Para mayor desgracia, no podemos discutir esas cuestiones con nadie. No podemos pedir o aceptar consejos, ni siquiera con los oficiales que serán responsables de la ejecución de cada plan. Todas las noches dibujamos y planeamos hasta medianoche, hasta las tres y las cuatro de la mañana. Excepto cuando debemos informar al general Student, que sólo tiene tiempo para nosotros en las últimas horas de la noche. Generalmente, es después de las nueve o las diez, permaneciendo con él hasta las dos o las dos y media de la mañana.

No sólo hablamos sobre el plan Mussolini o sobre nuestra futura actividad en Roma. Durante muchas horas, las más bellas y serias d aquellos tiempos, hablamos de Alemania y de nuestro destino.

¿Podemos ganar todavía la guerra? ¿Qué pronóstico puede deducirse de la situación en los frentes? El general Student nos habla de su profunda preocupación. Conoce la situación en Italia, sabe lo que pasa en los otros frentes y cuan pocos son los que creen en el triunfo final: encuentra derrotistas en su propia plana mayor.

Sin embargo, todo su trabajo y toda su preocupación es para el frente:

—¡Debemos dar lo mejor de nosotros mismos, cada uno en su lugar debe hacer todo lo que pueda para que esta guerra termine con nuestro triunfo.

Cuando descansamos de noche, saliendo en el coche para cenar en Tivoli, en Marone o en Albano, no podemos dejar de pensar en lo que nos preocupa de día y noche.

* * *

"Tráigame usted a mi amigo Mussolini", dijo el Fuhrer, el 26 de julio, a Skorzeny. En eso

estamos.

Sabemos que Kappler ha descrito siempre la situación y el futuro de Italia tal como lo ha visto, sin dejarse influenciar por la Embajada alemana. En lo esencial sus ideas y las nuestras coinciden. Estamos de acuerdo también sobre el extraño cambio de los italianos.

Italia entró en la guerra en 1940. Ni el pueblo italiano estaba preparado para ello, ni se entusiasmó con ese hecho. La guerra fué y es impopular en Italia. El italiano no es soldado. Eso no es ninguna falta. Es su naturaleza, el clima, el modo de vivir y la mentalidad, cosas todas, que influyen mutuamente. Ante todo, el Sur no produce soldados.

El pueblo sabe que el rey no quería la guerra, así como tampoco el príncipe heredero. Desde un principio es opusieron a ella. El príncipe Humberto y su camarilla se dejaron llevar, además, por una intensa animosidad contra el nacionalsocialismo, sin abrir juicio sobre Alemania.

La necesidad de enviar tropas y más tropas, incluso a! frente ruso, que parecía absorber soldados como un barril sin fondo, empeoró a ojos vistas el ánimo del pueblo. Hubieran luchado por su pedazo de tierra o por el África del Norte, que está cerca, o por sus islas, pero de ninguna manera en el Volga. Stalingrado, la gran derrota, no sólo produce ingentes pérdidas de hombres y material al ejército italiano, sino, además, el reproche de ser los principales culpables de la derrota.

Produce otra caída de ánimo la retirada del ejército de Rommel, la invasión casi inmediata del África del Norte y, con ello ,una intensa amenaza sobre las colonias italianas. En un breve lapso se pierden varias posiciones, una tras otra.

Tampoco ha de olvidarse que, hace muy poco tiempo, Italia tuvo una guerra colonial con Abisinia que costó bastantes pérdidas. Condujo a que Italia conquistara un imperio y que el rey fuera emperador. Hoy, esa colonia está perdida o poco menos. Muchos italianos se encuentran allí, alejados desde hace años de la patria, sin que se sepa cuándo y si se los volverá a ver.

Llegan las derrotas definitivas en el África del Norte, el desembarco de los aliados en Pantellaria, el enemigo se ha atrevido ya a saltar sobre Sicilia. ¿Cuándo se presentará en la Italia propiamente dicha?

Todo esto alborota a la gente contra la guerra y contra los que han metido a Italia en ella.

También alborota a la gente contra sus aliados, contra su fuerte aliado, del que tanto se esperaba. Las miradas de los italianos son cada vez más inamistosas cuando observan soldados alemanes. Ellos creen que Hitler inició la guerra. Hitler es Alemania. Mussolini ha tomado parte en la conflagración bélica. Es decir, que los alemanes y Hitler tienen la culpa, y con ellos, Mussolini.

Así ven los italianos la situación, así la ve la casa real, así lo ve el príncipe heredero y sus secuaces. Hace mucho tiempo que ha dejado de ser un secreto la existencia de un "partido del príncipe heredero". No es un partido en el sentido cólmente de la palabra, sino un núcleo de personas que se distinguen por esas ideas. Algunos fascistas de primera hora pertenecen a ese círculo. Sabemos que Ciano, Grandi, Cinie, Bottai, Volpi y muchos otros son partidarios de Humberto. Esas son las personas que provocaron la caída de Mussolini. A la cabeza, el conde Ciano, su yerno.

A ese círculo pertenecen también la alta y media aristocracia, los altos funcionarios de la banca y de la industria. Pues todos ellos están abiertos en gran medida a esas sugestiones. Cuando la situación en 1943 empieza a hacerse precaria, todas las posiciones del fascismo están debilitadas.

Esos círculos necesitan precisamente una situación angustiosa para entrar en acción: el 25 de julio de 1943 ha llegado el momento. Los propios amigos de Mussolini le obligan a renunciar y el rey lo hace detener. Una acalorada discusión en el Gran Consejo Fascista, en la que se discute un memorándum por iniciativa de Grandi, Ciano y Cini, obliga a Mussolini a presentar su renuncia. Con esa dimisión queda liquidado el fascismo para Italia. Nadie conoce exactamente los detalles de los acontecimientos. Esperamos enterarnos por el mismo Duce, cuando nos encontremos con él.

Por el momento, existe el peligro de que el próximo paso de esos mismos círculos consista en llegar a un acuerdo con los aliados. Todavía no puede saberse si pretenden un armisticio para Italia o si quieren ponerse del otro lado. La situación es aún demasiado obscura como para poder juzgar eso. Alguna razón habrá tenido Ciano para separarse del gobierno algún tiempo antes y convertirse en embajador cerca del Vaticano. Desde allí habrá tendido sus hilos. El Vaticano es una interesante

pista de baile. Es un minúsculo Estado neutral en medio de un continente destrozado por la guerra, en medio de la capital de un Estado beligerante.

Allí están acreditados los diplomáticos de todos los países del mundo, amigos y enemigos. También Alemania mantiene un embajador allí. Es decir que en la misma ciudad hay dos representantes del Reich: uno en Roma y otro en el Vaticano.

El agregado de policía no puede acercarse fácilmente a la Embajada alemana en la Santa Sede. Está acreditado ante el gobierno italiano, no ante el Papa. Sin embargo, por ese conducto nos enteramos de algunas cosas interesantes. Ciano trata de crear las bases para un armisticio con los aliados. Es demasiado cuidadoso como para encargarse personalmente de ello. Se dice que Diño Grandi, el número cuatro de nuestra lista, que vive en una villa que leva su nombre, ha de conducirlas, probablemente en España o en Portugal.

Necesitamos una compañía de soldados para rodear la casa y asegurarnos el éxito, cuando hayamos de dar el golpe. Al aumentar los rumores acerca de un viaje de Grandi al exterior, nos dedicamos más intensamente a vigilar su villa. Se encargan de esa labor los hombres de Kappler. No saben de qué se trata realmente. Eso no interesa al servicio de informaciones.

Sin embargo, un día resulta que "el pájaro ha volado".

Ha abandonado su villa y vive en el *Palazzo del Parlamento.* Así se nos dice. Mientras cambiamos nuestros planes de la *Villa Grandi* al *Palazzo del Parlamento,* nos enteramos que nuestro futuro "protegido" se ha ido a España en avión. Al principio no es posible confirmar esa noticia, que es de la mayor importancia para nosotros. Puede ser una señal de la próxima separación del Eje. Por lo menos, significa que se discute.

Eso podría indicar que el plan Roma ha de realizarse a muy breve plazo. ¿Dónde podría confirmarse esa noticia? Kappler propone que consultemos a Senise.

El general Senise es jefe de policía de Roma. Pasa por ser un gran amigo personal de Himmler. Ambos se han regalado grandes fotografías con dedicatoria. La de Himmler se encuentra sobre el escritorio del militar italiano.

Dice la fotografía de Himmler: "Con sincera y fiel amistad". Sin embargo, es sospechoso. En la Embajada se sospecha que juega a dos cartas.

Es ésta una oportunidad para poner a prueba su fidelidad. Entretanto, nos hemos enterado que Grandi ha abandonado Italia, provisto de un pasaporte en regla, pero con nombre distinto. Se le ha reconocido en el aeródromo. Es una figura tan notable, que cualquier niño le reconocería. Por consiguiente, tenemos derecho para suponer que el Ministerio del Interior y el jefe de policía están enterados. Aunque ellos no hayan concedido el pasaporte, deben haber sido avisados de la partida. En esa época de la guerra ya no es posible ir a una agencia de viajes y pedir sencillamente un billete de avión para Madrid. Desde hace años, el asunto es mucho más complicado que todo eso.

Senise no sabe nada. Parece un angelito que acaba de caer del cielo. Entretanto, nosotros hemos podido averiguar cuándo salió Grandi, el número del avión, las medidas de seguridad que se tomaron para su partida y muchas otras cosas más. Sabemos también que Senise está perfectamente enterado. Es decir, que está jugando a dos cartas. Frente a nosotros guarda las apariencias. Eso ocurre muchas veces, particularmente durante una guerra. Sólo que debemos saberlo. Eso ocurre a mediados de agosto.

BUSCANDO AL DUCE

¿Qué será de Mussolíni mientras tanto? ¿Adonde nos; conducen las huellas que hemos encontrado hasta ahora? ¿Hacemos progresos? Inmediatamente después de nuestra llegada a Italia, se prepara un plan de batalla. Kappler pone todos sus agentes sobre la pista. En la Embajada aguzará el oído para escuchar la más mínima indicación. El general Student tratará de obtener informaciones en el comando general del frente sur y entre los aviadores. Nosotros mismos hacemos lo que podemos. También el enlace del Noveno Cuerpo de Aviación colabora enérgicamente.

Las informaciones y noticias que nos llegan sobre Mussolini son variadísimas y provienen de

las más diversas fuentes; hasta hay entre ellas noticias oficiales. Al principio, la. Embajada alemana trata de obtener noticias del destino de Mussolini, a pedido de su gobierno. Las respuestas son escapatorias por la tangente o mentiras dichas con toda mala intención. Nos avisan que Mussolini se encuentra en un cuartel de carabineros, en Roma. Cuando tratamos de verificar la noticia, nos enteramos que se le ha sacado de allí con destino desconocido. También nos llegan noticias absolutamente falsas que los italianos lanzan hábilmente para inducirnos a error, pues hacen todo lo posible para conseguir eso.

El cumpleaños de Mussolini ofrece una oportunidad de buscarlo oficialmente. Hitler envía como regalo una edición de lujo de Nietzsche. Se expresa el deseo que alguna personalidad alemana pueda hablar personalmente con el Duce y entregarle el presente. Badoglio se niega alegando que ignora dónde se encuentra. Sin embargo, el gobierno italiano se compromete a entregarle los libros. Mussolini los recibió más tarde, pero se le negó el derecho de enviar a Hitler una carta personal de agradecimiento.

Entretanto, se ve cada vez más claramente que el gobierno italiano tiene la intención de ofrecer el Duce a los aliados como precio por un armisticio. Eso es lo que Hitler temió desde el principio.

¿Y el servicio de contraespionaje? También Canaris y sus agentes nos parecen sospechosos. Sabemos que Canaris se opone a espiar en Italia, pues, según él, ella sigue siendo aliada de Alemania. Los italianos se agarran a este acuerdo que se basa en la reciprocidad.

En ese momento de la guerra, el servicio alemán de contraespionaje no posee ninguna red de agentes. De ninguna manera proviene eso de que esa organización no esté enterada de la situación, pues ha de enviar periódicamente al Cuartel General del Führer, así como a los diferentes comandos, un informe que llega hasta los jefes de división. En agosto, cae en nuestras manos por casualidad una circular en la cual la sección de contraespionaje juzga la situación. Al principio, la sorpresa causada por lo que dice allí nos pone rígidos.

Redactado por la sección más importante de información militar, se dice que la renuncia de Mussolini y la toma del poder del mariscal Badoglio no pueden significar ningún inconveniente para la prosecución de la guerra por parte de Alemania. Por el contrario, ese cambio de gobierno es una garantía de que Italia redoblará ahora sus esfuerzos bélicos.

Después de habérsenos pasado la sorpresa, nos preguntamos si eso es una tontería o si se trata de engañar a alguien. En todo caso, aquella noche, a la luz de las lámparas de nuestro cuarto, fotografiamos aquel documento con la Leica para no olvidarlo jamás. Esa es la más loca "información secreta, exclusivamente para el comando", que hasta ahora hayamos encontrado en Italia.

No podemos entender cómo otras organizaciones que se encuentran en medio de los acontecimientos sean capaces de creer eso. Pero muchas de las medidas que se toman, así como las precauciones que no se toman, demuestran, efectivamente, que es así.

Nos enteramos también que el almirante Canaris y el coronel Lahousen se encuentran en Venecia, en el Hotel Daniele, con el jefe del servicio de informaciones italiano. ¿Qué se prepara? El general Amé y el coronel Helfferich toman parte en esas conversaciones. Vamos a tener los ojos muy abiertos para pescar cualquier noticia que nos llegue algún día sobre lo tratado.

Lo único que sabemos con seguridad es que se han encontrado en Venecia. Para nosotros, es evidente que Canaris y Lahousen han vuelto a casa con informaciones falsas. Es posible que provenga de ahí ese informe que demuestra un desconocimiento absoluto de la situación.

Entretanto, Grandi ha llegado a Lisboa. El conde Sforza ha llevado a buen término los trabajos preparatorios. Queda muy poco tiempo.

También de Mussolini tenemos nuevas noticias. Al parecer son fidedignas, entonces se encuentra en la isla Ponza, un establecimiento penitenciario en el golfo de Gaeta, cerca de la isla Ventotene. Uno de nuestros agentes descubre una persona que se ocupa de suministrar frutas y verduras a la cárcel. Para el Duce prisionero se han hecho pedidos especiales de vegetales.

Por consiguiente, comunicamos al cuartel general del Führer: *El Duce se encuentra seguramente en el establecimiento carcelario de la isla Ponza. Rogamos transmitan órdenes.*

La respuesta dice lo siguiente: *Prepárese la liberación. Adviértase a la marina de guerra.*

Pídanse todavía órdenes definitivas.

—¡Mira esta basura! —exclama Skorzeny—. ¡Debemos advertir a la marina de guerra y no dice cuántas personas pueden enterarse! ¡Es como para echarlo todo a la mierda!

Al preguntar, se nos prohibe instruir a más de las seis personas ya permitidas. Debemos intentarlo, es decir, poner a la marina de nuestro lado, sin enterarlos de los detalles. Lo que ellos comprendan, sin que nosotros se lo digamos, es asunto suyo. ¡Que no haya una persona capaz de dar una orden clara! Hasta hoy, desde el punto de vista del ejército, estamos ilegalmente en Italia. No tenemos órdenes de ninguna clase. Por todas partes encontramos dificultades. Seguramente los marinos querrán ver alguna orden escrita y nosotros no tenemos nada.

El general Student nos presenta a la marina. Nos reunimos una noche y empezamos a dar a conocer nuestros planes cuidadosamente. Los marinos son el capitán von Kamptz, cruz de hierro con el grado caballero y coronas de encina, y el capitán de corbeta Max-Schulz. comandante de la división Mediterráneo, de los botes contratorpederos.

El general Student ha tanteado ya muy bien el terreno y todo resulta a nuestra satisfacción. Max-Schulz tiene una sola preocupación: cómo sacar sus embarcaciones del Egeo. Tendrán que pasar a través del estrecho de Messina. Alguna vez habrán de hacerlo, pues ese mar se convertirá en una trampa sin salida en cuanto los aliados desembarquen en territorio italiano.

En principio están conformes: colaborarán. Antes es necesario reconocer la isla Ponza y estudiar las posibilidades de desembarco, etc.

—Preparen ustedes sus planes; díganos con tiempo cuántos botes necesitan y de qué clase. Nosotros prepararemos todo para la acción. Claro está que lucharemos a su lado.

No saben que se trata de Mussolini. Sólo están enterados de que es muy importante y orden del Führer. Pero se imaginarán el resto.

Apenas hemos comenzado a elaborar nuestros planes — estamos buscando todavía el lado más favorable para atacar la isla—, cuando llega un mensaje de nuestro agente: *El Duce ha abandonado Ponza en un barco de guerra de dimensiones medianas, con destino desconocido.*

Retransmitimos la noticia inmediatamente al cuartel general del Führer. No recibimos respuesta. Esperamos tres días, durante los cuales estudiamos toda clase de informaciones, sin que aparezca el menor rastro de Mussolini. Hacemos vigilar todas las grandes bases de la marina italiana. En ninguna de ellas se consigna la salida de una unidad media o pesada, ni en Genova, ni en La Spezia. En aquel momento nos llega un telegrama de Himmler: *Mussolini se encuentra en el "Italia", un barco de guerra, en el puerto de La Spezia. Deberá prepararse de inmediato su liberación, esperando la orden.*

Nos miramos, medio asombrados, medio de divertidos.

—¿Es posible eso? De dónde ha sacado Himmler ese dato? Ciertamente, no lo hemos enviado nosotros, ni ninguna otra oficina alemana en Roma, de lo contrario nos hubiéramos enterado.

En La Spezia no hay ninguna novedad. Eso lo sabemos auténticamente. Es una información completamente falsa. ¿Si fuera cierta desde esta mañana?

—No se puede sacar a nadie de un barco de guerra. Primero hay que entrar en él. Además los italianos son nuestros aliados. ¿Cómo se han imaginado eso?

—¿Qué podemos hacer? Nosotros no somos suicidas.

—Nada de esto pasa a nuestros apuntes. " —¿Si Himmler llegara a preguntar?

—Le diremos que estamos preparando el asunto. Discutimos la situación con los marinos para que nos ayuden en caso de tener que justificar nuestra conducta.

* * *

En Roma, la situación se hace cada vez más difícil. Aumenta el número de soldados italianos. Se construyen posiciones de artillería y barricadas, trampas para tanques y trincheras. Eso se hace en Roma, en los suburbios y a una cierta distancia de la ciudad.

¿Qu¿ pasa? ¿Contra quién se atrincheran los italianos? Ellos responden que se preparan contra una probable invasión. Cierto es que podría ocurrir. Pero callan cuando se ks pregunta qué

invasión temen.

El Noveno Cuerpo de Aviación distribuye poco a poco sus dos divisiones en las cercanías de Roma. Los italianos preguntan para qué. Contra una probable invasión, responden los alemanes. Cada uno de los dos tiene la impresión de que el otro no obra honradamente.

Los italianos empiezan a organizar de manera severísima el control de los caminos de acceso y de salida de la ciudad. Toman por escrito no sólo el número de los vehículos alemanes, sino el permiso del conductor, las órdenes de marcha y el nombre de las personas que se encuentran adentro. Quieren saber exactamente quién se mueve en su territorio. No sirven para nada las protestas alemanas. Son aliados y están por encima de toda sospecha.

Para nosotros está muy claro: quieren conocer las fuerzas alemanas para el caso de que...

Lentamente se va produciendo una situación grotesca: las unidades alemanas de paracaidistas y las italianas están metidas las unas dentro de las otras. Todo ocurre con la mayor amabilidad.

Si los italianos construyen una trampa contra tanques y una trinchera, aparece en seguida cualquier unidad alemana de paracaidistas detrás de ellos para "acuartelarse"'. Entonces los italianos construyen una nueva barricada detrás de los alemanes. Dos días más tarde aparece una compañía alemana detrás de los italianos, hasta que finalmente ya nadie sabe a qué atenerse.

* * *

A mediados de agosto nuestras noticias sobre Mussolini parecen concretarse alrededor de Ordeña. Al principio, no parece seguro si el Duce se encuentra en la misma isla o en alguna de las cercanas. Los informes parecen indicar algún punto del norte de la isla.

Se anuncia también que en la isla di Porco, apenas un islote, se encuentran detenidos algunos antiguos fascistas. En la isla Caprera parece prepararse un campo de concentración para antiguos miembros del partido. Según otra noticia, Mussolini se encontraría en la isla di Porco. Otros datos, que parecen ser más dignos de confianza, indican que se encuentra en la isla Maddalena.

—¿Maddalena? Allí hay un comandante de puerto alemán. Podríamos preguntarle.

—Sí, pero no podemos hacer eso directamente. Ha de ser preguntado por sus superiores jerárquicos de la marina.

Son nuevas dificultades y más dificultades, como siempre.

—En Roma hay un oficial de enlace de la marina que podría ayudarnos.

Skorzeny se dirige a Roma con el general Student. Allí discuten todo lo necesario. Dos días más tarde recibimos una comunicación del comandante alemán del puerto de Maddalena, capitán de fragata Hunaeus. Nos dice que los italianos han introducido algunas variantes en sus instalaciones militares allí. Por ejemplo, la guarnición ha sido reforzada. Ha llegado un gran número de carabineros. Los italianos dificultan la transmisión de noticias. Se dice que Mussolini se encuentra en una de las islas cercanas. Discutimos de inmediato este informe con el general Student. Decidimos enterarnos directamente. El único de nuestros hombres que habla perfectamente italiano es Warger. Esa noche voy a buscarlo a Pratica di Mare. Se le instruye acerca de sus futuros deberes: averiguar en la isla Maddalena si Mussolini se encuentra allí.

La orden es de difícil ejecución, pues es de suponer que se habrán tomado todas las medidas para evitar el espionaje. Pasamos casi la mitad de la noche discutiendo varias posibilidades. De mañana temprano, Skorzeny irá en avión von Warger a Cerdeña. Se avisa al capitán Hunaeus para que vaya a buscarlos con un coche a Vieno Fiorita, encontrándose con ambos en el aeródromo, cerca de Olbia, para llevarlos hasta Palau, donde se embarcarán en un bote de la marina alemana, que los conducirá hasta Maddalena. Se establece exactamente el horario y se pide un He III para la mañana siguiente.

Warger se presentará en Maddalena como un simple marinero que va allí para esperar su barco. Vuelve de un permiso que ha pasado en la patria. El capitán Hunaeus le dará alojamiento en su propia casa. Todo eso deberá discutirse todavía. Ya ha recibido en clave y por telegrafía sin hilos un anuncio cuidadoso.

Warger tiene órdenes de mezclarse entre el pueblo, bebiendo de noche en las tabernas con los habitantes de la isla. Así debe intentar obtener puntos de referencia sobre el lugar dónde se

encuentra Mussolini. Warger está encantado.

La orden también encierra una sola dificultad. Cuando Skorzeny le aconseja que se emborrache de cuando en cuando, pues así irán mejor las cosas y llamará menos la atención, teniendo en cuenta, por otra parte, que deberá beber con los habitantes de la isla y pagarles alguna copa, Warger se pone pálido. Es antialcoholista el único hombre utilizable de todo el grupo, pues ningún otro habla perfectamente italiano.

Sólo queda un remedio: enseñarle a beber.

Me basta un gesto de Skorzeny para traer una botella de coñac y otra de Asti Spumante, con lo que empezamos nuestras lecciones. Con su soberbio desprecio de la muerte, inicia Warger su entrenamiento, hasta que finalmente se le sube el alcohol a la cabeza. Hay que traer otra botella de coñac, pues nosotros también aprovechamos la oportunidad para aprender. Nos reímos mucho y Warger desempeña encantado el papel del que paga las copas e induce a la gente a beber. Nosotros nos dejamos inducir. Aquella noche tiene un final bastante húmedo. Skorzeny decide discutir con Warger el resto de las cuestiones en el avión. Esta noche sería imposible.

Preparo algunas botellas de licores, cigarrillos y un buen montón de dinero para que Warger pueda moverse en Maddalena sin dificultades. A la mañana siguiente acompaño a los dos hasta el aeródromo de Ciampino. Allí les espera ya el He III. Skorzeny y Warger se meten en el avión, que levanta, vuelo en seguida rumbo a Cerdeña.

Vuelvo a Frascati y estudio nuevamente nuestros planes del 1 al 14. Pulo algo aquí y allí, en este caso podemos emplear un hombre menos, allí necesitamos dos más. Hay nuevas informaciones que nos obligan a reconsiderar algunas partes; de nuestros planes.

Todo esto ocurre entre el 17 y 18 de agosto y el mismo día 18.

En lo que respecta a Roma, nuestros planes se han simplificado un tanto, pues algunas de las personalidades italianas que buscamos han huido. No se sentían enteramente seguras en la ciudad santa.

Por ejemplo, la familia real no se encuentra ya en la *Villa Saüoia,* sino en su residencia de verano. Grandi está en el extranjero. Esperamos que otros sigan su ejemplo, a pesar de lo cual los planes han de estar listos. Skorzeny estará de vuelta a las dos de la tarde. Entonces daremos el último toque a nuestros proyectos.

Todavía a las cuatro sigo trabajando, sin que Skorzeny haya aparecido. Se habrá retrasado. Son las cinco, son las seis y no se presenta. Varias veces trato de ponerme en comunicación telefónica con la *Villa Dusmet.* Allí se encuentra la plana mayor del Noveno Cuerpo de Aviación. A pie, dista una media hora. Es imposible conseguir hablar por teléfono.

A las siete de la noche estoy ya harto. Me presento en la *Villa Dusmet* y hablo con el jefe de la plana mayor.

—Perdone usted, mi coronel, ¿tiene usted noticias del señor Skorzeny? Debía estar de vuelta a las dos de la tarde y ya son las siete.

—¿Skorzeny? ¿No sabe usted que se ha caído al río?

¡Qué se ha caído a un río! Se habrá precipitado al mar con el He III. ¡Y ni siquiera se me ha advertido! ¡Es sencillamente el colmo! ¿"Qué será de nuestros proyectos si se procede tan descuidadamente? Muy extrañado, planteo algunas preguntas al coronel.

—¿Cuándo ocurrió eso, mi coronel?

—Hoy, por la tarde.

—Pero, ¿qué ha pasado? ¿Viven todavía los tripulantes y pasajeros? ¿Se han podido recoger sobrevivientes?

Mientras planteo las preguntas, comprendo que son perfectamente tontas. Cuando un He III se precipita al mar, puede darse todo por perdido, la máquina y los hombres,

—¿No está usted enterado de nada? Espere usted a ver si vuelve mañana o pasado mañana.

—Pero, mi coronel, hay que tomar alguna decisió respecto a nuestros proyectos. ¿Qué hacemos si mañana o pasado mañana se produce el caso previsto?

Se encoge de hombros, lo que significa que debe dar por terminada la conversación. Echo a correr para hablar con el general Student.

—Mi general, Skorzeny se ha caído al agua. Le ruego que me permita reemplazarlo hasta que tengamos noticias fidedignas. Es necesario que haga algo en lo que respecta a nuestros proyectos romanos. Debo encargarme yo del príncipe heredero, pasando a manos de otro el caso Acquarone. Le ruego que me dé su permiso y en caso necesario su apoyo. Debo continuar las negociaciones que hasta ahora llevaba Skorzeny.

—Bueno, empiece usted y cuide que todo salga bien. En caso necesario, llámeme.

Echo a correr buscando un coche para visitar a Tannert, con el que Skorzeny ha discutido todos los detalles del plan referente al *Quitirml.* Yo no estuve presente en todas esas conferencias, por lo que sólo conozco el plan de operaciones que se encuentra en nuestras valijas. Pero no estoy enterado hasta qué punto se ha llegado en esas conversaciones. Todavía queda por decidir la cuestión de las escaleras o de subir a las ventanas con cuerdas.

Paso por nuestro acuartelamiento en Pratica di Mare, advirtiendo nuestros hombres que "se aproximan los acontecimientos". Apenas nos creen ya, pues ni siquiera hemos enterado a los cabos de nuestros proyectos. Todos andamos en la oscuridad.

Desde Pratica di Mare voy a visitar al capitán Tannert. Todo marcha allí como sobre rieles. Pero debo cambiar enteramente de punto de vista. Mi cabeza está encaminada por un sendero enteramente distinto. Pero eso no ofrece dificultades.

Al día siguiente me presento en Ostia, en el regimiento y en las oficinas de la plana mayor de la división. Corro también para hablar con el coronel von der Heydte, hasta que aclaro todos los puntos obscuros. Vuelvo por la tarde del día siguiente, casi de noche.

Encuentro noticias de Skorzeny, que se encuentra perfectamente. Volverá mañana. Debo estar en el aeródromo de Ciampíno para recibirlos. Me siento mucho mejor al enterarme de esas noticias.

Salgo de Frascati puntualmente, no hace falta apresurarse. En las oficinas del aeródromo pregunto por el He III.

Aterrizará en seguida. Baja Skorzeny, marcha un poco mal, pues se ha roto un par de costillas y tiene algunos chichones. Salimos para Frascati. No hablamos mucho; nos alegramos de estar otra vez juntos.

Le cuento lo que he hecho al enterarme del accidente. Le parece bien. En cuanto estamos en Frascati, voy al casino para conseguir una botella de coñac. Hay que rociar la ocasión. Skorzeny me cuenta lo que ha pasado:

—Llegamos a Vieno Fiorita, cerca de Olbia, exactamente a la hora. Nuestro He III tenía suficiente combustible para el viaje de ida y vuelta. Cuando comprendo que se trata de un aeródromo italiano, trato de proceder cuidadosamente. Observo al piloto que no tome combustible allí. Pretendemos emprender el vuelo de regreso aquella misma tarde. Delante de las oficinas del aeródromo se encontraba el coche del capitán Hunaeus.

"Pasamos por Olbia, una ciudad casi vacía. Subimos hacia el Norte por un camino de montaña bastante malo. El paisaje es bello, pero seco y quemado por el sol. Hay unos ochenta kilómetros de distancia hasta Palau, la ciudad portuaria del norte de Cerdeña. Allí, en el puerto, me esperaba el capitán Hunaeus. Al principio hablé con él sólo. Después fuimos al puesto de combate del comandante de una batería antiaérea alemana estacionada allí. Ninguno de los dos está enterado de quién soy yo, ni tampoco de mis propósitos. Para ellos soy simplemente uno de tantos oficiales del Noveno Cuerpo de Aviación que tiene la misión de completar por sí mismo las informaciones del comandante alemán de puerto sobre los cambios que han hecho los italianos, conduciendo conversaciones personales, para dar a la dirección militar un cuadro lo más claro posible de la situación.

"Sobre el lugar donde se encuentra Mussolini, no hay por allí ninguna idea clara. Hay tres versiones que parecen dignas de crédito. Muchas otras pueden dejarse de lado, pues se ve en seguida que son simples rumores sin fundamento. El comandante de la batería antiaérea afirma haber oído de muy buena fuente que Mussolini se encuentra en Santa María, gravemente enfermo. Es un villorrio que se encuentra a mitad de camino entre Ostia y Palau. Hay un hospital instalado en

un viejo convento. Contra esa versión, puede hacerse valer que durante todo el viaje no hemos visto un solo carabinero. Me acuerdo muy bien de esa pequeña ciudad en las montañas.

"Hay otra versión, la tercera, que es la más probable. Mussolini se encuentra en la isla Maddalena, algo fuera de la ciudad, hacia el Oeste. Hay allí una villa que tiene un nombre que parece alemán: *Villa Webet* o *Webber,* o algo así. Parece que es propiedad de un diplomático alemán que está casado con una inglesa, o un diplomático inglés casado con una alemana.

"Es casi imposible verificar la primera versión. No es posible, sin ser observado, acercarse con una embarcación de la marina de guerra alemana a una isla donde se encuentra una colonia penitenciaria y desembarcar. Pero parece sumamente improbable que se mantenga a Mussolini con otros prisioneros.

"En lo que respecta al segundo caso, Santa María, hay muchas razones que militan en su favor. Todos los informes que hemos podido recoger en Roma indican que Mussolini no gozaba de buena salud cuando lo pusieron preso. En el puerto de Maddalena se encuentra desde hace algunos días un hidroavión italiano; es una máquina blanca con una cruz roja, como las que se usan para salvar aviadores que han caído al mar. Ese aparato sale regularmente de Maddalena; a su lado acuatizan dos aviones de combate que lo acompañan para protegerlo.

"Más tarde, después de hablar con el capitán Hunaeus y el comandante de la batería antiaérea, me he enterado que esas máquinas acuatizan muy cerca de la villa cuyo nombre parece alemán. En mi opinión, no debemos ocuparnos más de las noticias que se refieren a la isla di Porco; por el contrario, tenemos que concentrar nuestra atención sobre Santa María y Maddalena.

"He dejado por ahora a Warger en Maddalena, pues ése me parece el punto más probable. De reojo, observaremos Santa María. Es muy probable que la máquina con la cruz roja tenga algo que ver con Mussolini y su médico. Después hicimos un viaje en auto alrededor del puerto, pasando frente a la isla donde se encuentra la colonia penal. Por lo que pudiera ocurrir, he tomado una fotografía con la Leica. En el puerto mismo, hemos pasado cerca de la villa y ocultándome he tomado otra fotografía de ella. Warger se quedó allí; aparece como intérprete de Hunaeus, mientras cumple con su misión.

"Lo que tiene que hacer es lo siguiente: En primer lugar, establecer el sitio dónde se encuentra Mussolini. Además deberá estudiar cuidadosamente el terreno alrededor de la villa en Maddalena, así como el edificio, las construcciones adyacentes y la vigilancia, el armamento de la guardia, los cables telefónicos y todo lo demás que pueda interesarnos. Tiene una provisión suficiente de dinero y cigarrillos para poder moverse sin dificultad en las tabernas.

"Hemos convenido para Warger la siguiente leyenda: contará a la gente que Mussolini ha muerto. Puede además expresarse como un derrotista sobre el futuro curso de la guerra. De las opiniones contrarias de la gente, intentará deducir lo que se sabe sobre el destino y el lugar donde se encuentra actualmente el Duce. Además, se interesará por Santa María.

"Ese sería un lugar ideal para intentar la liberación, pues tiene una situación excelente. No he visitado la isla Maddalena, sino que me despedí en Palau de Warger y del capitán Hunaeus. Warger se dirigió en seguida a Vieno Fiorita. Mi He III se encontraba allí, listo para partir. Hablé unas pocas palabras con el piloto y le dije que me gustaría sobrevolar la isla Maddalena. Quería verla desde arriba y si era posible tomar algunas fotografías.

"Al poco tiempo nos encontrábamos en el aire. Le ordené que volara muy alto, por lo menos a 4.000 metros. Volamos hacia la isla, poco más o menos, a esa altura. Pero antes de llegar a ella, pasamos por encima del mar abierto. El telegrafista de a bordo nos anunció que había aviones enemigos en las cercanías. El piloto pareció querer descender algunas curvas. Al mirar hacia afuera, noté que caíamos casi verticalmente. Uno de los motores dejó de funcionar. Miré al piloto y observé que su cara se contraía. En el mismo momento, en que puedo agarrarme al tubo del cañón de a bordo, golpea la máquina contra el agua. La rotura en pedazos de la cubierta transparente de la cabina del piloto y el choque con el mar me hacen perder el conocimiento por algunos segundos. De repente, me recupero y siento que el agua empieza a cubrirme. Nos hundimos, el agua entra a torrentes en la cabina del piloto. Siento que un brazo me busca y trata de levantarme. Uno de los tripulantes del avión, aferrado a mi uniforme, consigue sacarme afuera, pudiendo salvarnos así los tres. Nadamos, pero los uniformes pesan mucho. Por ninguna parte se ve la máquina. De repente aparece otra vez, empujada probablemente por el aire que contenía. Conseguimos sacar a los dos

hombres que se encontraban en la parte posterior del aparato; ninguno de ellos sabía nadar. Pudimos salvar el bote desmontable, mi portafolios y la Leica, así como una pistola de señales. Apenas habíamos conseguido hacer todo eso, lo que nos llevó unos pocos segundos, cuando la máquina se hundió como una piedra. Pero el bote desmontable flotaba. Pusimos adentro a los dos que no sabían nadar, mientras nosotros nos manteníamos en el agua, agarrándonos a los bordes. Nadamos hasta un escollo que se encontraba a una distancia de unos 500 metros. Yo soy el único herido: algunas astillas y dos costillas rotas. Le pediré al doctor Grutow que me haga una cura esta noche, cuando hayamos terminado nuestro trabajo.

"Los aviadores me aseguran que de cada cien He III que caen al mar, sólo en un caso no hay que lamentar desgracias personales. Cuando llegamos a aquel escollo, vimos una pequeña embarcación de la marina de guerra. Observó nuestras señales luminosas y nos sacó de allí. Era un barco italiano que nos dejó en Olbia. De allí fui a Bastía, donde encontré otro He III que me estaba esperando. Por otra parte, la tripulación de la embarcación italiana que nos sacó del escollo hizo todo lo humanamente posible por ayudarnos. Su conducta fué ejemplar. Contra mis instrucciones, el piloto del He III destrozado tomó combustible italiano en Vieno Fiorita. Entretanto las autoridades alemanas han hecho analizar una parte, encontrando que contiene un 50 por ciento de agua. Eso ha producido la pérdida de la máquina y hubiera podido costamos la vida a todos.

"Bueno, ahora estoy aquí y debemos organizado todo de acuerdo con la hipótesis de que Mussolini se encuentra en Maddalena. He arreglado con Warger de qué manera ha de anunciarnos sus noticias. Con el capitán Hunaeus he convenido una clave especial para los radiogramas, de tal moda que no puedan descifrarlos. En dos o tres días volveremos en avión allí y examinaremos más detenidamente el lugar. Para esa fecha es necesario liquidar todo aquí. Tanto nuestros proyectos romanos como la cuestión de Maddalena deben estar prontos, en principio."

Aquella misma noche llamamos por teléfono a los capitanes von Kamptz y Max Schulz para aclarar con ellos los aspectos técnicos del caso Maddalena.

Pero, además, vamos a contribuir desde aquí a aclarar el. asunto del lugar donde se encuentra Mussolini, ayudando así. a Warger en su trabajo.

* * *

Discutimos detalladamente con Kappler.

Queremos llegar hasta los parientes de Mussolini, tal vez ellos puedan darnos alguna indicación.

Ante todo, *Donna Róchele,* la esposa de Mussolini. Está detenida en su residencia de verano Rocca della Camínate, cerca de Rimini. Está la viuda de Bruno Mussolini, el segundo hijo del Duce que encontró la muerte en esta guerra, actuando en la fuerza aérea. Después está la esposa del primogénito, Vittorio, que se encuentra actualmente en Alemania asilado. Ambas señoras viven cerca de Rimini. Vamos a empezar por ella.

Al mismo tiempo, podemos reconocer el terreno y sacar un informe sobre Rocca della Camínate. Pues nos proponemos librar también a la esposa de Mussolini y sus dos hijos más jóvenes, Annamaria y Romano, de las garras de la policía italiana. Se les permite vivir en su propia residencia, pero no pueden abandonarla y sus parientes no pueden visitarlos. Vamos a intentar que los vea alguna persona del más íntima círculo de sus parientes. El capitán Mandel arreglará eso. Es austríaco como nosotros y le tenemos por una persona en que se puede depositar toda confianza. Le acompañará en el auto la esposa de un distinguido político romano. Todo esto debe hacerse sin que lo note nadie.

La señora irá a la mañana siguiente a misa, a una cierta iglesia, a las seis de la mañana. Cerca de allí se encontrará un auto particular con chapa italiana que esperará a que salga del templo por una cierta calle. La acompañará su esposo. Después se meterá en el auto, manejado por uno de los hombres de Kappler, que habla perfectamente italiano. Además estaré yo en el coche. Nos dirigiremos a Frascati; en algún lugar de esta última ciudad nos esperará en otro auto el capitán Mandel, vestido de civil. La señora cambiará de coche y se dirigirá a Rimini.

Allí discutirá los detalles con la nuera de Mussolini, a quien conoce personalmente. Como nadie está enterado que se intenta libertar al Duce, el peligro de que se descubra la entrevista no es muy grande.

La señora, preocupada por el destino de la familia, tratará de enterarse de todos les detalles: ante todo si alguno de los parientes sabe su paradero. Todo ocurre como lo hemos previsto. Sale Mandel y esperamos que esté de vuelta dentro de tres días.

Entretanto, intentamos otra cosa en Roma.

Interrogamos a Edda, hija de Mussolini, casada con el conde Galeazzo Ciano. Habla con ella un señor que la conoce muy bien. Hace poco que ha vuelto de un viaje a Alemania. No sabemos lo que buscaba allí.

Entretanto los hombres de Kappler establecen que Edda ha escrito una carta a su padre, dirigida a Maddalena. Luego el Duce está allí.

Telegrafiamos a Warger. Queremos estar enteramente seguros. Además necesitamos comprender la posición de Edda frente a su padre y a su esposo, que ha causado toda esta miseria.

¿Nos dirá la verdad? Sí, la dijo.

Al preguntársele el presunto paradero del Duce, responde sin escaparse por la tangente.

—¡Sí, está en Maddalena. Le he escrito hace muy pocos días. Me ha hecho saber que en parte se debe a su deseo que lo llevaran a ese lugar.

Se le pregunta después:

—¿Cuál es su posición respecto a su padre y a su esposo? Usted debe encontrarse en una situación muy difícil.

Se nos informa que su respuesta es la siguiente:

—En primer lugar soy la madre de mis hijos, después soy la esposa del conde Ciano y además soy hija de Mussolini.

Está bien claro, eso es una ordenación. Ella se mantiene al lado de su marido. Para nosotros, eso es muy importante en el caso de los proyectos romanos. Ella fué franca, como se nos advirtió que lo sería, lo que nos satisface.

***

Las conferencias con los marinos conducen a un entendimiento completo. Los botes contratorpederos del Egeo se encontrarán en su posición a la hora convenida. Además, tenemos a nuestra disposición otras unidades. Es necesario incluirlas en el plan definitivo.

Informamos al general Student. Queda satisfecho y nos confía la decisión sobre los demás detalles del plan y aprueba nuestro viaje a Córcega y Cerdeña. Tenemos todavía que averiguar los últimos detalles esenciales.

En aquel momento llega un radiograma desde Maddalena. Warger asegura haber visto personalmente a Mussolini.

Mediante un telegrama relámpago preguntamos en el cuartel general del Führer si se puede preparar la liberación. La respuesta es afirmativa, pero deberá llevarse a cabo sólo si existe absoluta seguridad de que Mussolini se encuentra realmente allí. De lo contrario, se nos desautorizará y se atribuirá el hecho a elementos irresponsables.

Es decir, que tenemos que tratar de conseguir la mayor seguridad. Eso sólo es posible si se ha visto personalmente a Mussolini. Esperemos que la información de Warger sea correcta.

Salimos el 23 de agosto, de mañana.

El He III sale puntualmente de Pratica di Mare. Por precaución nos ponemos el chaleco salvavidas. No se puede estar seguro. Todo el Mediterráneo es campo de acción de los cazas enemigos. Cierto es que tenemos combustible alemán en los tanques, pero lo que es seguro es seguro.

En Vieno Fiorita nos espera un camión que nos lleva hasta Palau. Allí encontramos un bote contratorpedero que ha de conducirnos hasta Maddalena. Entretanto nos hemos desprendido nuestras insignias de oficiales, por lo que llegamos a la isla como simples aviadores. Vamos primero a ver a Hunaeus. En la cocina se encuentra Warger, preparando unos huevos. Por lo visto se ha hecho a la vida de la isla. En cuanto le llevamos aparte, nos confirma sus informaciones. Ha

visto a Mussolini. Pero no se atreve a afirmarlo rotundamente.

Aconteció lo siguiente: Warger se metió en una taberna, bebió algunos vasos con los habitantes de la isla y dudó del triunfo final del Eje: ¡ahora que había muerto Mussolini!

—¿Cómo?... ¡Mussolini ha muerto! ¡Vive! Lo sabemos todos en la isla.

—Y yo sé que ha muerto por el médico de mi barco, que es amigo del de Mussolini. El Duce ha muerto hace algunos días, de un cáncer.

—No, nosotros sabemos que el Duce vive.

Uno de ellos lo sabe perfectamente. Puede demostrarlo. Otra vez aparece un vendedor de frutas y verduras, como en Ponza.

Warger propone hacer una apuesta, lo que acepta el verdulero. Cuando nuestro hombre indica la cantidad que está dispuesto a apostar, todos desconfían. Ha subido muy alto. Así no se juega en Maddalena, ni siquiera las personas más ricas. Warger ha cometido un error. ¿Cómo podría arreglarlo?

Nuestro hombre empieza a pedir que no lo denuncien. El hecho es que en los últimos días ha jugado y ganado mucho. Los oficiales alemanes castigan severamente ese delito: ¡a ver si se callan la boca, por favor!

Todos se ríen, pues entienden eso, particularmente en un marinero. Se cierra la apuesta sobre Mussolini.

El verdulero entrega todos los días frutas y verduras en la *Villa Webber.* Ese es el verdadero nombre, como hemos podido averiguar entretanto. Se encuentra al oeste de la ciudad, donde corre el largo muro y donde están de guardia los carabineros; allí vive el Duce ahora.

Con el avión de rescate, llega su médico cada dos o tres días.

Warger quiere ir con el verdulero, apareciendo como su ayudante; pero eso es demasiado peligroso para el italiano. Puede seguir el camino por un cierto trecho, pasar por la villa y seguir hacia el Oeste. Cuando se encuentre a un kilómetro de distancia de la villa, siguiendo hacia arriba, llegará a una casa que se encuentra en una cierta altura, donde vive una familia italiana. La mujer es lavandera y trabaja para los soldados, tanto italianos como alemanes. Allí puede quedarse cí tiempo que quiera y observar la villa. El Duce sale todas las mañanas al balcón.

Warger sale con el verdulero. Pasa a lo largo del muro de la villa, sin olvidarse de contar los soldados de guardia, sale de la ciudad, subiendo hasta la casa de la lavandera. Espera allí hasta que sale al balcón un hombre calvo, en uniforme blanco, fuerte, bajo y ancho de hombros.

Es el Duce. Puede verlo claramente. Ese es el origen del radiograma que nos manda a Frascati. Pero no ha podido observar los rasgos del rostro, pues la casa de la lavandera está demasiado lejos de la villa. Sólo por la figura y la manera de moverse, deduce que debe ser Mussolini. Pero eso es demasiado vago para nosotros, en vista de la seguridad que desea tener el cuartel general de Führer.

Tenemos además órdenes concretas del general Student, que quiere proceder sólo en caso de seguridad absoluta. Es evidente que si nosotros ni nadie quiere hacer el papel de tonto.

Warger está sumamente desencantado. A nosotros nos pasa lo mismo. Discutimos acerca de lo que conviene. Es imposible que consigamos una seguridad mayor de la que tenemos ahora. Sólo nos queda por hacer una cosa: sin permiso de nuestros superiores, que nos lo hubieran negado, iniciamos a Warger y al capitán Hunaeus en nuestro plan de liberación.

Con el bote contratorpedero hacemos un recorrido del puerto. Hunaeus está inmediatamente dispuesto a colaborar. Por lo pronto, es un cambio en su monótona vida. Por una vez, podrá respirar otro aire, habrá terminado para él esta situación que parece eterna y que consiste en no hacer nada. Celosamente discutimos diversos planes, explorando todas sus dificultades. El 24 de agosto volvemos en avión a Frascati e informamos al general Student:

—-Mussolini se encuentra en la *Villa Webber,* a unos centenares de metros al oeste de la ciudad de Maddalena, en la isla del mismo nombre. Puede asegurarse eso con una probabilidad que se acerca mucho a la certeza. Está vigilado por unas 150 personas, entre carabineros y otro personal policial que vive en dentro de los muros, en el parque que rodea la casa. La superficie total

del edificio, así como las tierras, encerradas dentro de los muros, se puede calcular en 250 metros de frente a la calle y unos 400 metros de fondo. Está situada sobre la ladera de una montaña. El muro que rodea la propiedad tiene unos dos metros de alto. A la mitad del frente que da a la calle, se encuentra un gran portal de entrada de hierro forjado. El parque, particularmente en su parte occidental, se levanta en forma de terraza, estando sostenido en varias partes por paredes de ladrillo. La habitación misma está en el tercio superior del terreno y posee una terraza que da hacia Oriente y Occidente. Es de un soló piso y tiene unas quince habitaciones. En el parque se encuentra una casa que da hacia la ciudad y está destinada al jardinero. En ella se encuentra una parte del personal de vigilancia. Una pequeña avenida conduce desde el portal de entrada hasta la casa, evitando los muros de contención de las terrazas y dividiendo el parque en dos partes.

"Delante de la casa, por la calle, patrullan día y noche los carabineros. La guardia del portal de entrada es doble. Al parecer circulan por el parque patrullas de reconocimiento. Nuestras observaciones sobre ese punto no son muy claras. Pero para seguridad suponemos que es así. Igualmente, nos fué imposible establecer el sistema de guardia dentro de la casa o inmediatamente alrededor de ella, en las puertas interiores, etcétera. En todo caso, ha de contarse con una gran reserva de carabineros dentro del parque. Por lo que hemos podido observar, el armamento consiste en fusiles y pistolas automáticas italianas. Pero, en todo caso, ha de contarse con la existencia de ametralladoras dentro del parque o de la casa.

"Conducen a la villa varios cables telefónicos que probablemente la unen con la administración italiana del puerto. Tal vez uno de esos cables conduce a la oficina de algún funcionario del Ministerio del Interior italiano o de la policía, que se encuentra en el edificio del comandante del puerto. No se ha podido establecer claramente eso. Habrá que contar con que se dará de inmediato la voz de alarma.

"Al proseguir nuestras observaciones, descubre Skorzeny otros cables más que acaban de ser instalados, uno de los cuales conduce a un acuartelamiento de tropas italianas que se encuentra muy cerca de la costa. Se trata de un conjunto de barracas que ocupan unos 150 ó 200 soldados italianos. Se nos dice que son cadetes de la marina, pero no podemos verificar exactamente si eso es cierto o si se trata de personal de la fuerza aérea. Este acuartelamiento está unido a la villa por un camino directo. Además, una calle que corre paralelamente a la costa conduce al camino principal hacia la ciudad.

"Hay que contar en todo caso con la intervención de esa anidad. No existen informes sobre su armamento. En todo caso debe suponerse que tendrán, por lo menos, las armas usuales de la infantería, así como ametralladoras.

"Sobre la costa, a una distancia de unos 20 ó 30 metros de las barracas, se encuentra un malecón que puede servir para que atraquen embarcaciones medianas. En todas partes, la cosca, aunque no muy alta, es rocosa, cayendo bastante abruptamente hacia el mar. Entre dos pequeños cabos de piedra, a un kilómetro de distancia de las barracas, hacia el Oeste, se encuentra una pequeña bahía, que cae por unos diez metros, metiéndose en el mar con una superficie pedregosa y llana. Podría servir perfectamente para embarcaciones de desembarco de fondo plano.

"Entre esas dos pequeñas puntas que cierran esa bahía y las barracas, acuatizan dos aviones italianos del tipo Savoia y además otro destinado al salvamento de aviadores caídos al mar. Los informes sobre las razones de la presencia de esas máquinas son contradictorios.

"Al intentar libertar a Mussolini, ha de contarse con la intervención de esos aparatos; y también tenerse en cuenta el peligro de que al más mínimo indicio de una tentativa de liberación, se lleven al Duce a otra parte con esas máquinas. Igualmente existe la posibilidad de que intervengan después de ana exitosa liberación combatiéndonos, es decir, que nos ataquen directamente desde el aire. Esos aviones pueden también establecer a dónde nos dirigimos después de libertar al Duce y dar la señal de alarma en Italia. Por ello, hemos de vigilarlos continuamente. Nuestra primera mirada cuando visitamos el puerto es para ellos, lo que hacemos también al dar vuelta a la isla o al volar cerca de ella.

"Sobre las alturas de Maddalena, en el islote cuyo nombre no conocemos, así como en la península que corre por el extremo austral del Golfo de Maddalena hacia Oriente, existen baterías italianas de defensa antiaérea. Favorecidas por la altura a que están situadas, esas baterías pueden, en caso de peligro, tirar sobre el puerto y aún sobre el mar abierto. Prácticamente todo el

recinto del puerto cae dentro del campo de tiro seguro. Habrán de tenerse en cuenta esas baterías antiaéreas e* caso de emprender la liberación del Duce.

"Hacia el noroeste de la ciudad de Maddalena se encuentra ana estación de telegrafía sin hilos. Habrá que prestarle mucha atención. La entrada del puerto está protegida, hacia el Oeste, por baterías costeras e instalaciones de torpedos. De noche se cierra, además, la entrada del puerto mediante cadenas, que mantiene un barco especial. Eso hace sumamente difícil escapar, aun después de haber tenido éxito la liberación.

"Una parte de la guardia de Mussolini está acuartelada en la ciudad. En ella se encuentran también pequeñas unidades de la marina italiana, por lo que en caso de alarma hay que contar con un posible flanqueo por unos 200 soldados italianos. En aquel momento se encuentran, además de las tropas alemanas, unidades italianas. Estas últimas carecen de importancia, excepto las escuadrillas italianas de cazas. Es imposible transportarlas rápidamente hasta Maddalena en caso de alarma.

"Pero puede contarse que las escuadrillas italianas de aviación reciban la voz de alarma sea mediante la estación de telegrafía sin hilos o por un hidroavión. No hace falta suponer para eso que ataquen los italianos desde el aeródromo de Vieno Fiorita. Allí se encuentran exclusivamente dos escuadrillas italianas de cazas que están de guardia continua sobre el Mediterráneo."

El general Student escuchó nuestro informe y nos pidió que le entreguemos el plan completo al día siguiente. Lo tenemos ya por escrito en nuestros bolsillos. Pero nuestro comandante tiene otras preocupaciones además de nuestras aventuras en Maddalena.

La situación en Italia es cada día más crítica. Pasamos muchas horas juntos hablando de la situación militar en el Sur, del color que van tomando los asuntos políticos. El general Student nos informa sobre las fuerzas alemanas en aquel sector; fuerzas está mal dicho: deberíamos hablar de debilidad de nuestras tropas. Le damos a conocer nuestra opinión, lo que vemos en Roma y en otras partes, las pocas esperanzas que ofrece la situación.

En Sicilia, las unidades alemanas luchan, en sus últimas posiciones, contra un enemigo que se apresta abiertamente a desembarcar en el continente. Ya no puede suponerse que las tropas alemanas en Sicilia puedan pasar a la península. Entre la costa italiana frente a Socolia hasta Ostia y Roma se encuentran, contando todo, cuando mucho, dos divisiones de paracaidistas alemanes con sus contingentes completos. No se estima en mucho la voluntad de lucha y la moral de las tropas italianas que se encuentran en la isla; no tienen la intención de oponerse a la invasión.

En la isla hay muy pocas tropas alemanas. Si no es posible reforzarlas, tampoco puede esperarse que resistan mucho tiempo. La situación es mucho peor, si se considera que no puede contarse con el aprovisionamiento de esas tropas por mar. Existen barcos suficientes par el transporte, pero faltan las unidades de la marina de guerra que habrían de servir de protección.

En Maddalena se encuentra sólo un oficial de enlace de la marina alemana, que se llama "comandante alemán de puerto", con muy poco personal a sus órdenes.

En Córcega, las circunstancias son aún peores y completamente obscuras. En esta isla, que antes de entrar Italia en la guerra pertenecía a Francia, se encuentra una unidad de las S.S., la brigada de choque Córcega. Está enteramente motorizada y dispone, además, de una sección de defensa antiaérea que se encuentra apostada sobre el puerto de Bonifacio.

El interior está infestado por grupos de guerrilleros. En parte, carecen de todo carácter militar, siendo, en general, simples bandas de criminales. Ciertas partes de la isla se encuentran exclusivamente en su poder.

Ese es el aspecto de la situación militar en el sur de Europa el 25 de agosto de 1943.

Políticamente, tampoco es mejor. El humor de los italianos es, en general, tan malo y están tan hartos de la guerra, que no hace falta mucha inteligencia para darse cuenta, al fin, que negocian con los aliados. Hasta los que no querían ver la evidencia empiezan a darse cuenta.

¿Podrían hacer otra cosa? ¿Podrían luchar hasta el amargo fin? ¿Para qué? ¿Han querido ellos la guerra? ¿Los manda todavía el que los metió en ella? ¿Traición al Eje? ¿Han creado ellos el Eje? ¿Quién les preguntó su voluntad? Nadie. Entonces no pueden ser traidores. ¿'Quién mantiene todavía los tratados? Nadie. Se rompen como un pedazo de papel.

Además, tienen todavía al rey que ha de sacarlos del atolladero en que se han metido. Para ellos es indiferente cómo lo hace. Lo esencial es que la guerra termine; esa es la consigna. Nosotros, los alemanes, no debemos preocuparnos de saber si tienen razón o no. Debemos limitarnos a establecer los hechos y tomar nuestras medidas de acuerdo con ellos.

Está claro ahora que el gobierno Badoglio negocia con los aliados. Cuanto antes termine la guerra, más barato les saldrá. ¿O deberían dejarse tragar enteramente? ¿En beneficio de los alemanes? ¿En beneficio de Hitler? ¿A terminar de una vez, a conseguir un armisticio barato! Si no puede ser de otra manera, como nuevo compañero de los aliados. Así piensan y así obran.

Lo que siempre nos llama la atención es lo siguiente: ¿"Dónde están los viejos fascistas, los de la marcha sobre Roma? Sabemos que unos cuantos se encuentran detrás de alambrados de púa. Pero en su gran mayoría gozan de libertad de movimientos. ¿Dónde están? ¿'Han experimentado un choque tan terrible por la retirada de su Duce? Debemos preguntarles alguna vez, si es posible hallarlos. Por ejemplo, Achile Muti. Permanece arrestado en su propia casa. Queremos acercarnos a él, no personalmente, sino mediante un intermediario italiano. Pero, antes que se produzca la entrevista, Muti recibe una carta en la que se le pide que se encuentre con un amigo en determinado lugar. La policía que vigila su casa y que le sigue los pasos día y noche no parece oponerse. Muti acepta la invitación y, al abandonar su domicilio para visitar a su amigo, uno de los encargados de su vigilancia lo mata de un tiro. Así, pues, llegamos demasiado tarde. Se dice que Badoglio quiso ponerle una trampa. No podemos saber si eso es cierto; además, tampoco nos interesa. Algunos viejos fascistas se han refugiado en Alemania. Pero, por et momento, esos no nos interesan. Queda Scorza, del que sabemos que propuso muchas veces al Duce la organización de una especie de S.S., un cuerpo encargado de vigilar por la seguridad del Estado, o una especie de policía secreta política. Pasa por ser un amigo de las S.S. alemanas. Podemos preguntarle, pues, por extraño que parezca, no ha sido detenido.

Pero, antes que nos acerquemos a él, lo encierra la policía de Badoglio. Desaparece en una prisión cualquiera, y un día cualquiera, también» reaparece en libertad.

Nuestro intermediario se presenta en casa de Scorza y se asombra al ver a su antiguo amigo. Ha cambiado por completo la expresión y los rasgos del rostro; es un hombre cansado *j* enfermo de muerte. El, antes tan enérgico, ahora guarda cama continuamente. Se levanta cuando entra su visitante. Se arrastra hasta la mesa, apoyándose con ambas manos en la pared. Habla con una voz apenas perceptible.

—¿Le han tratado mal?

—No, me han tratado muy bien, muy bien.

—Pero, señor Scorza, usted está enfermo, apenas puede usted tenerse de pie. Hace unos pocos días, gozaba usted de excelente salud y tenía fuerzas para todo. ¿Qué le han hecho?

—No me han hecho nada, absolutamente nada; oiga usted, no quiero hablar con nadie. Por favor, no me lo haga usted más difícil de lo que ya es, discúlpeme usted...

—Soy yo el que debe pedir disculpa. Mi encargo consiste en saludarlo y preguntarle si podemos hacer algo por usted. Podría sacarlo de inmediato de aquí. ¿Quiere usted dirigirse a Alemania? Allí se encargarían de restablecer su salud.

—No, déjeme usted aquí en paz. No quiero saber más. Es el fin, ¿lo entiende usted?, el fin. Salude usted a nuestros amigos comunes, pero, por favor, que no venga nadie a visitarme. Dígales usted eso. Adiós, adiós.

No hablamos mucho tiempo sobre ese suceso, mientras nuestro intermediario, emocionado por todo ello, nos lo cuenta. Es seguro que le han maltratado, que le han obligado a callarse. Nuestro amigo lo cree firmemente. Scorza es un hombre acabado, ya no puede más.

En esa época ya no se habla de Mussolini, ni siquiera lo mencionan los amigos de antes, los viejos fascistas. ¿Cómo puede ser eso? ¿Habrán olvidado los italianos tan fácilmente lo que el Duce hizo por su patria? ¿O proviene eso tal vez de que no entienden su renuncia, de que no la esperaban y de que ahora les falta la confianza? ¿Será el mismo Duce de antes? ¿O será la prensa, que desde su renuncia y su prisión intenta ponerlo en una malísima luz y de rebajarlo a los ojos de los italianos?

Nosotros no lo sabemos. Pero encontramos un pequeño grupo de personas que se interesan por el paradero de Mussolini. Ese conjunto está formado particularmente por oficiales jóvenes. Quieren libertar al Duce, pero trabajan sin un plan y no pueden atreverse a hacer nada. Tampoco disponen de fuerzas que pudieran ayudarlos en sus propósitos. No podemos ofrecerles nuestra colaboración, pues entonces se daría a conocer nuestro plan. Además, queremos libertarlo nosotros mismos. Pero tal vez podamos utilizarlos. En primer lugar, pueden proporcionarnos valiosas indicaciones sobre el paradero de Mussolini; en segundo lugar, debemos estar enterados de sus propósitos, no sea que se nos adelante con alguna acción mal estudiada y echen a perder todos nuestros planes. Mantendremos con ellos un enlace bastante elástico.

PREPARAMOS EL ASALTO A MADDALENA

Sin hacer mucho ruido, hemos abandonado los planes romanos. Nuestra principal preocupación consiste en libertar a Mussolini de su prisión en Maddalena. Eso nos parece más probable y nos entusiasma cada vez más. Promete ser una aventura muy interesante y una sensación mundial.

Lo malo es que podemos hacer el papel de idiotas. Nos llega otra confirmación del cuartel general del Führer. Seguimos con Maddalena, pero el día será determinado desde allí. En lugar de dejar que lo fijemos nosotros, que estamos dentro de los acontecimientos y conocemos las circunstancias. ¿Cómo puede saberse en la Prusia Oriental la fecha más favorable para la empresa? Nos extrañamos de que se haga esa estrategia de mesa de café.

Además, se nos advierte que es decisivo para nosotros el éxito completo. Cualquier golpe sin resultado, cualquier fracaso, conducirá a que nos detengan los mismos alemanes. Se dirá entonces que "fué obra de elementos irresponsables". ¿Y después? En Torgau hay un gran establecimiento penitenciario donde podremos pasar nuestros ocios picando piedras.

Pensamos en la mejor manera de actuar. Sólo queda algo por hacer: golpear de inmediato y con éxito. Nos presentamos ante el general Student, y Skorzeny expone lo siguiente:

—Mi general, dentro de muy pocos días, Italia puede separarse del Eje. Es imposible dejar de tener en cuenta ese hecho. Si hemos de realizar la misión que se nos ha encomendado, ha de ser ahora mismo. Si los italianos toman la iniciativa, el plan Roma y la liberación del Duce se nunden por sí solos... En lo que respecta a lo primero, nada pode-anos dacer para impedirlo. Esos pájaros vuelan. El rey ya no está aquí, lo que podríamos conseguir son sólo los satélites. Le ruego encarecidamente, mi general, que pregunte en el cuartel general del Führer si podemos atacar ahora. Es la última oportunidad.

—¿Sabe usted con seguridad que el Ducé se encuentra en Maddalena? El Führer quiere tener la absoluta seguridad.

—No podremos tenerla jamás. Si la tuviéramos, estaría el Duce en nuestras manos. Pero todo parece indicar que esa hipótesis es correcta. Para nosotros, en todo caso, equivale a la seguridad. Todavía está ahí. ¡Quién sabe dónde estará en los próximos días!

—Bien; hablaré con el cuartel general del Führer. Mañana tendrán ustedes noticias. En su opinión, ¿cuál debe ser la última fecha posible?

—Quisiéramos proceder en la madrugada del 28 de agosto.

—Bien. ¿Están conformes los marinos?

—Todo eso está arreglado. Max-Schulz espera mi aviso, preparado para proceder en cualquier momento.

Nos vamos de inmediato a visitar a Max-Schulz.

—La acción tendrá lugar el 28 de agosto —le informamos.

—Muy bien. . . Por fin habrá un poco de baile. ..

—¿Dispondrá usted para esa fecha de las lanchas contratorpederas?

—Las tengo ya... ¿'Cuándo salimos? ¿De qué puerto?

Mañana de mañana hemos de exponer al general Student nuestro plan de ataque. Según

nuestras ideas, debemos estar el 27 de agosto al mediodía, o después del mediodía, en Córcega o Maddalena. Así, pues, se establece que saldremos en dos contratorpederas el 27 de agosto a las nueve de la mañana de Nettunia. Se pulen los últimos detalles en el plan de ataque. Todo parece claro ahora que tenemos la seguridad que va de veras.

En la noche siguiente nos presentamos al general Student para exponerle nuestro plan. Pero, antes, el coronel Rosefs nos informa que Hitler está conforme con que nuestro plan se realice el 28 de agosto.

Ahora podemos hacer un corte de mangas a todos los romanos. En cuanto hayamos libertado al Duce, quedarán todos advertidos y tomarán las de Villadiego...

Todavía nos queda tiempo para efectuar en Frascati algunos trabajos preparatorios de los que nadie debe enterarse. Por ejemplo, la cuestión de los uniformes italianos. Hemos de conseguirlos para dos o tres oficiales, de tal modo que podamos sorprender a los peninsulares. Kappler ha conseguido los uniformes. Le gustaría acompañarnos. Pero está agregado a la Embajada y los diplomáticos acostumbran tomar a mal esas cosas. Como tienen razón, permitimos que nos ayude hasta donde es posible por su situación.

También necesitamos algunas cosas que utilizan los combatientes aliados. Aparece la cuestión de los silenciadores. Hemos pedido armas de fuego provistas de ellos, pero Alemania no las tiene. En Berlín hemos intentado todo lo posible para fabricarlos. Todas las opiniones eran contrarías. Pero *en* nuestra actividad especial son imprescindibles.

—Sólo fabricamos las armas que necesita el ejército —nos explican.

También la oficina correspondiente de las S.S. se negó a acceder a nuestro pedido. Les presentamos entonces una ametralladora portátil norteamericana que los ingleses utilizan proveyéndola previamente de silenciador. Fué conseguida en ana *razzia* contra agentes aliados en Holanda, y enviada a consecuencia de conversaciones radiotelefónicas entre ellos y alguna organización en Inglaterra. Al parecer, estaba destinada para luchar contra los alemanes, arrojándola desde el aire. Por consiguiente, podemos suponer que su uso no está prohibido por el derecho de gentes. Nos enteramos entonces que ya antes se habían ocupado de la producción de silenciadores, pero para carabinas. Probablemente suponían que esa arma era corriente en el ejército, pero, al parecer, dudaron que lo fuera una ametralladora de mano. Por consiguiente, debemos contentarnos con una pieza que se coloca sobre el caño, atornillándola, y que se usaba ya en la primera guerra mundial. Ya existía en aquella época. Pero la oficina de suministros de armas se niega a producir esos silenciadores. Alegan que la cantidad de caucho de que disponen es muy pequeña. La consecuencia es que tenemos que utilizar fieltro. Todo eso está en veremos, cuando salimos para Italia,

Pedimos esos silenciadores de atornillamiento y los conseguimos. Desgraciadamente, están algo ferruginosos. Pero tienen un aspecto bastante audaz, eso no se puede negar. Los guardamos en nuestro cuarto, debajo de las camas. Tenemos que sacarlos de los paquetes y llevarlos de manera que nadie lo note. Ya encontraremos lugar para ellos.

Queda todavía por arreglar la cuestión de los cascos ingleses. Ya los hemos pedido. Pero, ¿dónde conseguirlos?

En Italia, nosotros, los alemanes, no disponemos de depósitos de material de guerra tomado al enemigo. Sólo los italianos los tienen. Allí habrá también cascos ingleses. Pero, ¿cómo pedirlos? Se preguntarán qué quieren hacer los alemanes en Roma con cascos ingleses. Pensarán de inmediato que hay algo raro en eso. Conseguimos entonces de un depósito en la Italia del Norte, donde están acuarteladas tropas alemanas, que nos cedan 100 cascos ingleses. Metidos en grandes sacos, van a parar a nuestro dormitorio, debajo de las camas.

Utilizamos el día que nos falta hasta la nueva conferencia con el general Student para montar los cascos. Son piezas viejas y, en parte, rotas; cada uno es un problema en sí: no coinciden ni el mismo casco, ni la correa para sostenerlo, ni el relleno, nada absolutamente. Debe desmontarse pieza por pieza y armarlos de nuevo. ¡Qué sencillo es nuestro casco alemán en comparación con estos complicados yelmos ingleses! Al llegar la noche, nos hemos roto las uñas, nos sangran las manos, pero todo está pronto. Nos han ayudado dos hombres.

Hemos empaquetado cuidadosamente los silenciadores y los cascos. Hemos conseguido

cajones en el casino. A las nueve de la mañana del 27 de agosto nos embarcamos en los botes contratorpederos. Llevamos con nosotros varías cajas del mejor champaña francés, *Veuve Cliquot,* que están destinadas para los casinos de Maddalena, y que contienen silenciadores y cascos ingleses. De noche, con los dedos destrozados pero llenos de optimismo, nos presentamos para informar al general Student. Casi no tenemos nada nuevo que decirle. Muchas pequeñeces y bastantes detalles han sido discutidos ya en los últimos días.

Nos encontramos metidos hasta el cuello en los preparativos de la operación Maddalena, cuando nos llega un despacho del cuartel general del Führer; en él se nos ordena tomar de inmediato las medidas necesarias para arrojarnos con paracaídas sobre un peñasco cerca de la isla de Elba. El Duce está allí. Dentro de tres días hemos de anunciar que está terminado el plan para esa operación. Esto ocurre cuando sabemos casi con absoluta seguridad que Mussolini se encuentra en Maddalena.

Esas órdenes perentorias, para las que nunca se pide nuestra opinión, producen en nosotros un creciente sentimiento de inseguridad. Nos sentimos inseguros respecto a la seriedad y la responsabilidad de las más altas autoridades militares. A pesar de nuestra insistencia sobre la imposibilidad de que Mussolini se encuentre allí y de efectuar un desembarco desde el aire, debido a las dificultades del terreno, se necesita mucho trabajo para conseguir que se dé contraorden.

Por consiguiente, se imparten las órdenes pertinentes a las unidades interesadas, dando como fecha de partida el 27 de agosto. Están enterados de la naturaleza de la empresa, además del general Student y los oficiales de su plana mayor, el capitán Hunaeus, el capitán von Kamptz, Max-Schulz, Skorzeny, Warger, Grienke y yo.

El comando de la marina alemana en el Mediterráneo, la brigada de choque Córcega, las baterías de la defensa antiaérea en Córcega y Cerdeña, saben sólo que, de conformidad con una orden del Führer, han de tomar, a determinada hora, una serie de medidas que se les han explicado detalladamente.

En la mañana del 27 de agosto salimos de Nettunia con los botes contratorpederos.

* * *

Es la primera vez en mi vida que me meto en una embarcación de esa clase. Es un sentimiento maravilloso, para una rata de tierra como soy yo, salir de aquel pequeño puerto, describiendo un gran círculo. Ambos botes salen a gran velocidad, arrojando cortinas de aguas y de espuma, con la proa gallardamente levantada. Cuando nos encontramos en el mar abierto, me siento alejado de toda preocupación, a pesar de que nos preparamos para una batalla bastante agitada.

Después de un poco más de media hora, cuando ya no se ve otra cosa que agua alrededor nuestro, me siento detrás del torpedo, sobre estribor. Me encuentro como si estuviera en un sillón, pero sin acolchado. Con la espalda me apoyo en la esquina que forma el torpedo con la barandilla, extendiendo bien las piernas, con los brazos arremangados, cubierto el rostro de una espesa capa de crema, pues el sol arde y en el bote no hay sombra por ninguna parte. Podría uno meterse bajo el puente, pero eso sólo pueden hacerlo los marineros experimentados, de ninguna manera un principiante.

De repente, reina gran excitación a bordo, silban los pitos, todos corren de un lado para otro. Cada uno va a su puesto: a la pequeña batería antiaérea de que disponen, pues, se ha dado la alarma; hay aviones enemigos en las cercanías.

Me imagino que no es más que un simulacro, un ejercicio que es parte de su deber. Mientras razono así, un avión enemigo de reconocimiento vuela a una distancia de tres *o* cuatro kilómetros y a unos 15 metros de altura sobre el agua. Pero no se da la señal de hacer fuego.

—Hubiéramos podido derribarlo — me dice después el capitán —, pero hemos preferido dejarlo en paz, para que no-atraiga a sus colegas. Es preferible que prosigamos con tranquilidad.

Pronto cesa la agitación. Es hora de comer, lo que se hace bajo el puente. Hay espinacas, patatas y *frankfurtet.* Me es imposible permanecer mucho tiempo abajo. Tomo el café arriba. Allí debo estar y ver, aunque no sea más que agua.

No puedo seguir sentado en aquel lugar tan favorable. Lo que hace un cuarto de hora eran chorros de agua se han convertido ahora en verdaderos aluviones. Las olas alcanzan cada vez

mayor altura. La velocidad del viento ha llegado ya al grado 5 de la escala, y después al 6, a pesar de lo cual el cielo sigue siendo inmaculadamente azul.

Los marinos echan maldiciones a los de meteorología: se han equivocado esta vez.

Observo cómo nuestro bote delantero se comunica con nosotros, al principio mediante señales.

Una vez aprendí a señalar con ambos brazos. Podía hacerlo bastante bien. Pero aquí usan banderas a una velocidad fantástica, tan grande, que no puedo captar ni una letra. Después utilizan señales luminosas. Me pasa exactamente lo mismo: es demasiado veloz.

Por el norte, aparece la isla de Elba. Pasamos lejos de ella. El calor es insoportable, la piel arde por efectos del sol y del agua salada. Y, sin embargo, no me decido a meterme bajo el puente. La tormenta aumenta en intensidad. Los oficiales empiezan a inquietarse. Las olas tienen ya la altura de una casa: el timonel mantiene difícilmente el bote dentro de la ruta. Intenta tomar las olas de través, para deslizarse dentro del valle que forman dos de ellas. Pero no puede maniobrar mucho tiempo en esa forma. Es como encontrarse en una trinchera dispuesto para saltar. El bote se encuentra arriba, en la cresta de la ola, flota y golpea después en el espacio que queda entre dos de ellas. Cuesta un enorme esfuerzo corporal absorber esos choques que atraviesan todo el cuerpo, siendo necesario encorvarse para no caer. Es muy poco tiempo: me siento profundamente cansado por ese trabajo. Pero lo principal es que no me mareo.

La isla de Elba desaparece de nuestras miradas. Los oficiales dicen que seguimos un curso enteramente distinto, pues el que se propuso al principio no puede mantenerse ahora por el fuerte oleaje.

—Si lo hubiéramos sabido antes, no habríamos salido de puerto — me dice uno de ellos.

—Los de meteorología son idiotas — afirma otro.

—Estuvimos conversando con el jefe de la flotilla acerca de la conveniencia de arrojar los torpedos para aligerarnos un poco —prosigue el teniente—. Pero eso es muy caro; tendríamos un disgusto al tratar de explicarlo; cada uno de ellos cuesta varios centenares de miles de marcos.

Entretanto, me he puesto como una sopa: el uniforme, la camisa y los zapatos chorrean agua. Verdaderos aluviones caen ahora por la proa con una fuerza capaz de tumbar a un hombre. Se ha roto en pedazos el vidrio colocado delante del timonel. Es notable el trabajo que debe efectuar ese hombre. Debido al cambio de rumbo, tenemos ya un retraso de más de dos horas. Al observar tierra por Occidente, se me advierte que es la costa norte de Córcega. Cede algo la velocidad de! viento; el mar se tranquiliza un poco. Nos parece la salvación; sentimos algo así como la paz, ante un tiempo que hubiera impedido salir a los contratorpederos.

Nuevamente hace señales luminosas el bote que se encuentra adelante de nosotros, mientras disminuye la velocidad.

—Desperfecto en las máquinas, seguimos viaje a mitad de velocidad.

También nosotros disminuimos la velocidad a la mitad: casi estamos junto al otro contratorpedero. Los tripulantes de la otra embarcación tienen el mismo aspecto que la nuestra; sucios, mojados y cansados.

Disminuye la velocidad del viento a medida que nos acercamos a la costa. Proseguimos nuestro viaje, protegidos por la isla de Córcega. En cuanto el primer bote ha reparado sus averías, nos metemos a toda velocidad por el estrecho de Bonifacio, dirigiéndonos hacia Maddalena, a través del estrecho canal de entrada del golfo. Muy pronto serán las cinco de la tarde. Habíamos de estar allí a las dos.

Nos esperan ya en Maddalena y en Córcega. Aparece de repente otra vez el deber, la acción proyectada, nuestro plan. Nuestras mentes empiezan a funcionar otra vez. Frente al barco que cierra la entrada, observamos cuidadosamente las baterías costeras y los tubos lanzatorpedos. ¡Con tal que mañana no hagan fuego! Si lo hacen, nos tocarán indefectiblemente, pues la entrada es muy estrecha. Observamos el barco que cierra la entrada del puerto: pronto será nuestro. Aparece la *Villa Webber.* Delante de ella pasan los soldados encargados de la guardia. Observamos las barracas, destinadas a la tropa, que conocemos con todos sus detalles, que hemos estudiado y medido hasta con la precisión de un metro. Allí se encuentra también uno de los hidroaviones *Savoia.* ¿Dónde están los otros? Falta el hidroavión destinado al salvamento de

aviadores caídos al mar y uno de los cazas. ¿Han volado a buscar el médico? Habrá que fijarse en los informes de Warger. Llegamos a los desembarcaderos; los que están enterados de nuestros proyectos se dirigen al primer bote.

Warger nos cuenta que ha visto otra vez aquella persona en el balcón. Sólo puede ser el Duce, está dispuesto a jurarlo. ¿Dónde están los otros dos *Savoia?* No está enterado. Habían desaparecido antes del mediodía, cuando pasó por la calle para vigilar el cable telefónico.

—Vamos a hacer un reconocimiento exacto de inmediato. Quítense las insignias de su rango y vamos — dice Skorzeny—. Usted, Warger, vaya inmediatamente a la casucha desde la cual puede ver la villa, quédese allí y hable con la gente. Dentro de una hora y media nos encontraremos otra vez todos con el capitán Hunaeus en el bote. Radl y Grienke, sigan por la calle, acérquense hasta las barracas de la tropa y traten de hablar un poco. En cuanto a mí, iré hasta la villa; quiero cerciorarme que Warger no ha olvidado o dejado de ver alguna cosa. Después subiré hasta la casa, donde me encontraré con Warger.

Salgo con Grienke. Es éste un hombre extraordinariamente tranquilo y agradable. No es un hombre joven. En la vida civil es secretario de la policía de Berlín. Mientras seguimos a pie me cuenta cosas de su esposa y de su hija, así como de su casa y de su jardín en Hohenneuendorf, cerca de Berlín. Algún día de otoño convenimos en encontrarnos allí, cuando estemos de vuelta.

Pasamos delante de las barracas de la tropa. No hay nada que nos llame la atención; seguimos por el camino hacia arriba. Desde un pequeño pico rocoso podemos estudiar el parque de la *Villa Webber,* sin que tampoco allí podamos observar nada digno de nota. Al volver, no lejos de la calle, encontramos un *Savoia* que ha bajado por error la defensa antiaérea.

Al lado de los restos del *Savoia* hay un soldado italiano. Tiene orden de vigilarlos, pero no le gusta mucho su tarea. Trabamos una conversación con él; hablamos de aviación y de la defensa antiaérea. Nos satisface establecer que pertenece a la aviación: no es carabinero. La conversación es muy dificultosa. Yo conozco un par de palabras italianas, aunque puedo hacerme entender. Grienke no entiende nada; es completamente berlinés. Empiezo a hablar de la guerra e indico con el dedo el *Savoia.*

—*Caputti*... — digo —, *comprenete?*

Cuando el italiano inclina la cabeza en señal de asentimiento, creyendo realmente en la destrucción total de la máquina, prosigo:

—*Tutti caputti, adeso questa machina caputti, domani Italia caputti, Germania caputti...*

El italiano me mira; ha comprendido perfectamente lo que quiero decir. Inclina la cabeza en nueva señal de asentimiento, pero no dice nada.

—*It Duce caputti* — me atrevo a decir —, *morto il Duce, compenete?, morto...*

Entonces el italiano parece adquirir repentinamente la capacidad de hablar.

—*Non è morto* — dice con un extraño brillo en la mirada —, *non é morto.*

—Dice que no está muerto — le explico a Grienke —; el *itaca* dice que el Duce no está muerto.

Le miro con un gesto de incredulidad. Grienke entiende lo que quiero conseguir y hace un gesto como si quisiera indicarme que deje de hablar con el italiano, que es un pobre soldado que no sabe nada, que lo deje hablar todo lo que quiera, pues el Duce está bien muerto.

—*Mussolini è morto* — afirmo nuevamente al soldado —. *lo so, il dottore mi a di .. di...* — ¡Maldición! ¿Cómo decirlo en italiano?

Pero lo ha entendido. Pero él, el soldado, está mejor enterado. Tiene que explicármelo. Comprendo casi todas las palabras. Habla lentamente para que pueda entenderlo mejor. Traduzco al alemán casi en cuanto lo oigo, para evitar las trampas de la memoria, pues debo poner ahora toda mi atención en comprender exactamente lo que dice.

—El Duce estaba en Maddalena..., salió hoy de mañana... con la guardia...; yo mismo lo vi ayer por la tarde.

—¿En qué villa? —pregunto fingiendo incredulidad.

—Aquella... —e indica con la mano la *Villa Webber*—. De allí sacaron al Duce esta mañana

temprano. Estaba de guardia en el avión, como ahora, y lo he visto.

—¿Con tus mismos ojos?

—Sí, con mis propios ojos. Primero bajaron por la terraza, después los carabineros formaron una calle desde la puerta hasta el avión. Se metieron en el hidro y partieron en seguida. ..

Casi se me doblan las piernas, aunque hago esfuerzos por no denotar prisa, por no traicionarme. Grienke regala un par de cigarrillos al soldado italiano y nos dirigimos lentamente hacia la ciudad. Me gustaría correr para librarme de la noticia. Apresuramos nuestros pasos en cuanto salimos del caserío. Caminamos sin hablar una palabra entre nosotros, de puso desilusionados que estamos. Llegamos al bote donde se encuentra ya el capitán Hunaeus, Skorzeny y Warger. Nos esperan con largas caras. En la casuca de la lavandera se lo ha contado otro soldado italiano.

El capitán Hunaeus se extrañó de la ausencia de las máquinas. Preguntó a varios italianos; le respondieron que había ocurrido un accidente en el mar. Contra eso no hay respuesta; si un avión cae, es necesario enviar ayuda. Con el corazón oprimido, desistimos de nuestra empresa. Warger y Grienke permanecerán en Maddalena para informarnos de inmediato si traen a Mussolini de vuelta.

Volvemos por el antiguo camino que pasa por la villa; observamos que ya no circula la guardia. Tampoco hay soldados en el portón de entrada, que está entreabierto. En la terraza se encuentran mesas y sillas; sentados en ellas, los carabineros charlan y beben vino. No se atreverían a hacer eso si esperaran al Duce. Para nosotros eso significa que allí, por ahora, no hay nada que hacer.

Ha terminado el sueño. Hemos llegado un día demasiado tarde.

¡TRAICIÓN!

El 29 de agosto nos encontramos Skorzeny y yo con el general Student para informarle. No se extraña mucho de que todo haya fracasado en Maddalena. Debe presentarse en el Cuartel General del Führer. Se trata de convenir allí todas las medidas que han de tomarse en caso de que Italia se separe del Eje. Se la ha bautizado *operación Alarico.*...

Nos admiramos de que el general no se extrañe, así como de que se pretenda ahora en el Cuartel General del Führer estudiar las medidas necesarias para la operación *Alarico,* lo que hubiera debido ocurrir hace ya mucho tiempo. Frente a nosotros el general no se expresa tan abiertamente como tiene por costumbre. ¿Querrá decirnos algo más? Es la impresión que tenemos. Puede ser, pues no podemos preocuparnos por todas las cosas. Peto hay algo en el aire, algo debe haber ocurrido.

Skorzeny pide al general que le permita acompañarle al cuartel general.

—Les voy a cantar unas cuantas a esos de allí arriba — me dice—. Por ejemplo, la situación en que nos han colocado. Quiero preguntarles por qué se meten a mandar en cosas que no pueden juzgar.

El general habla por teléfono con la Prusia Oriental; se concede permiso a Skorzeny para acompañarlo.

Nos dirigimos a Roma para ver a Keppler, que tal vez sabe algo más que nosotros.

—Hay algo que no anda bien —opina Skorzeny.

Keppler no está en su oficina. Charlamos mientras tanto con gente de su personal. No hablan de una nota o de una gestión del gobierno italiano. El asunto no es muy claro, de todas maneras, los italianos han dado un paso diplomático. Guariglia, el ministro de Relaciones Exteriores, se ha presentado en la Embajada alemana y declarando lo siguiente:

—El gobierno italiano tiene pruebas irrefutables de que el comando alemán en Roma prepara un golpe de estado para el 28 de agosto de 1943. Junto con antiguos fascistas y otros colaboradores, los alemanes tienen la intención de organizar una dictadura en Italia. Al mismo tiempo, procederán los alemanes a secuestrar a un gran número de personalidades, entre ellas, el rey, el príncipe heredero, todos los ministros del régimen actual, los militares de alta graduación, así como otras personas de importancia, debiendo llevarlas vivas o muertas a Alemania.

"El gobierno italiano lamenta eso de la manera más profunda, tanto más cuanto que desde la renuncia de Mussolini» repetida y claramente, ha hecho notar su voluntad de luchar junto con Alemania hasta el triunfo final. Al mismo tiempo, el gobierno italiano no puede dejar ninguna duda sobre su decisión de tomar todas las medidas necesarias para ahogar en principio cualquier tentativa de ese género.

Por eso, el 27 de agosto sacaron al Duce de Maddalena..;

—Lo fundamental es estar en el Cuartel General del Führer, allí veremos de qué se trata — opina Skorzeny.

Cuando vuelve Kappler, confirma lo que acabamos de oír. Está fuera de sí.

—Quisiera saber quién ha sido el cerdo que nos ha traicionado. Aquí lo saben sólo unos pocos. Podríamos contarlos con los dedos de la mano. De ésos no puede haber sido ninguno. Tampoco puede haber sido ninguno de la Embajada, pues no están enterados. Tal vez hay algún conducto en el cuartel general. En todo caso, es una grandísima porquería. ¡Si lo agarramos!

Pero no lo agarraremos. Eso es ya evidente para nosotros. En todo caso, es un triunfo del servicio italiano de informaciones y un fracaso de nuestra oficina correspondiente. Hay dos posibilidades. Nosotros mismos hemos sido muy cuidadosos; reflexionamos si de nuestra parte no habrá algún "escape". No hay ninguno.

—Tal vez ha charlado alguno de nuestros superiores que lo sabían tan bien como nosotros.

Hace algunos días, von Ribbentrop, con algunos altos funcionarios de su oficina, ha mantenido varias entrevistas con el ministro de Relaciones Exteriores italiano; se han jurado mutuamente renovada amistad y una alianza irrompible.

Nos lo cuenta Dollmann, que, en parte, ha actuado de intérprete. Se admiró de la confianza con se trataron mutuamente, pareciendo creer cada uno literalmento lo que decía el otro. El mismo día de la entrevista, nos enteramos de su resultado, antes que el señor von Ribbentrop pudiera informar a su más alto jefe.

Después el Estado Mayor alemán se entrevista con el Comando Supremo. Análogamente, se juran mutua lealtad hasta el triunfo final. De parte de los alemanes, aparecen Keitel y Jodl, Ambrosio y Roatta por los italianos. Así nos hace saber Dollmann, que también esta vez ha actuado de intérprete y nos cuenta todo lo sucedido. Nos habla de la facilidad con la que los alemanes se tragan todo.

Entonces recordamos que, al mismo tiempo, se han encontrado en Venecia el almirante Canaris y el coronel Lahcusen, por parte de los alemanes, y el general Amé y el coronel Helfferich, por parte de los italianos. Tal vez. .. Pero no, eso no es posible, un oficial alemán no puede. ..

Todavía queda por resolver el misterio de aquella traición. Aunque el servicio de contraespionaje nos es algo sospechoso, particularmente Canaris y su camarilla, no podemos creer que precisamente durante la guerra entreguen al extranjero noticias sobre las futuras actividades del propio país.

En el verano de 1944, y particularmente después de la derrota, aprenderemos un poco más: El jefe del servicio de contraespionaje alemán, almirante Canaris, así como algunos de sus colaboradores más íntimos, estaban al servicio del enemigo. Supimos entonces que, efectivamente, Canaris y Lahousen, durante la entrevista de V«necia, entregaron secretos de estado a los italianos.

Nos enteramos que comunicaron a los organismos enemigos encargados de la conducción de la guerra, las medidas y las operaciones que planeaba el comando alemán, permitiendo así que los contrarios preparan sus posiciones para la defensa.

*** * ***

De *The Star and Stripes:*

NURENBERG, enero 29 (A.P.). — La reacción del Führer al enterarse del colapso de los esfuerzos italianos de guerra, fué una orden de “asesinar o suprimir” al Papa, sacar al rey Víctor Manuel de su trono y libertar a Mussolini a cualquier precio.

El Duce fué liberado, de acuerdo a lo previsto, en una espectacular hazaña de alpinismo. Pero el almirante Canaris, el genio del servicio de contraespionaje alemán, hizo fracasar el plan contra el

Papa y el rey, pues durante un dramático desayuno en Venecia consiguió advertir a agentes antifascistas italianos del golpe que se preparaba.

Estaban avisados los italianos.

De acuerdo a documentos alemanes no publicados todavía y a un informe suministrado a la Associated Press por el mayor general Erwin Lahousen, que era entonces jefe de la sección de sabotaje alemana, y el coronel Freytag von Lorringhoweven, un oficial del Estado Mayor alemán, rabiosamente antihitlerista, el almirante Canaris informó a los italianos lo que se preparaba.

Lahousen insistió en que se avisara al general Amé, conocido antifascista; más tarde tuvo lugar una reunión en el hotel Danielli, en Venecia, advirtiéndose entonces a Amé, que se encontraba presente con algunos miembros de su organización secreta, y al coronel Welferich, que era directamente responsable a Badoglio. Más tarde, Canaris y Amé charlaron durante dos horas en el *Lido Club.*

Al día siguiente, Amé volvió a Roma. Se alarmó al Vaticano y se tomaron de inmediato medidas de precaución.

En setiembre, Otto Skorzeny, el de las cicatrices en el rostro, destrozó su aeroplano al querer aterrizar en el pico de una montaja para rescatar a Mussolini y entregárselo a Hitler.

* * *

Nunca apareció el nombre del Vaticano o el del Papa o el del territorio papal, en relación con nuestros planes respecto a Roma. Al recibir sus órdenes, en el cuartel general, ni el Führer, ni Himmler, ni ninguna otra personalidad mencionó al Santo Padre o al Vaticano.

Tampoco se tocó este tema en las conversaciones con el general Student, ni en mi presencia ni estando yo ausente, al igual que en las otras conversaciones mantenidas en Italia o en el cuartel general, en las que tomaron parte el general Student o Skorzeny. Si entre nosotros se habló alguna vez del Vaticano, fué para lamentar que por ese conducto no fuera posible obtener noticias del paradero de Mussolini y que Kappler no pudiera extender hasta allí su servicio de informaciones. Para nosotros, es de una claridad meridiana que la persona del Santo Padre así como el territorio del Vaticano, eran cosas intocables. No estamos enterados y no tiene absolutamente nada que ver con nuestra tarea las medidas que el gobierno alemán tomara si los aliados llegan a acercarse a Roma. No sabemos si las cosas quedarán como están o si se ofrecerá al Papa salir del Vaticano bajo la protección de las tropas alemanas. Además esos son problemas cuya solución será necesaria dentro de varios meses o quizás un año. Nuestra tarea en Italia quedará liquidada con la liberación de Mussolini.

He de insistir una vez más en que de ninguna manera puede decirse que nos hayamos propuesto o que alguien haya propuesto incluir al Papa en nuestro plan romano, en el que se pretendía apoderarse del rey, del príncipe heredero y de otras importantes personalidades. Nos hubiéramos enterado en todo caso.

Por lo que vemos, los italianos no saben exactamente cuándo debía producirse la acción. Durante las conversaciones de Venecia, tampoco lo sabía el almirante Canaris. Lo cierto es que en Roma no se planeaba nada para ese día. No sabemos cómo se les ocurrió esa fecha.

* * *

Skorzeny sale en avión con el general Student para la Prusia Oriental. Los acompaño al aeródromo de Ciampino. De vuelta, visito a Kappler. Hablamos largo tendido sobre la situación y la manera cómo pueden cambiar las cosas.

La nota italiana tiene algo bueno para nosotros: todo el plan romano queda en el aire. Definitivamente, puedo quemar aquella noche todos mis planes y dibujos. Así lo hago.

En Roma la situación se hace cada día más difícil. Las tropas italianas ocupan ahora las posiciones construidas en la ciudad y fuera de ella. Los emplazamientos de artillería tienen completa su dotación. Todos conocemos sus posiciones. A menudo pasamos al lado en camino hacia Pratica di Mare o hacia Roma. Aunque lo niegan, es evidente que se trata de preparativos contra posibles medidas alemanas. No se les puede tomar a mal esas cosas, si se enteran de proyectos como el que les contó el almirante Canaris en Venecia.

Es desventajoso también que las tropas alemanas que vienen del Norte no pueden ocupar

posiciones respecto a un plan, de lo contrario existiría alguna conexión entre el Noveno Cuerpo de Aviación y las unidades que van llegando. Se nos cuenta que está en camino cuatro divisiones: la división acorazada de granaderos “Hochund Deutschmeister”, la división "Leibstan darte S.S. Adolf Hitler", así como las divisiones acorazadas 3 y 26. Reina una cierta inseguridad sobre la forma como se desarrollarán las cosas, no sólo entre nosotros, sino también entre los italianos. También entre ellos hay una confusión que se extiende por todas partes.

¿Qué quieren los alemanes? ¿Qué harán al principio cuando se enteren que estamos negociando con los aliados y que hemos llegado a un arreglo? Esa es la ansiosa pregunta que se hacen Badoglio y sus fieles.

¿Qué nos importa eso? Queremos paz y tranquilidad. Ese es el santo y seña de las masas.

Otros se preguntan qué será de Italia y de sus centenares de miles de soldados cuando se haga la paz. Esta inseguridad se expresa en las numerosas conferencias privadas, semioficiales y oficiales que tienen lugar en Roma entre militares alemanes e italianos, así como entre diplomáticos de ambas nacionalidades. No siempre es fácil encontrar una respuesta a esas preguntas. Ahí está la división "M", la guardia personal del Duce. Todavía hoy pasa por ser muy amiga de los alemanes. Está dividida en numerosas y pequeñas unidades y provista de nuevos tanques y camiones cedidos por el Führer, hasta tiene talleres móviles y un gran taller de reparaciones, del mismo origen, preparándose para estudiar la utilización de material exclusivamente alemán.

Un oficial de alta graduación que pertenece a ella viene a visitarnos un día.

—¿Qué debo hacer si estalla una guerra entre Alemania e Italia? ¿Qué debo decir a mis oficiales y soldados? Me preguntan todos los días y alguna respuesta he de darles. Ayúdenme ustedes y díganme cuál es la opinión alemana sobre ese punto.

Como se dirige a una representante de las *Waffen* S.S., perteneciendo ambos casi a la misma rama, como tiene fama de ser un hombre recto y franco, qué ha estado en Alemania y la conoce, la respuesta es muy difícil. Se le consuela. En el momento actual, no parece probable que se produzca una guerra entre ambos estados. Eso sería extraordinariamente lamentable. Pero se comprende su preocupación, por lo que se tratará de conseguir alguna indicación de las autoridades alemanas: que vuelva dentro de un par de días.

Como efectivamente reina bastante inseguridad sobre la contestación que ha de darse a ese hombre, se decide preguntar a Himmler. Pero la respuesta no llega. La decisión es cosa del hombre medio, allá abajo en Italia, no en el cuartel general. Se repite dos veces la pregunta de ese alto oficial italiano y la cuestión pasa otras dos veces al cuartel general, sin resultado.

Cuando vuelve aquel hombre lleno de esperanza, se le da la siguiente respuesta: "No creemos que se produzca una guerra entre dos pueblos que son actualmente aliados. Por otra parte, haremos todo lo posible para evitar que eso ocurra. Pero si fuerzas que están fuera de nuestro control condujeran a una lucha armada entre ambos pueblos, nosotros los alemanes que nos encontramos en Italia, esperamos que por lo menos no se haga fuego sobre nuestras tropas con armas que hemos entregado."

* * *

En Frasead manteníamos comunicaciones con Warger y Grienke mediante radiocomunicaciones. El Duce no ha aparecido nuevamente en Maddalena. Ordenamos a ambos que emprendan el camino de vuelta.

Entretanto, Skorzeny ha llegado al Cuartel General del Führer. En el cuarto de trabajo de Hitler se encuentran, además de éste, Goering, Keítel, Doenítz, Himmler, von Ribbentrop y Jodl.

El general Student expresa su opinión sobre la situación en Italia. Después habla Skorzeny. Al principio se le escucha con mucho excepticismo. Uno de los presentes afirma que no es de extrañar que no encontraran al Duce en Maddalena, pues se sabía perfectamente en el cuartel general que no estaba allí. Otro afirma que "le advertimos el paradero del Duce, pero usted estaba mejor informado que nosotros'".

Finalmente, Hitler interrumpe aquel duelo de palabras y pide a Skorzeny que dé cuenta de todos los detalles. Habla una media hora, indicando que él y yo teníamos la absoluta seguridad que el Duce se encontraba en Maddalena. Cita las informaciones completamente falsas que hemos

recibido del cuartel general. Cuando ha terminado su informe, Hitler estrecha la mano de Skorzeny y declara estar conforme con que se mantenga los preparativos para un ataque sobre la isla, hasta que se establezca con seguridad que Mussolini se encuentra en otra parte.

* * *

Nuestro humor ha mejorado sensiblemente. Por el memento apenas tenemos preocupaciones. Gracias a Dios, el plan romano ha desaparecido del horizonte; el Duce no está en Maddalena y no sabemos cuál es su paradero. En aquellos días no se produce ninguna novedad. Todos esperan.

Sólo los aliados aparecen ahora más frecuentemente con sus bombarderos. Pasan sobre nosotros en formaciones cerradas hacia Roma y los pueblos de los alrededores.

Cuando el general Student y Skorzeny llegan de Alemania, los aliados atacan Ciampino. Desde la *Villa Dusmet* podemos observar tranquilamente el vuelo de la escuadrilla, cómo se abren las compuertas de los aviones y dejan caer las bombas y sus impactos, vemos elevarse la columna de humo y oímos las detonaciones. Exactamente en el borde de la cadena de colinas se encuentra la *Villa Dusmet,* donde están ahora las oficinas del Noveno Cuerpo de Aviación, en el camino a Roma, dentro de un gran parque que está rodeado por un muro, a lo largo del cual se encuentran trincheras que sirven de refugio en caso de ataques aéreos. Se da la alarma correspondiente a un ataque aéreo dos o tres veces por día. Uno se acostumbra a todo. Por lo demás, como ya se ha hecho notar, no tenemos mayores preocupaciones.

Tenemos tiempo de ir a Pratica di Mare para bañarnos. Allí nos esperan nuestros hombres, cuya incredulidad crece día a día. Su vida de cuartel es la siguiente: levantarse, comer, bañarse, dormir, comer, bañarse y dormir otra vez. Después beben un vaso de vino, comen algo de fruta y duermen hasta que los despiertan. Todos los días tienen el mismo trabajo, con excepción de los domingos: día dedicado al descanso. Tiene sus atractivos bañarse en la playa, por lo menos para Skor-zeny y para mí. Los otros ya están hartos. En la playa hay un continuo oleaje suave, la arena es maravillosa y la costa muy llana. Para pasar el tiempo, puede uno de dedicarse a buscar moluscos. Para descansar, puede uno tirarse sobre el muelle, donde hay una fuente de agua dulce que sirve para sacarse la capa de sal que irrita tanto la piel. Particularmente bello es un campo de melones que no tiene dueño y que se encuentra entre el aeródromo y la orilla. Quien tenga ganas de comer un melón, color de oro, no tiene más que caminar cincuenta metros y buscarse el mejor.

Al ponerse el sol, estamos ya de vuelta en nuestra casa, en "Tusculum II". Digo nuestra casa, pues nos sentimos muy bien allí. Hemos puesto dos sillones en el pequeño balcón. Casi todas las noches, como si fuera un asunto de servicio, bebemos allí una botella de *Asti Spumante.* Mientras la vaciamos, hablamos de la guerra y de la patria y nos imaginamos cómo será la paz. Después nos vamos a dormir.

MUSSOLINI EN EL GRAN SASSO

La importancia de la misión que hemos de cumplir nos obliga a considerar la más mínima noticia. De su diversidad resulta un mosaico, exacto hasta donde pueden serlo estas cosas. La orden de mantener en secreto nuestra empresa dificulta enormemente el trabajo.

Antes de volver Skorzeny de la Prusia Oriental, llegan ya las primeras noticias sobre el paradero de Mussolini. Son tan numerosas que sólo es posible tomar en consideración algunas de ellas. De Maddalena se nos informa tan sólo que el Duce no ha vuelto por allí. Una persona cuyos informes merecen mucha confianza, nos dice que Mussolini se encuentra en Roma, en un sanatorio, donde deberá someterse a una operación, pues padece de una úlcera al estómago que ha resistido hasta ahora a todos los tratamientos.

Para establecer lo que haya de verdad en todo esto, uno de los hombres de Kappler, que conoce al médico en cuestión. se presenta en su consultorio por una enfermedad gástrica de la cual padece realmente. El enfermo expresa su preocupación, pues su estado podría empeorar. Dice al médico que, según lo que se cuenta por ahí, también Mussolini tiene que hacerse operar por una causa análoga. Sacaremos nuestras deducciones de la reacción del médico. No falta la respuesta. El estado de salud del Duce no es para alarmarse actualmente, tampoco se propone una operación. Pero el médico no indica el lugar donde reside Mussolini.

Dollmann visita al *Villa Savoia* para convencerse de que. contra lo que se nos dice, Mussolini se encuentra detenido allí. Ya previamente, Skorzeny y yo nos habíamos convencido que esa residencia no estaba provista de guardias. Vigilamos con particular atención todos los hidropuertos, en las costas marítimas y en los lagos. Un agente nos informa que Mussolini se encuentra en una villa al sur del lago Trasimeno. El mismo agente ha oído decir, lo que por el momento no podemos verificar, que se encuentra en algún punto de la región entre Perugia y Chieti. Consideramos con particular atención la noticia, pues hasta ahora este agente sólo nos ha dado muy buenos informes.

En los primeros días de setiembre, dos oficiales italianos sufren un grave accidente viajando en un vehículo de su regimiento. Uno muere de inmediato, el otro va a para a un sanatorio. Uno de nuestros agentes visita a *este* último *en* su lecho de enfermo, encontrando que ambos pertenecen a la guardia personal de Mussolini. Eso es muy importante.

¿Dónde estuvieron esos dos oficiales? Esa es la próxima pregunta. Pues alrededor del lugar del accidente debe encontrarse Mussolini. Antes que nuestro agente vuelva con un informe acerca de la ruta que han seguido ambos militares, captamos un despacho radiotelegráfico que ha sido enviado al Ministerio del Interior en Roma.

Han sido tomadas todas las medidas de seguridad necesarias en el Gran Sasso d'Italia. Firma un tal Cueli. Al investigar quién *es* el firmanme, encontramos que es un *Ispettore Genérale* del Ministerio del Interior. Tiene el rango de brigadier general y es responsable *de* la seguridad *de* Mussolini.

Como en otro radiotelegrama se cita un lugar llamado Isola, se envía de inmediato un agente allí; en los mapas encontramos que Isola es una aldea en la ladera norte del Gran Sasso.

Nuestro agente, que habla perfectamente el idioma y viaja con un coche de marca italiana, cree que, al parecer, en Isola o sus cercanías están de maniobras la *Wehrmacht* y los carabineros. En realidad, está bien enterado de la *operación Alatico* y ha de establecer las unidades italianas que se encuentran allí.

Llega el informe sobre el viaje de ambos oficiales. Se encontraban en un viaje de servicio de Aquila a Roma, pasando por Chieti. Es posible que esa fuera la ruta que tomaron para volver. Ya no me acuerdo bien. Por consiguiente, hemos establecido con una cierta aproximación el lugar en que se encuentra Mussolini: es el Gran Sasso d'Italia, el monte más alto de los Abruzzos, con 2.914 metros de altura. Nos enteramos que desde Assergi hay un funicular que conduce hasta el *Hotel Campo Impetatove.* Enviamos otro agente que va a Aquila, encargándole que observe lo que pasa en Assergi. Como es imposible explicarle el motivo de su viaje, le contamos lo siguiente: Al parecer, una familia romana, los Rossi, después de un ataque aéreo sobre la Ciudad Santa, se ha ido a vivir a Assergi. Deberá encontrar al señor Rossi y decirle de parte de sus amigos de Roma que vuelva, pues se le necesita. Además entregará a la hija del señor Rossi una carta. Como probablemente en Assergi no vive ninguna familia romana Rossi, nuestro agente volverá sin haber hecho nada. Pero ya nos enteraremos de lo que ha oído y visto.

El agente de Isola vuelve sin haber sacado nada en limpio. La aldea consiste en un par de casas, no hay tropas en las cercanías, ni siquiera un gendarme; si se lo necesita, hay que ir a buscarla a una aldea próxima.

El agente enviado a Assergi vuelve sin haber encontrado a la familia Rossi, lo que lamenta muchísimo. Pero puede contarnos muchas otras cosas interesantes que quizás sean de valor para nosotros. En Assergi y sus cercanías, se ven muchos carabineros. Por todos los caminos se verifica la identidad de los que pasan. En Bazzano, donde se bifurca la carretera de Avezzano a Aquila, se ha colocado una barrera, en la que se verifican los vehículos y las personas. Entre la población se dice que el Duce se encuentra detenido en el Gran Sasso, en el *Hotel Campo Impetatote.*

Aunque no tenemos ninguna prueba de ello, estamos convencidos que Mussolini se encuentra en el Gran Sasso. Discutimos el asunto con el general Student. El 5 de setiembre se suspenden todas las medidas tomadas para el caso Maddalena. Ahora se intensifican las investigaciones hasta el máximo. Se concede prioridad a la hipótesis Gran Sasso y sus inmediaciones.

En los sindicatos de mozos nos enteramos que se ha despedido a todo el personal de cocina y toda la servidumbre del *Hotel Campo Imperatore.* Los dirigentes están indignados por la expulsión de esos trabajadores, que han perdido sus medios de vida para que el fascista Mussolini pueda alojarse allí. Se nos informa además que está cerrado para el público el funicular del Gran Sasso, a

pesar de que funciona, manejado por carabineros. Es muy difícil conseguir datos sobre la topografía del Gran Sasso. No podemos obtener los mapas del Estado Mayor italiano. No existen mapas alemanes de la región. Tampoco existen fotografías tomadas desde aviones de esa región. En Roma nos es imposible conseguir mapas turísticos o guías. Como por milagro, han desaparecido de todas las librerías y agentes de viajes, nadie sabe cómo. Quizás esté enterada la policía italiana. Tampoco pueden obtenerse prospectos de hoteles. Sólo mediante un complicado trámite en Berlín, se consigue de una agencia de viajes algunos prospectos de Aquila, anteriores a la iniciación de las hostilidades. Lo único interesante que podemos sacar de ahí es una fotografía del *Hotel Campo Imperatore.* Desgraciadamente las fotografías han sido tomadas en pleno invierno con varios metros de nieve, por lo que son inutilizables para nosotros, pues ahora es verano. En el Instituto Geográfico de la Universida de Roma encontramos un libro sobre la geología del Gran Sasso, pero es inutilizable.

Fracasa al principio la tentativa de obtener una fotografía aérea de la montaña. Después de muchas discusiones se concede en principio la autorización para mandar un avión que saque esa fotografía, debiendo hacerlo el 7 de setiembre.

El 4 ó el 5 de setiembre, Skorzeny y el general Student se dirigen en auto hacia Vigno del Valle, sobre las costas del lago Bacciano, donde se encuentra una base mixta germano-italiana de aviones.

El comandante alemán de la base cuenta, sin darle mayor importancia, que los alemanes se turnan con los italianos en caso de alarma aérea. Mientras los unos están de guardia los otros pueden meterse en los refugios. El primer ensayo de este método se efectuó el 27 de agosto. Ese día los italianos se encargaban de ejecutar todas las medidas de alarma y defensa antiaérea. El comandante alemán, a pedido de Skorzeny, establece exactamente la fecha: es el 27 de agosto. Mi jefe sospecha que eso pudiera tener alguna relación con el traslado del Duce desde Maddalena. El oficial alemán cuenta que al darse la señal de haber pasado el peligro, se encontraba en el hidropuerto un aparato que debió llegar durante la alarma. Skorzeny pregunta si ha oído algo sobre ese hidroavión. El oficial alemán, un capitán, informa que, según rumores, en él había llegado Mussolini. Los soldados italianos dicen que después de acuatizar el avión descendieron de el varias personas, que tomaron un auto-ambulancia. Es decir, que los italianos dieron la alarma para que los otros no se enterasen de quién llegaba en el aparato. Skorzeny le pregunta entonces por qué no ha informado a sus superiores de esos hechos. Responde diciendo que, en su opinión, todo ello carece de importancia.

Esa información hubiera sido de enorme interés en nuestras investigaciones, pues desdé allí hubiéramos podido seguir las huellas. Además, nos hubiéramos ahorra una cantidad enorme de trabajo por otro lado.

Así podemos dar por liquidada la noticia acerca del lago Trasimeno: es un error.

Para explorar el territorio del Gran Sasso, Skorzeny y yo pensamos enviar a Warger con un grupo de alpinistas. Pero este todavía no ha vuelto de Maddalena. Preparamos el grupo para mandarlos en cuanto Warger vuelva.

Antes de terminar los preparativos, un amigo nos advierte que en esta época del año no se practica el alpinismo en los Abruzzos. Sólo un loco emprendería esa excursión a pie en pleno verano. Lo más probable es que los reconozcan y los detengan. Por consiguiente, eso es imposible. Dos puntos nos interesan principalmente. En primer lugar, ¿qué aspecto tiene el terreno en las inmediaciones del hotel? ¿Hay praderas o sólo rocas y morrillos? Esto es muy importante para saber si se puede descender con un planeador o si un *Fieseler Storch* puede aterrizar y salir de allí. ¿Puede intentarse en ese terreno algo con paracaídas? El segundo punto se refiere al aspecto meteorológico: temperaturas y vientos, de mañana y de tarde corrientes verticales, pozos de aire, etc. Sería necesario averiguar todo eso.

El primer punto quedará liquidado si el 7 de setiembre se puede tomar una foto desde un avión. Es muy dudoso que el segundo punto pueda aclararse. Como medida de precaución, al proyectar el asunto, suponemos que ese segundo punto no se aclarará sino inmediatamente antes de la acción.

Queda descartada en absoluto la posibilidad de iniciar un ataque por tierra. Cualquier tentativa de aproximación desde el valle, puede reconocerse varias horas antes. Además, por el Norte técnicamente no es posible acercarse en formación cerrada. Por otra parte, si se ataca por el Sur, el

lado Norte permite escapar a un grupo limitado de personas: el Duce con sus vigilantes. Sabemos, además, que hay orden de matar al Duce si se intenta libertarlo, lo que ocurrirá si se acerca una considerable fuerza al hotel.

Al principio nos parece que la acción sería posible empleando helicópteros. El general Student manda al mayor Coíani a Erfurt para estudiar allí la posibilidad técnica de emplear esos aparatos en la alta montaña y para saber si existe un número suficiente de ellos. Colani vuelve diciendo que los helicópteros no están a nuestra disposición: no se desea emplearlos en alta montaña, pues hasta ahora no hay experiencias sobre su utilidad en esos casos.

Nos quedan por consiguiente dos posibilidades: arrojarse con paracaídas o aterrizar allí con planeadores. La decisión podrá tomarse cuando tengamos la foto del pico tomada desde un avión. Lo esencial que debe tenerse en cuenta, al establecer el proyecto, es que produzca el menor número de pérdidas, desde el punto de vista técnico, y que la lucha quede reducida al mínimo.

Se han olvidado por completo nuestros planes romanos. Nadie habla ya de ellos. Visitamos como antes la Ciudad Santa. Permanecemos ahora más tiempo allí, pues nada nos obliga a quedarnos en Frasead. Kappler y su oficina de la Via Tasso es el único que puede ayudarnos a encontrar al Duce desaparecido. Además, allí nos enteramos de cómo van en general las cosas. Lo que se hace en Alemania y lo que se proyecta allí en vista del giro que están tomando los acontecimientos en Italia, es un misterio completo para nosotros. De hecho, el embajador, von Mackensen, no ha vuelto; su sucesor, el doctor Rahm, está ya enteramente dedicado a sus actividades.

Hechos extraños ocurren en las últimas semanas. Cumpliendo órdenes de Berlín, probablemente del mismo Himmler, aparece un capitán de S.S. Está encargado de conducir a Alemania como huéspedes de sonor a antiguos fascistas que hayan desempeñado funciones importantes, siempre que lo deseen. Pero debe hacerse de tal manera que no se entere el gobierno de Badoglio.

No se nos confía esa misión. Solamente tenemos que discutir en algunas ocasiones con el comando del frente del Sur, para asegurar que los aviones necesarios estén dispuestos. Igualmente hay que estudiar las medidas adecuadas para evitar que el servicio secreto italiano se entere de lo planeado. Pero la mayoría de esas discusiones tienen lugar entre Kappler y el hombre de Berlín.

Después de algún tiempo aparece el conde Galeano Ciano en su casa de Roma. Desde hace varios meses es embajador de Italia en el Vaticano, sin que oficialmente haya abandonado jamás su puesto. Se siente absolutamente seguro en su papel. ¿Qué papel? Eso no lo sabe nadie exactamente, tal vez más tarde se haya llevado su secreto a la tumba. En un tiempo fué un fiel colaborador de Mussolini, su yerno, su ministro de Relaciones Exteriores. Pasaba por ser un hombre muy hábil, que también gozaba de buen nombre en la camarilla de la corte. Poco tiempo después se dijo que Ciano había pactado con el grupo del príncipe heredero. Su actitud durante la ocupación de Albania, su actividad durante la invasión italiana de Grecia, queda en esa luz débil de las opiniones contradictorias.

Se considera que su conducta puede haber sido destacada por su amor a Italia, su entrega al Duce, el orgullo desmesurado, la vanidad ofendida, el doble juego de la traición y muchas otras cosas más. Pero nadie ha podido comprender realmente su modo de ser. En el verano de 1943, él mismo descorrió un poco el velo que cubría su secreto. Trabajó celosamente en el derrocamiento del Duce, sin dar abiertamente la cara hasta la sesión del Gran Consejo Fascista. Pero entonces ya no era ministro de Relaciones Exteriores, sino simplemente embajador en el Vaticano. Cuando en el último. *relevo de guardia,* como Mussolini llamó a la reorganización de su gabinete, dejó el ministerio, los enterados vieron en ello una retirada de Ciano o una degradación muy diplomáticamente hecha por Mussolini. Según se vean las cosas, esta última hipótesis habría quedado confirmada por Ciano con su actitud en la famosa reunión del Gran Consejo Fascista, que exigió la renuncia a Mussolini.

Para nosotros, en aquella época, era el prototipo del traidor. No tanto por razones políticas, pues cualquiera puede cambiar sus opiniones en ese campo, sino porque engañó a su jefe y faltó a la fidelidad debida a su suegro. Hizo un sucio doble juego, hasta que pudo golpear ayudado por sus contrarios.

Como Ciano conoce la opinión que en Italia se tiene de él, desde hace meses no abandona el

Vaticano. Por eso nos extraña mucho que aparezca ahora en su casa en Roma. Entretanto, sabemos que su residencia está muy bien vigilada por personal de la policía en civil. Aunque no deseamos mal a nadie en Italia, Ciano nos parece el más condenable de todos. Expresamos esta opinión en nuestras conversaciones con Kappler y Dollmann, y así lo informamos al cuartel general. De aquí nuestra sorpresa cuando Himmler nos avisa por radio que el conde Ciano, su esposa y sus hijos serán recibidos como huéspedes de honor del gobierno alemán y que han de ser llevados a Alemania sin que lo adviertan las autoridades italianas. No podemos entenderlo.

El capitán de S.S. llegado de Berlín se presenta para mostrarnos la misma orden, que saca del bolsillo. ¿Huésped de honor? Lo hubiéramos entendido mejor si nos pidieran que lo lleváramos preso. Keppler envía un informe a Berlín en ese sentido. Hace notar que perderemos los últimos amigos que nos quedan en Italia sí se llegara a saber. La respuesta es una confirmación de la orden.

Un bello día, sin que nadie lo note, Ciano y familia toman un avión con destino a Alemania. Entre tanto podemos sacar nuestra pequeña unidad de Pratica di Mare. Los mandamos directamente a Frasead. En el gran parque, plantado de olivos del *Collegio Nobite Mandtagone,* colocan sus grandes carpas, en el ángulo inferior de la puerta trasera del jardín, mientras que en el medio y en la parte superior se encuentran las otras de los del batallón de paracaidistas. Nos alegramos de tenerlos otra vez tan cerca de nosotros; podemos pasar la noche con ellos y darles la seguridad de que no los olvidábamos mientras estuvieron en Pratica di Mare.

Arriba, en la villa del *Cotlegio Nobile,* viven monjes a quienes no se molesta en su vida monacal. Entramos en la villa sólo por expresa invitación de los padres.

Se mantiene la relación con el grupo de oficiales italianos. Tal vez podamos utilizar a algunos de ellos, al libertar al Duce, como lo previmos en Maddalena. Es mejor tener con nosotros verdaderos oficiales italianos que saben hablar a sus soldados en la forma conveniente, que alemanes disfrazados con uniformes italianos, por muy buenos que sean sus conocimientos del idioma.

Volaremos sobre los Abruzzos el 7 de setiembre. El capitán Langguth vendrá con nosotros. Sabe manejar las cámaras fotográficas aéreas. Nosotros podemos tomar fotos, pero no conocemos el uso de esos aparatos. Hemos tomado todas las medidas necesarias, habiéndonos librado de cualquier compromiso para al fecha.

El >6 de setiembre nos avisa Langguth que no podremos volar, pues el avión con su cámara se encuentra todavía en Nancy, en Francia. Ya hace tiempo que hemos advertido una cierta resistencia de parte de la plana mayor del Noveno Cuerpo de Aviación. No suponemos que, por ejemplo, con mala intención, dejen de cumplirse medidas ordenadas por el comandante en jefe o que se hagan a medias. No podemos imaginarnos eso.

Al saludarnos en julio nos preguntó el mayor Colani si no sabíamos que la guerra estaba perdida. Entonces dudamos si podría ganarse una guerra de esta clase, cuando oficiales de la plana mayor que ocupan puestos de responsabilidad en el ejército y en las divisiones, consideran *a priori* que la guerra está perdida. Mucho tiempo estuvimos pensando, Skorzeny y yo, si sería nuestro deber llamar la atención del general Student sobre ese punto.

Una tarde, o mejor dicho una noche, estamos los tres sentados en el cuarto del general. Ha terminado sus tareas del día.

—¿Qué será de Alemania? —nos pregunta—. El aspecto de los frentes no es muy favorable. No conseguimos reservas suficientes, nuestras líneas están demasiado extendidas.

Se hace un pausa.

—Y en Alemania la gente empieza a perder la esperanza. Aguantan los bombardeos, trabajan activamente y se conforman con los víveres que se les asignan. Pero no dejan de observar cómo otros viven en gran estilo sin preocuparse por nada. Lo más triste es que aún en los más altos círculos militares, hasta en el Cuartel General del Führer, haya tanta gente descorazonada. Los oficiales carecen de fe y de la firme voluntad de conquistar el triunfo. Cada vez que voy allí, oigo la misma música.

—Para eso no necesita usted ir al Cuartel General del Führer, mi general — digo yo interviniendo en la conversación.

—¿Qué quiere usted decir con eso, Radl? Skorzeny ha comprendido a qué me refiero: — También en Italia, mí general, se encuentran gentes de esa clase, nosotros mismos hemos hecho la experiencia.

—Skorzeny y usted, Radl, deben decirme claramente a qué se refieren. Quisiera saberlo...

—Mi general, usted debería oír las opiniones de algunos señores de su plana mayor — continúo diciendo —. También aquí, en el Noveno Cuerpo de Aviación, se cree que la guerra está perdida ya. Uno de esos señores, y no por cierto de grado subalterno, nos ha preguntado abiertamente si no sabíamos que la guerra no podía ganarse ya.

—Seguramente usted se refiere al mayor Colani — dice el general.

Skorzeny y yo nos miramos. El general sabe, por consiguiente, que algunos oficiales de su plana mayor están convencidos de la derrota.

—Sí, señores, ya lo sé... — dice el general, reanudando la conversación —. Colani no es el único. Pero, ¿qué puedo hacer yo? Esos oficiales son verdaderos peritos. No podría separarme de ellos, aunque lo quisiera. Créanme ustedes que cumplen con su deber. Los sustitutos que podrían enviarme no me servirían para nada. Nosotros los paracaidistas necesitamos una experiencia más amplia que la de la formación del estado mayor. Los oficiales de mi plana mayor son hombres con amplios conocimientos adquiridos en el frente. Han saltado sobre Narvik, Eben Emael, Rotterdam y Creta. Sé muy bien que no creen ya en el triunfo. Pero no tomen ustedes eso muy a lo trágico. En todo caso cumplen con su deber.

Cuando el 6 de setiembre, de noche, nos enteramos que el avión con la máquina fotográfica, pedido desde hace cinco días no ha salido todavía de Nancy, recordamos esa conversación. ¿Habrán hecho los señores de la plana mayor todo lo posible para que ese avión se encuentre a tiempo aquí o han dejado simplemente correr las cosas? Pero ¿habrán pedido la máquina? Tal vez les ha faltado una pequeña dosis de voluntad y de fe. Ya lo veremos. No queremos juzgar apresuradamente. De todas maneras aquella noche advertimos al general que eso no hubiera podido ocurrir entre nosotros. Durante esa conversación, decidimos hacer una tentativa para obtener la completa seguridad de que Mussolini se encuentra en el Gran Sasso. Skorzeny inicia la conversación:

—¿No podríamos aparecer como enteramente tontos e intentar subir al Gran Sasso? Radl y yo hemos estado discutiendo el asunto esta tarde; allí arriba hay un aire tan puro: nos hemos enterado que muchos soldados italianos convalecientes viven en el hotel. Nosotros, desconociendo que está cerrado para el público, podríamos presentarnos ante los italianos intentando enviar un par de combatientes alemanes que deben permanecer todavía algún tiempo bajo atención médica. Ellos nos juran fidelidad hasta el triunfo final, así que no podrían negarnos ese pequeño favor. Radl cree que podríamos mandar al doctor Krutow allá arriba para iniciar las negociaciones en representación del Noveno Cuerpo de Aviación. Naturalmente, no conviene que se entere de nuestros propósitos: por el contrario, deberá esforzarse, plenamente convencido de la bondad de la idea, de conseguir sitio para soldados alemanes enfermos de malaria, llegando a un acuerdo con el médico italiano, director del establecimiento. Nosotros imaginamos que pueden ocurrir los casos siguientes: si el doctor Krutow no vuelve es porque lo han encerrado los italianos, nosotros nos encargamos de sacarlo; si no puede llegar hasta el *Hotel Campo Imperatote,* oiremos las razones que le den para no dejarle entrar, así como cualquier otra cosa que pueda haber observado. Es posible que llegue a la cumbre, entonces sabemos con seguridad que el Duce no se encuentra allí.

El general guarda silencio un momento para reflexionar.

—Pero, ¿y si encierran al doctor Krutow? Yo lo haría si estuviera en lugar de los italianos...

—Al buen doctor no puede pasarle otra cosa si no que los italianos lo retengan uno o dos días — argumenta Skorzeny —. Tienen que devolverlo. Sólo ha querido buscar camas para soldados enfermos y acentuar la camaradería germanoitaliana...

—Por mi parte — contribuyo —, haría eso voluntaríamente si fuera médico. . .

—Sí; pero usted sabe lo que puede sucederle; pero el doctor no tiene la menor idea — nos replica el general.

—Eso no tiene tanta importancia, mi general. El riesgo es el mismo, se conozca o no el sentido

profundo de su misión. Lo protegemos al no explicarle nada. Por lo menos no puede traicionarnos si le preguntan o le toman declaración. Mientras dure su ausencia, está el médico del regimiento.

—Bueno... Mandaremos al doctor Krutow.

El general llama al teniente primero Rolfs. Un cuarto de hora más tarde vuelve con el médico, a quien todos le estimamos mucho. Está siempre contento, es joven y tiene un agradable aspecto. En tiempos de paz, es médico en Berlín.

—Ordene, mi general. . .

—Krutow.. . Debe aprestarse para partir mañana mismo. Debo confiarle una misión importante.

—Lo escucho, mi general. ..

—Los italianos tienen un magnífico hotel para deportistas en los Alpes, mejor dicho, en los Abruzzos. Allí hay una casa de convalecencia para soldados. Supongo que también funciona ahora. Vamos a intentar meter allí unos cuantos soldados alemanes enfermos de malaria, es decir, hombres que deben recuperarse de esa enfermedad. Su misión consiste en ir hasta Assergi, voy a mostrarle en el mapa dónde queda eso. Desde allí, sigue usted con el funicular hasta el *Hotel Campo Imperatore,* que se encuentra en el Gran Sasso. Intente hablar con el director técnico del establecimiento o con el comandante. Dígales usted que va por orden mía y que la aceptación de los enfermos alemanes constituiría una valiosa contribución al afianzamiento de la amistad de ambos aliados... ¿Comprendido, Krutow?

—Comprendido, mi general. ..

—Otra cosa, Krutow... Este asunto tiene también su trastienda. Nos gustaría deducir por la reacción de los italianos lo que piensan. Es natural que antes de tomar una decisión pregunten a sus superiores. Tal vez tenga usted que esperar uno o dos días, quédese usted hasta obtener una respuesta definitiva. Me importa mucho que usted haga todo le posible por llegar hasta el hotel. No se deje usted amilanar por lo que le contesten en el punto inferior del funicular. Dígales usted que debe ir personalmente hasta el pico y hablar con los jefes...

El general se detiene un momento, pues va a agregar algo que hemos discutido hace un momento. Prosigue instruyendo al doctor:

—El señor Skorzeny estará mañana todo el día en Roma. No vuelva usted a Frascati. Vaya directamente a Roma, a la Via Tasso. Usted estuvo una vez allí ya con el señor Skorzeny, en las oficinas del agregado de policía. Vaya usted allí e informe al señor Skorzeny del resultado de sus gestiones. Bueno, ahora le mostraré en el mapa dónde está eso.

Se explica cuidadosamente a Krutow lo que ha de hacer. Todo está claro. Saldrá a las cuatro de la mañana. Se retira; nosotros permanecemos todavía algunos minutos con el general.

A las ocho de la mañana saldremos de Frascati junto con el capitán Langguth para efectuar nuestro vuelo de reconocimiento sobre los Abruzzos. Ha llegado ya a Pratiea di Mare el avión de reconocimiento fotográfico. Nos metemos en "Tuculum" llenos de entusiasmo; nos alegramos ya por ese futuro vuelo.

El 8 de setiembre bien temprano estamos en Pratiea di Mare, delante de las oficinas del aeródromo. Vamos a buscar nuestras raciones. Ya hemos aprendido a buscar todo lo que corresponde a los aviadores: no es poco ni malo, excelente comida, chocolate, cigarrillos y muchas cosas más.

Delante de las oficinas se encuentra el avión de reconocimiento fotográfico. Hay algo que no nos gusta mucho. Los tripulantes tienen trajes abrigados, pues volaremos a una altura entre 4.500 y 5.000 metros. Pero nosotros vestimos nuestros finos uniformes tropicales con manga corta, y con ellos nos metemos en el avión. Los pasajeros somos tres: el capitán Langguth, Skorzeny y yo.

El piloto y los demás tripulantes no saben de qué se trata. Se les ha dicho que volaremos a través de los Abruzzos rumbo a Pescara. Esta ciudad se encuentra en la costa del Adriático, por la que seguiremos pasando por Rimini y Ancona hasta Ravena. Se les advierte que vamos a tomar fotografías de los puertos *del* Adriático.

Pero eso no interesa al piloto ni a sus hombres. De esa nos encargamos el capitán Langguth y yo. Al llegar a Ravena, damos vuelta y volvemos por donde hemos venido. Nuestra ruta pasa

exactamente sobre el Gran Sasso. Es una feliz coincidencia que una recta entre Pratica di Mare y Ravena pase exactamente sobre nuestra meta.

Apenas estamos dentro del avión, nos explica el capitán Langguth que la gran cámara fotográfica de que están provistos estos aparatos, está estropeada y desgraciadamente no funciona. Es además lamentable que tampoco haya sido posible arreglarla a tiempo. Skcrzeny y yo nos miramos. ¿Qué pasa? Eso es casi para un consejo de guerra.

El capitán Langguth no puede decir nada. El avión llegó así. Pero tiene una cámara manual y quiere mostrarnos cómo se puede fotografiar desde el aire con ella. En seguida nos lo muestra. Somos discípulos muy atentos. Hasta ahora no había caído en nuestras manos una cosa como esa. Entretanto el avión se desliza sobre la pista, se eleva y vuela hacía el mar abierto. Gana altura y toma la ruta convenida.

Al llegar a los 3.500 ó 4.000 metros de altura, disminuye sensiblemente la temperatura. Entretanto, nos hemos familiarizado con la cámara fotográfica, en cuanto eso es posible en tan poco tiempo.

Es una cosa pesada. Hay que sostenerla con las dos manos; en una de las piezas con la que se la agarra hay una manivela, mediante la cual se corre el film. En la otra se encuentra un cierre metálico grande, con el que se descubre el objetivo. ¿Cuánto será el tiempo de exposición? El capitán Langguth nos dice que no tenemos necesidad de preocuparnos de eso. Supongamos que lo sabe. Al acercarnos a los Abruzzos, volamos a unos 4.000 metros de altura; hace un frío terrible que nos hace temblar.

Skorzeny se dirige a la cabina del piloto, donde se encuentra Langguth, sentado sobre unos chalecos salvavidas, observando el paisaje.

Queremos saber todavía una cosa. ¿'Desde dónde hemos de fotografiar desde la cabina del piloto? De ninguna manera así podrían vernos desde abajo y descubrir nuestro propósito.

La cámara fotográfica propia del avión está atornillada al piso. Tampoco se puede hacer nada por ese lado.

—Lo que usted tiene que hacer — opina el capitán —, es fotografiar desde la escotilla de entrada que se encuentra en el suelo, sacando el cuerpo un poco hacia afuera, mientras otro lo sujeta de las piernas para que no se caiga.

Skorzeny y yo nos miramos asombrados. En realidad, supusimos que Langguth como perito en estas cuestiones tomaría una o dos fotografías. Pero, evidentemente, está muy cómodo en la cabina del piloto. Como nos acércanos al Gran Sasso, nos preparamos para tomar algunas fotografías desde la escotilla. Skorzeny se encargará de la cámara en el vuelo de ida, yo a la vuelta. Skorzeny levanta la compuerta y mira hacia abajo. Cinco mil metros más abajo están los valles, dos o tres mil metros más abajo los picos. El velocímetro marca 370 kilómetros por hora. Se echa al suelo sobre el vientre. Yo me echo sobre él sosteniéndole con todo el peso de mi cuerpo. Se arrastra como un reptil, teniendo la cabeza, las manos y los hombros fuera de la máquina: a 5.000 metros de altura, con ocho grados bajo cero y el viento provocado por la máquina, que se mueve a 370 kilómetros por hora.

Bastaría un movimiento brusco, una pequeña diferencia «en mí esfuerzo, para que cayera como un plomo.

Cuando nos encontramos exactamente sobre el hotel, veo que Skorzeny corre la plancha metálica y hace funcionar la manivela. Es un concurso de fotografías a 5.000 metros de altura, exclusivamente para *amateuts,* los peritos como el capitán Langguth no toman parte.

Es más difícil meter adentro a Skorzeny. No puede apoyarse en ninguna parte. Se encuentra hasta los hombros fuera de la máquina y tiene la cámara entre las manos. Yo estoy sentado sobre él y no debo levantarme. Me ayuda uno de los aviadores, pudiendo entonces meterlo otra vez en el avión. Sus dedos se han puesto rígidos por el frío; tenemos que cubrirlo con los chalecos salvavidas. Langguth comenta sobre lo bien que hemos aprendido a fotografiar y nos sonríe desde su cómodo asiento en la cabina del piloto.

Proseguimos nuestro viaje; pronto aparece Pescara, debajo de nosotros está la costa del Adriático. Seguimos a lo largo de la orilla, de acuerdo con la ruta prescrita. Debajo de nosotros

aparece la Via Adriática, separada del agua, a menudo, por una estrecha franja de tierra. Observamos ciudades, aldeas, arroyos secos y ríos. Al pasar por Ravena damos vuelta, pasamos Pescara, donde cambiamos el rumbo 90 grados, dirigiéndonos hacía el Gran Sasso y Pratica di Mare. Esta vez hemos de pasar sobre Roma, pues el capitán Langguth quiere observar algunas posiciones y cuarteles italianos.

Sobre el hotel, exactamente como antes, brilla un cielo azul. Esta vez las cosas resultan tan bien como la primera. Apenas nos hemos alejado de nuestra meta, cuando el paisaje nos deja literalmente fríos, tanto ha bajado la temperatura. Nos echamos sobre el suelo y nos cubrimos con los chalecos salvavidas.

ITALIA QUIEBRA EL EJE

Aquella tarde nos encontramos en Roma. Nos proponemos hacer tres cosas: entrevistar a nuestros amigos italianos, pues podremos necesitarlos dentro de algunos días; encontrarnos con el doctor Krutow en las oficinas de Kappler, y en tercer lugar, vamos a cenar bien.

Eso se puede hacer en un restaurante de la marina de guerra. Es italiano, pero los marinos van por allí con mucha frecuencia.

Krutow no ha llegado todavía a las oficinas de Kappler. Hay muchas novedades. Se habla de un próximo armisticio. La Embajada alemana afirma tener informaciones bastante exactas. Algo de eso se ha transmitido por las radios del enemigo.

Kesselríng se empeña en conversar con Badoglio, así como también el embajador. El uno hablará como militar con el mariscal, el otro lo hará como diplomático.

Kappler cree que ya no queda ninguna duda; esa es también nuestra opinión. Como debemos apresurarnos, nos repartimos los papeles. Dejamos una nota para el doctor Krutow pidiéndole que nos espera en la Via Tasso si llega antes que volvamos. Se nos puede avisar al restaurante de los marinos. Además, Skorzeny pasará otra vez por las oficinas de Kappler.

En las calles nada ha variado. Bellas mujeres, personas bien vestidas en la Vía Nationale, en el Corso Umberto, en el Corso Vittorio Venetto. Están llenas las mesas de cafés colocadas en las aceras; las gentes charlan como de costumbre. Pasamos por el café donde vamos habitualmente, cerca de las oficinas de la E.I.A.R. Dirige el establecimiento una alemana de Colonia que está casada con un comerciante italiano. Tienen un moca maravilloso y además sirven cafe helado. Desde allí nos dirigimos al restaurante donde hemos de cenar. Yo me encargo de pedir la cena, mientras Skorzeny pasará otra vez por las oficinas de Kappler.

Mientras tanto, Krutow ha llegado. Desgraciadamente, no ha tenido éxito. Pudo llegar hasta Assergi. No había nada que hacer con el Gran Sasso, no pudo ni subir, ni telefonear. Los italianos creyeron que estaba loco. Pero, finalmente, como pudo demostrar su identidad, lo dejaron que siguiera su camino. Pero le impidieron que prosiguiera hacia donde quería ir.

Pero cree que tiene algo muy interesante que contarnos. Los habitantes de Assergi dicen que el Duce se encuentra prisionero en el hotel del Gran Sasso. Hasta las criaturas lo saben. Pero nadie le ha visto. Los soldados no están enterados de nada. Skorzeny cree que eso es otra probabilidad, pero no la seguridad que se buscaba.

Kappler cuenta a Skorzeny que Kesselring ha hablado por teléfono con Badoglio. El jefe del gobierno italiano ha estado muy seco y se ha extrañado de que Kesselring lo crea capaz de semejante cosa. Todavía son aliados. Lamenta muchísimo que el mismo mariscal Kesselring sea capaz de creer esos rumores, según los cuales Italia piensa separarse del Eje.

Esa conversación tiene lugar a las seis de la tarde. A las siete, oigo por el altoparlante del hotel que se anuncia una transmisión especial. Llega en seguida: Italia acaba de celebrar un armisticio con los aliados. Dentro de pocos minutos, Badoglio dirigirá una alocución al pueblo.

Un poco más tarde llega Skorzeny algo apurado.

—¡Debemos ir en seguida a Frasead! ¡Pasan muchas cosas raras!

—Ya lo he oído por la radio. ¡Qué vergüenza! Pero tenía que ocurrir...

¿Qué pasará ahora en Italia? ¿Se partirá el reino en dos pedazos? ¿Qué hará el comando alemán?

Mientras tanto observamos la reacción del pueblo romano. Reina el júbilo en las calles, hay desfiles de antorchas, la gente grita y canta. En largas columnas desfilan por las calles. Se abrazan, gritan, cantan, bailan, lloran y aullan, según su temperamento. Por todas partes pasa lo mismo. Sobre todo se eleva un grito único, que parece la exclamación del que se ha salvado de un gran peligro: *Finito la guerra! Finito la guerra! Viva il re!*

¿Cómo no comprender la emoción, el vértigo que se apodera de esta gente? ¿Cómo no sentirse conmovido por esta explosión de júbilo? Pero es nuestro deber conservar la calma y prepararnos para lo que ha de venir.

Una cosa es clara. Debemos salir inmediatamente de Roma, debemos estar en nuestro puesto, donde se nos puede necesitar muy pronto. Además, manejamos un coche del ejército alemán con las insignias correspondientes; cualquiera podría reconocernos. ¿Quién sabe lo que pasará en las próximas horas, cuando llegue la noche? Tal vez, entonces, los primeros alborotadores, cumpliendo órdenes o por su propia cuenta, induzcan a la población a proceder contra los alemanes. Una minúscula chispa puede hacer estallar un barril de pólvora.

Pasamos por la oficina de Kappler, convenimos con él en que irá también a Frasead con Dollmann y Wenner si se producen dificultades en Roma. En la *Villa Dusmet* puede pasar la noche él, así como sus colaboradores. Si es posible, Kappler llevará consigo a Frasead uno o dos de los oficiales italianos que han colaborado con nosotros.

Al salir de Roma evitamos las avenidas principales. No se puede estar nunca seguro. Tal vez Badoglio ha dado ya órdenes al ejército italiano de proceder contra los soldados alemanes.

Después de haber cruzado la antigua puerta de la ciudad, no nos queda sino un camino: la *Via Tusculum,* que en *Cine Cittá* pasa a lo largo de varías profundas trampas contra tanques de los italianos fuertemente artilladas, donde se verifica el paso de vehículos. No tenemos ni siquiera un arma. Estamos vestidos de civil. No sabemos lo que vamos a hacer si hay dificultades. Pero atravesamos la barrera sin dificultad. Es evidente que todavía no se han dado instrucciones. Se verifica, como es corriente, el número del coche y el pase de la autoridad militar. Seguimos hacia Frascati.

En las oficinas de la plana mayor reina una actividad febril. Es necesario impartir órdenes a las más pequeñas unidades. Pero no funcionan adecuadamente ni el telégrafo ni e! teléfono. Algunas noticias se mandan por radio, otras con ordenanzas que utilizan autos o motocicletas. Aquella misma noche saldrán las órdenes decisivas.

Una cosa es indudable: el gobierno Badoglio no sólo ha concertado un armisticio con los aliados, sino que peleará con ellos contra Alemania. Por ello, la única orden lógica del comando alemán es desarmar a los soldados italianos. Esto significa para nosotros que la liberación de Mussolini queda postergada por tiempo indefinido, pues para desarmar a los italianos, lo que sin duda no se hará sin lucha, se necesitan todos los soldados de que se pueda disponer.

Numéricamente, la situación de las tropas alemanas es catastrófica. A cada unidad del Noveno Cuerpo de Ejército se le asigna un sector, dentro del cual debe desarmar a todos los soldados italianos. Formamos una pequeña unidad en Arfriccia. Queda agregada al batallón de paracaidistas y, en completa disposición de batalla, está a las órdenes del mayor Harald Mors. Nosotros dos tenemos que quedarnos en Frascati. Aquella misma noche llegan Kappler, Dollmann y Wenner con uno de nuestros amigos italianos. Viste de civil, lo que es completamente justificable en estas circunstancias. Permanecerá con nosotros, pero declara estar dispuesto a ir a la capital si es necesario. De Roma sale todo el que dispone de un vehículo o de alemanes que los lleven. Al principio llega el personal de algunas oficinas de compras en un orden que no tiene nada de imponente.

Kappler nos cuenta que durante el camino ha encontrado una gran columna. Son coches de lujo capaces de llevar cuatro o seis personas. Pero no conducen sino una o dos. El resto son cosas personales, valijas, mantas, trajes, incluso muebles acolchados. Es un espectáculo repugnante.

Han dejado en Roma sus pequeños empleados. Cada uno de ellos hubiera podido traer cuatro o cinco personas. Pero no podían dejar allí sus muebles. Al parecer, se trata de altas

personalidades, con bellos uniformes, por lo que nos cuenta Kappler, probablemente diplomáticos o altos oficiales del ejército o jefes de alguna repartición.

Entretanto en Roma aumenta la intranquilidad. Todos los alemanes que se encuentran todavía en la ciudad, soldados, personal femenino auxiliar del servicio de comunicaciones, empleadillos, tratan de meterse en la Embajada. Allí esperan estar por lo menos seguros. Los italianos respetarán la extraterritorialidad. Ningún alemán duda de que es necesario abandonar Roma. Las tropas italianas que se encuentran en la Ciudad Santa son numéricamente superiores. Por otra parte se renuncia a iniciar la lucha en las calles. Primero deberán desarmarse las tropas que se encuentran fuera de ella.

Aquella misma noche sale un batallón con aviones Ju 32 para arrojarse con paracaídas sobre el Monte Rotondo, en las primeras horas del alba. Deberá apoderarse del Comando Supremo, la más alta autoridad del ejército italiano que se encuentra allí. Nuestros hombres salta en el vacío, o mejor dicho, . sobre un nido todavía caliente. Pero los pájaros han volado hace una hora. Pero nuestro grupo experimenta algunas pérdidas antes de saltar, al precipitarse a tierra un Ju 32 abatida por el fuego enemigo. Los italianos los rodean en Monte Rotondo, defendiéndose casi dos días contra fuerzas diez veces superiores. Pero el comando italiano de ese sector les concede la salida con todos los honores, conservando sus armas.

En general, se procede rápidamente al desarme. Muchas unidades italianas, aún las grandes, arrojan simplemente sus armas. Gracias a Dios, excepto pequeños grupos de resistencia, el desarmé no ofrece dificultades.

Se producen choques en Albano y Ariccia, donde es encuentran partes de la división *Piacenzo.* Estos se defienden, pero el mayor Mors, que manda el batallón de instrucción en lugar de su comandante enfermo, golpea enérgicamente. En la mañana del 9 de setiembre ha terminado todo allí. Desgraciadamente ha habido pérdidas. Algunos italianos se han defendido valientemente, pero los paracaidistas alemanes atacaron intensamente. Al mediodía reina tranquilidad completa.

Nuestros soldados, treinta hombres en total, bajo la dirección de Menzel y Schwerdt, han desarmado una unidad italiana de artillería con sus efectivos de guerra. Las hábiles negociaciones de Warger impiden que los italianos se decidan a resistir. En la tarde del 9 de setiembre llegan al punto de reunión todas las armas y municiones.

Durante su visita en el Cuartel General del Führer, Skorzeny ha expresado que las tropas alemanas en Italia carecen por completo de vehículos a motor, que, por así decirlo, están a pie. Nuestros hombres no tienen ni siquiera bicicletas. Al mismo tiempo pidió que en caso de llegar a producirse luchas en Italia, se contara con permiso para utilizar los vehículos tomados al enemigo. Himmler aprobó eso, así como también Hitler.

Después de desarmar la sección de artillería italiana, nuestros oficiales sacan del botín tres vehículos de pasajeros, dos camiones y un coche de tres ruedas para suministro. Todo lo demás que está en condiciones de ser utilizado, pasa al batallón de instrucción de Mors. En aquella tarde, dos de nuestros hombres descubren un garaje en el que se encuentran casi treinta camiones nuevos que acababan de llegar de la fábrica y otros vehículos del ejército italiano.

En la noche del 9 de setiembre retiramos nuestros hombres, trayéndolos de nuevo a Frascati, al jardín del *Coílegio Nobile.* De todas partes se anuncia que progresa satisfactoriamente el desarme del ejército italiano.

En el mismo Frascati se encuentra desde hace varias semanas una unidad italiana, compuesta de árabes del norte *de* África. Son hombres seleccionados, altos, bien educados y de excelente prestancia. Pertenecen a la Legión Árabe. ¿Qué harán? Esa cuestión nos preocupaba. Si se ponen a pelear no se venderán barato. ¡Eso ha de ocurrir precisamente en Frascati!

El mayor Schacht está encargado de las negociaciones y de convencerlos de la necesidad de rendirse. Cumple su misión con gran habilidad. Los árabes capitulan; no se les tratará como prisioneros, pueden moverse libremente.

El mismo oficial está encargado de negociar en otros casos lo que lleva a cabo con la misma habilidad. En el espacio este de Roma, incluyendo Frascati, no se ha lucha.

Tanto más intenso es el ruido de las armas en la noche del 9 al 10 de setiembre y en este mismo día, desde el oeste y el sudoeste de Frascati. De noche podemos observar el fuego de

artillería que sale por las bocas. ¡Se ha iniciado la acción de desarme de las divisiones que se encuentran en Roma. Si cuando llegamos a Italia habría dos divisiones en la capital, ahora habrá seis, con sus efectivos completos. Frente a ellos se encuentran sólo algunos batallones alemanes de paracaidistas, esparcidos por toda la región. Pero hay que hacerlo. El 9 de setiembre se inicia la marcha sobre la línea de la Via Ostia. Los italianos han construido allí numerosas trincheras, barreras y trampas contra tanques. Se dijo entonces que eran preparativos contra una probable invasión. Ahora hay que limpiar esa calle. Ambos bandos luchan valiente y enérgicamente con todas las armas de que disponen. Sólo se deja libre la entrada sur de Roma. El ataque alemán se detiene allí al principio. Todo sería mucho más fácil si la división acorazada alemana que desciende por el Norte, se encontrara ya aquí. Entonces podría abrirse el camino de Roma por el Norte y el Oeste. No se intenta ningún ataque por el Noroeste y el Este. Los italianos ocupan allí sus posiciones y esperan. Nosotros también esperamos. Con los anteojos podemos observar sus posiciones y sus movimientos. Desde hace varias semanas hemos pasado por sus posiciones, por lo que conocemos hasta los árboles. Todas las tropas de que podemos disponer se echan en la batalla.

* * *

Es el 10 de setiembre de 1943, de mañana. A la una hemos de hablar con el general Student para dar el toque final a nuestros planes referentes al rescate del Duce. Durante la comida del mediodía discutimos entre nosotros rápidamente lo que se convino ayer con nuestro comandante. En primer lugar se decidió que es imposible utilizar paracaidistas. El estudio de nuestras fotografías, tomadas desde el avión, demuestra que eso sería una empresa de irresponsables. Las rocas y las gargantas son demasiado verticales y abruptas. No queda otra posibilidad que aterrizar con planeadores.

Las fotografías que hemos tomado son bastante deficientes. Ante todo, como desconocemos la técnica necesaria en estos casos, hemos tomado las fotografías verticalmente sobre el objetivo. Eso constituye una proyección horizontal. Lo que nos faltan son fotografías tomadas con un cierto ángulo. Mediante un procedimiento especial pueden convertirse esas fotografías en mapas en relieve, pudiendo establecerse entonces diferencias de altura hasta de un metro. Pero eso no puede hacerse con las que hemos tomado nosotros. Podemos observar perfectamente en ellas las puntas y los bordes, pero es imposible estimar las diferencias de altura. Hubiera podido evitarse todo eso si el capitán Langguth, que estaba especialmente preparado para esa tarea, hubiera tomado las fotografías *o* nos hubiera aconsejado. Por consiguiente todos nuestros proyectos dependen de esas fotografías insuficientes y de las observaciones que hicimos durante el vuelo.

A grandes rasgos sabemos ya cómo hemos de proceder. Hasta la madrugada, Skorzeny y yo hemos trabajado y planeado. Esta mañana estábamos muy cansados.

Ahora bebemos mucho café para estar frescos cuando llegue la conferencia de la una.

Antes de esa conversación me encuentro con Kappler en la terraza. Todavía se lucha en el límite sur de Roma. Los italianos se defienden allí tercamente. Sin embargo, se espera, romper sus defensas antes de esta noche.

Esta tarde a las cuatro haremos entrar a nuestro amigo de contrabando en Roma. Aparentará ser un comprador de tomates. Ya le he conseguido una canasta con frutos. Le llevaré en nuestro coche hasta Ciampino, desde donde deberá seguir a pie, a través de las líneas italianas.

La conferencia acerca de la proyectada liberación de Mussolini dura todavía a las cuatro de la tarde. Pero puedo retirarme tranquilamente. Conozco todos los detalles, que hemos calculado exactamente. Ekorzeny podrá informarme de alguna variante, si se decide cambiar alguna cosa. Por ahora se ha fijado la fecha en el 12 ó el 13 de setiembre.

Mientras prosigue la conferencia, me dirijo con nuestro amigo italiano a Ciampino, a través de Grotta Ferrata. Le dejaré en alguna parte del camino, para que no le vean desde las posiciones italianas cuando salga del coche. Antes de llegar a nuestra meta, debemos viajar lentamente y después esperar un poco. Por el camino encontramos muchos soldados italianos desarmados que vuelven a sus casas, guardando en un pañuelo sus objetos de valor. Tampoco ellos deben ver que de un auto alemán desciende uno de sus compatriotas y emprende la marcha hacia Roma cargado con una cesta de tomates.

He explicado cuidadosamente a mí hombre lo que debe hacer. Es posible que necesitemos uno

o dos oficiales de uniforme. Yo me encargaría de ir a buscarlos cuando se haya pacificado Roma. Mientras tanto deberá ocultarse, estableciendo de inmediato contacto con la Embajada alemana en cuanto nuestras tropas hayan tomado la capital. En todo caso deberé poder encontrarle de inmediato si le busco en la Ciudad Santa. Si, contra lo que se espera, la batalla alrededor de la ciudad durara varios días, puede volver a Frasead con su cesta a "comprar" más tomates.

Nos separamos después de haber convenido todo eso. En el camino no hay nadie, el hombre emprende su viaje a pie. Mi chófer se ocupa del motor y vuelve a su asiento en cuanto ha desaparecido de nuestra vista. Mientras tanto, en Frascati se han puesto de acuerdo sobre los últimos detalles técnicos en cuanto eso es posible.

Es seguro, ya que utilizaremos planeadores y que atacaremos dentro de muy pocos días antes que los italianos se lleven al Duce a otra parte. Se ha determinado ya el número de aparatos, de los soldados y de las armas que hemos de utilizar, y ha quedado resuelto que intentaremos llevar con nosotros uno o dos oficiales italianos.

Ante todo no es seguro que el Duce se encuentre allí arriba. Estimamos que existe un 99 por ciento de probabilidades a nuestro favor. Pero, ¿qué ha ocurrido desde el 8 de setiembre? La región del Gran Sasso es terreno absolutamente dominado por los italianos. En Aquila se encuentra una división con sus efectivos completos. ¿Se habrán ido ya a sus casas o esperan todavía las órdenes de Badoglio? ¿Son amigos o enemigos nuestros?

Nadie sabe eso. No hay noticias sobre ello. Únicamente desde Assergi, donde empieza el funicular del Gran Sasso, recibimos por casualidad noticias. Allí todo está tranquilo. Se mantiene el cierre del hotel y del funicular. Hay muchos carabineros. Una novedad: delante de la estación se encuentra un camión de telegrafía sin hilos. Combinando detalles, de-lucimos que ese vehículo pertenece al general Cueli; con él transmitió aquel radiotelegrama para el Ministerio del Interior que nos dio la pista de Isola y el Gran Sasso.

La situación se ha simplificado mucho para nosotros, pues ya no tenemos necesidad de tener en cuenta el Eje. Ahora la guardia del Duce pude considerarse como tropa enemiga. En comparación con el plan de Maddalena, esta situación es muy sencilla. Pero, por otro lado, si el enemigo nos reconoce a tiempo puede hacer fuego de inmediato sobre nosotros. Es decir, que habrá que preparar cuidadosamente la sorpresa para que sea realmente efectiva.

Nos extraña que desde el cuartel general se insista todavía en permitir la empresa sólo si se tiene la absoluta seguridad que el Duce está allí. Pero ya estamos acostumbrados a ello y jamás hubiéramos podido dar esa seguridad. Para nosotros está claro que en este caso pierde su validez la mayor parte de las reglas que se tienen en cuenta al redactar un plan de campaña. Tanto las órdenes como la acción misma han de tener la mayor elasticidad posible. Es necesario que nosotros dos, que hemos visto el hotel y el terreno desde el aire, nos encontremos en el teatro de la acción lo más pronto posible. Así podremos juzgar la situación en cada momento, obrar adecuadamente y dar a tiempo las órdenes necesarias.

A altas horas de la noche del 10 de setiembre, queda terminado el plan. Por lo menos, es posible considerar en su totalidad la operación planeada. El resto queda a cargo de la casualidad. El plan es el siguiente: La operación se efectuará mediante un desembarco desde planeadores del tipo DFS 230. El aterrizaje tendrá lugar sobre la pradera que se encuentra un poco más arriba del *Hotel Campo Imperatore* y que probablemente tiene un declive muy suave. En nuestras fotografías esa pradera es una superficie en forma de trapecio. El declive no puede reconocerse, por no existir una fotografía adecuada. Sobre la pradera se observa un pequeño cuadrado. Suponemos que sea una cabaña de pastor. Se emplearán doce planeadores, con diez hombres cada uno, de los cuales hay que descontar el piloto, quedando nueve soldados. Las máquinas 1 y 2 serán las primeras en aterrizar en los lugares asignados. Los tripulantes, sin apartarse del punto donde hayan aterrizado, utilizando lo mejor posible el terreno, se dispondrán a luchar. Puede usarse la cabaña como protección. En caso necesario estos hombres protegen con su fuego el aterrizaje de los otros planeadores. Tripularán las máquinas 1 y 2 hombres de la compañía de paracaidistas de von Berlepsch. Los planeadores 3 y 4 conducirán nuestros hombres de la S.S.; la 3 estará bajo la dirección de Skorzeny, la 4 bajo la mía. Los tripulantes de estas dos últimas máquinas tienen la misión de entrar en el hotel y apoderarse de Mussolini. El comando supremo de ambos grupos está en manos de Skorzeny. Si es posible estas dos últimas máquinas conducirán oficiales italianas. Tienen la misión de dirigirse al hotel inmediatamente después de aterrizar y gritar a los soldados

italianos que no hagan uso de sus armas.

Con su presencia se busca provocar inseguridad entre los soldados italianos durante el corto lapso que necesitamos para entrar al hotel. Con la sorpresa y el ataque relámpago se pretende evitar la lucha.

Nuestra principal preocupación consiste en evitar las pérdidas. Al alcanzar el hotel, antes de que se dé la alarma, es necesario arrollar las guardias, dominándolas en caso de resistencia. Con excepción de las máquinas 3 y 4, todas las otras están ocupadas por soldados de la compañía de paracaidistas de von Berlepsch. El planeador 5 aterriza inmediatamente después del 4. Sus hombres se dirigirán inmediatamente por el camino más corto a reforzar las fuerzas que se encuentran ya en el hotel. La máquina 6 aterriza cerca del extremo superior del funicular, posesionándose en seguida de ella y aprestándola para la defensa. Estos hombres no tienen necesidad de preocuparse por lo que ocurra en el hotel. Tendrán que asegurarse, sin embargo, el dominio del túnel que conduce al hotel desde la estación del funicular. Las máquinas 7, 8, 9 y 10 aterrizan, por el orden de numeración, en los lugares que se les ha asignado. Sus hombres se dirigen inmediatamente al hotel. Los aviones 11 y 12 conducen armas pesadas: dos ametralladoras pesadas, dos obuses medianos y dos cañones ligeros, como los que usan los paracaidistas. En cuanto desembarquen estos grupos toman posiciones de combate, esperando órdenes para intervenir. Todos los grupos tienen órdenes estrictas de no abrir el fuego por sí mismos. La orden de fuego a discreción se dará mediante una señal luminosa roja. Se ha elegido para ello a uno de nuestros hombres, que la dará cuando Skorzeny haga el primer disparo.

En cuanto Skorzeny, nuestros hombres y yo hayamos entrado en el hotel, la decisión de hacer fuego queda en manos del teniente primero von Berlepsch, que se hace cargo de inmediato del mando de las fuerzas fuera del hotel, siendo responsable del resultado del ataque en esa parte. No tenemos muchos informes sobre la situación militar en y alrededor del hotel. Sabemos que guardan al Duce carabineros; por precaución debemos suponer que se trata de soldados distinguidos que saben manejar sus armas. Sólo podemos suponer cuáles son las guardias dentro del hotel. Algo así como si nosotros hubiéramos estado encargados de organizar la vigilancia.

Conjeturamos, para planear nuestra empresa, que existen guardias continuas en el exterior del edificio, además algunas tropas que recorren el terreno siguiendo una ruta prefijada, una guardia especial en la estación del funicular y diversas guardias en varios puntos estratégicos en las entradas y salidas del hotel.

Simultáneamente habrá de ocuparse la estación inferior del funicular en Assergi, sincronizando esta acción con la del hotel.

Como día X se establece por ahora el 12 de setiembre; hora Y; seis de la mañana. Esta hora nos parece la más indicada en vista de que ignoramos las condiciones meteorológicas después del mediodía. A las seis se registrará probablemente un equilibrio térmico. Además, la capacidad de reacción de los soldados que forman la guardia, así como la atención general, tienen que ser particularmente bajas.

La acción que tendrá lugar en la estación inferior del funicular ha de considerarse completamente por separado. Nuestro conocimiento del terreno es allí bastante completo. Disponemos de mapas y de dibujos; además se ha explorado personalmente *el* terreno. Se ha establecido la situación de cada puesto de carabineros, así como el lugar en que se encuentra el camión transmisor de radio, que deberá inutilizarse de inmediato.

Sin embargo, también esta acción presenta muchos riesgos. Todavía no han capitulado las tropas italianas que se encuentran entre Roma y Tivoli hasta Assergi y Aquila. Además por allí no hay tropas alemanas. Sabemos que en Aquila se encuentra una división italiana con sus efectivos completos. No se sabe qué actitud ha tomado o tomará. Para esta operación en la estación inferior del valle disponemos del resto del batallón de instrucción de paracaidistas. El 10 de setiembre de mañana queda definitivamente fijada esta operación.

EL PROYECTO

El general Student, los oficiales de su plana mayor, Skorzeny y yo discutimos hasta los

menores detalles del proyecto. En las decisiones definitivas toman parte sólo el general Student, el capitán Langguth, Skorzeny y yo, exclusivamente.

La operación tendrá lugar junto con el batallón de instrucción que manda el mayor Mors. En marchas nocturnas *el* batallón llegará a la entrada del valle de Assergi, que se encuentra cerca de Bazzano. Tomarán la estación inferior del funicular, con un golpe de mano, exactamente a la hora Y. La entrada del valle ha de cerrarse de tal manera que sea imposible para los carabineros establecer contacto con la división en Aquila.

Antes de que el grueso de las tropas llegue a la entrada *del valle,* un grupo especial se encargará de inutilizar todos los cables telefónicos o telegráficos. Es posible que el batallón -de instrucción tenga que cubrir la retirada del Duce.

En lo que a esto respecta existen tres posibilidades:

1) Un *Fiesseler Stotch,* manejado por un piloto seguro y elegido especialmente para esta empresa, intenta aterrizar en cualquier lugar que le parezca favorable después de haber observado una señal luminosa que se dará al terminar la liberación del Duce. Luego vuela alrededor del hotel a las Y+20 minutos. Si tiene éxito en el aterrizaje y en el despegue, saldrá protegido por nuestros hombres con Skorzeny y Mussolini hasta el aeródromo de Pratica di Mare, donde se encuentran continuamente aviones con los que podrá proseguir viaje hasta Alemania. Si es imposible despegar desde el Gran Sasso, se destruirá el *Fiesseler Storch;* su piloto quedará agregado al batallón.

Después de libertar al Duce, éste sale del Gran Sasso con el funicular. Previamente se habrá desarmado a los italianos. Después de ocupar ambas estaciones, el funicular podrá funcionar previa autorización de Skorzeny. Los italianos desarmados permanecerán en el hotel. Para evitar cualquier acto de sabotage o la reiniciación de la lucha, se tomarán rehenes entre los oficiales italianos. En la estación del valle el batallón de instrucción estará pronto para nuevas acciones. Como no se sabe cuál es la posición que adoptará la división italiana en Aquila, como ni siquiera existen negociaciones en trámite para su desarme, ha de contarse con la necesidad de apoderarse violentamente del aeródromo de esa ciudad. De esta operación, a realizar muy rápidamente, se encargará el batallón de instrucción. Mientras se consolida la conquista del aeródromo de Aquila, lo que deberá ser comunicado radiotelegráficamen-te a Rosa, saldrán de allí tres He III que aterrizarán en las pistas que se acaban de conquistar. Uno de esos aviones embarcará al Duce, y los tres emprenderán vuelo a Alemania por diferentes rutas para dificultar una probable persecución por cazas. Las tropas emprenderán por tierra el camino de Roma.

3) Un *Fieseler Storch* aterriza a las Y+20 minutos en Assergi. En él se embarca el Duce, que ha bajado por el funicular, volando con Skorzeny hasta Roma, desde donde ambos proseguirán viaje a Alemania con un He III que los espera.

El 10 de setiembre al mediodía nuestros proyectos están finiquitados y el general Student ordena a que se traigan desde el sur de Francia los planeadores, de tal modo que el 12 de setiembre a las cinco de la mañana estén prontos para salir.

Deberán encontrarse en el Gran Sasso con sus dotaciones completas de combate a las seis de la mañana. Skorzeny y yo estudiamos cuidadosamente una vez más todos los detalles del armamento y selección de hombres para la empresa, hasta que todo está estudiado en tal forma que sabemos la colocación de cada soldado durante la operación. Es difícil establecer el plan de marcha para el batallón de instrucción. Deben salir a las 12 de la noche, pasando por determinados lugares a una hora prefijada, teniendo cuidado en cada caso de destruir las comunicaciones telefónicas. Una de las condiciones esenciales es que ambas operaciones se efectúen con una exactitud de minutos a las seis en punto y que ambas tengan éxito. Si no es así, tanto la estación inferior como la superior del funicular establecerán contacto por radio y la empresa habrá fracasado.

En medio de aquel trabajo agotador —hace dos noches que no dormimos— nos llega una noticia sensacional: Una radiodifusora de los italianos comunica que en la noche del 9 de setiembre el Duce, a bordo de un barco de guerra italiano, ha llegado a la costa de África, donde, de acuerdo con lo convenido, fué entregado a los aliados.

Esa noticia es alarmante. Inmediatamente se interrumpe el traba »[rt]- Después de aconsejarnos con Kappler, teniendo en cuenta todos los medios de información que poseemos, llegamos a la siguiente conclusión: En la tarde del 8 de setiembre, es decir, antes del armisticio, puede afirmarse con una probabilidad que llega a la certeza que el Duce se encontraba en el Gran Sasso, por lo

menos hasta esa noche. Todas las averiguaciones coinciden en ello; la última es la del doctor Krutow. El viaje de Mussolini, por tierra, a través de la Italia central, por la noche, hubiera debido prolongarse por lo menos hasta la mañana del 9 de setiembre. Pero entonces es imposible que un barco de guerra haya llegado a la costa del África del Norte el mismo día. Sin embargo, la radiodifusora insiste en esa fecha.

Sabemos además que en la noche del 8 al 9 de setiembre la flota italiana ha salido de La Spezia, ocupando la ciudad las tropas alemanas el día 9. Es difícil creer que haya quedado un barco de guerra veloz en el cual pudo embarcar el Duce en algún punto de la costa mediterránea. Hubiera sido necesaria planear y prepara eso con varios días de anticipación. En nuestra opinión, el gobierno Badoglio no tenían ningún motivo para hacer eso.

Los italianos prepararon el armisticio de tal manera que el comando alemán en el Sur viera cortadas sus comunicaciones. Ese fué también el objetivo de los bombardeos aliados sobre Frasead. De acuerdo con esto, el gobierno italiano creyó siempre que el territorio medio de la península quedaría enteramente libre de enemigos. Por consiguiente, no existía ninguna riizón para sacar al Duce del Gran Sasso y exponerlo al peligro de una entrega apresurada. Además el gobierno italiano debía considerar el *Campo Impetatore* como un lugar completamente seguro y a cubierto de cualquier sorpresa.

Convinimos en que esas transmisiones eran simples» globos de ensayo. Pero teníamos que apresurarnos.

Después de una conferencia con el general Student, decidimos no difundirla ni discutirla para evitar rumores desagradables. El mismo día se decidió otra acción para libertad a la esposa y a los hijos de Mussolini que se encuentran en *Rocca delta Camínate.* Estará a cargo del capitán Mandel, de nuestra unidad. Al mismo tiempo sacará a Donna Raquele de su destierro, la conducirá al aeropuerto de Rimini, desde donde, acompañándola siempre, la llevará por avión a Munich. Los acompañarán los hijos más jóvenes: Annamaria y Romano.

Nos deprime que algunos señores de la plana mayor sean tan escépticos respecto a nuestros proyectos y hasta los consideran completamente imposibles. Se intenta convencer a Skorzeny que es imposible emplear los DFS 230 en esas alturas y que además no se ha intentado nunca. La velocidad de aterrizaje será demasiado grande, debido a la débil presión del aire. No tendría ningún efecto el uso de frenos especiales por las mismas razones. Asimismo puede calcularse que se destruirá la mayor parte de las máquinas y los fenómenos términos impedirán, probablemente, que el aterrizaje se efectúe en el lugar y a la hora que se han previsto.

Esa operación significa un suicidio.

El capitán Langguth, que nos da estas explicaciones y que es un perito que ha hecho sus pruebas, calcula que las pérdidas totales alcanzarán al 80 por ciento de la totalidad de los soldados utilizados. Esas medidas se refieren exclusivamente al vuelo o al aterrizaje sin contar las que provengan de la misma lucha. Hace notar que la pradera ofrece una superficie muy pequeña.

Estas objeciones impresionan profundamente a Skorzeny, tanto más cuanto que provienen de un perito experimentado que tomó parte como oficial en el ataque sobre el fuerte belga Ebn Emael.

El oficial explica cuánto tiempo costó y con qué cuidado se preparó ese ataque. El proyecto se ensayó sobre un modelo construido rigurosamente como el original. Hay que tener en cuenta que el objeto de la operación se encontraba a muy poca altura y que ofrecía varias praderas para el aterrizaje.

Finalmente, manifestó que aconsejaría al general Student que se desistiera de ese plan.

Otro oficial de la plana mayor, hombre igualmente de gran experiencia en el frente, insiste en que nuestra fuerza, ciento ocho soldados en total, es demasiado pequeña teniendo en cuenta las pérdidas totales. Por otra parte, no creo que el ataque pueda ser una sorpresa, pues en esas alturas, desconociendo los factores térmicos, no es posible soltar simplemente el planeador. Y si se aterriza en vuelo planeado los italianos tendrían tiempo suficiente para dar la alarma.

También sostiene que protestará ante el general Student contra la ejecución de ese plan.

Skorzeny vuelve bastante deprimido de estas conversaciones. Discutimos el pro y el contra. Naturalmente, tenemos muy en cuenta los argumentos de esos peritos. Las cifras de pérdidas

calculadas nos parecen demasiado altas.

El general nos ha prometido darnos los mejores pilotos que puedan conseguirse. No existe ninguna otra posibilidad de emprender esa acción. Nos encontramos, pues, ante dos posibilidades: o abandonamos el plan libremente o conseguimos permiso del general para efectuarlo, contra la opinión de los peritos.

Pues ahora hay que hacer algo. Skorzeny discute largo rato conmigo acerca de la responsabilidad de iniciar esa empresa. Como oficial cree tener el deber de ejecutar cualquier orden que se le dé, aunque parezca casi imposible. Aunque no exista más que una probabilidad de éxito, el oficial debe intentar aprovecharla. En ese caso tiene la obligación de tomar parte en primera línea y de no obligar a nadie a participar en ella. Sólo los voluntarios, después de enterarse de las dificultades y peligros de la empresa, podrán tomar parte en ella. Esto decidirá el éxito.

Aquella noche el general Student llama a Skorzeny para comunicarle que sus peritos se opone al plan. Desea estudiarlo detenidamente. Mientras tanto, se seguirán considerando los detalles. Mañana se tomará la decisión definitiva. Skorzeny ruega otra vez que no se retire la orden. De lo contrario ya no queda ninguna posibilidad de llevar a cabo lo ordenado en el cuartel general.

En la noche del 10 de setiembre los ataques de los paracaidistas alemanes, desde Ostia hacia Roma, se intensifican.

En las últimas horas de la noche la vanguardia entra en los suburbios del sur de la ciudad. Durante la noche se rompe la última resistencia de las tropas italianas, y por lá mañana tres puntos de Roma se encuentran en poder de los alemanes. Son el Ministerio del Interior, la Dirección General de Correos con las oficinas de teléfonos y la Embajada alemana.

No es posible extender la ocupación por la carencia de tropas alemanas. La entrada segura a la ciudad conduce por la Via Ostia desde el Sur. No se han podido asegurar todavía los caminos de salida del Norte, el Este y el Oeste. Según Algunas informaciones, los italianos han abandonado en parte sus posiciones. Desde las alturas de Frascati, con los anteojos, es posible observar los movimientos de las tropas italianas.

Nos interesa particularmente el recodo en *Cine Cittá.* Ya no se oye el ruido de las armas, aunque ocasionalmente se perciben disparos aislados, probablemente en la ciudad.

En las primeras horas de la mañana, Kappler y Dollmann vuelven a Roma por su propia cuenta y riesgo. En algún lugar encontrarán alojamiento.

Al aclararse la situación en la capital, la empresa del Gran Sasso debe realizarse de inmediato. El general ha dado la orden definitiva.

Nuestra primera obligación consiste en buscar en Roma los oficiales italianos. No queremos prescindir de ellos. Con su presencia confiamos en que las pérdidas queden reducidas a un mínimo. Lo que importa es que lleguen a Frasead de uniforme, retenerlos y decirles lo que deben hacer exactamente en el momento de la partida.

Hay una cuestión importante que el general nos plantea otra vez: ¿Está Mussolini realmente en el Gran Sasso? En los últimos días la situación puede haber cambiado. Aquella parte de Italia no se encuentra bajo la vigilancia alemana. Es decir, que debemos intentar obtener informes en Roma. Skorzeny cree que podemos dirigirnos ahora a alguna personalidad importante de las que se encuentran en nuestro poder o están detenidas por los alemanes.

—Preguntemos al general Senise —opino yo—. Ahora tendrá una nueva oportunidad de demostrarnos su lealtad. Si no ha huido se encontrará todavía en el Ministerio del Interior. En caso de que no aparezca podemos interrogar al propio ministro.

—¿Y si se niegan a hablar?

—Hablará si yo me encargo de eso. Usted puede confiar en mí, cuando yo pregunto me responden. Sólo que tengo, debo pedirle... usted me protegerá si se me reprocha haber sido descortés con él.

—Bien, Radl — dice el general Student —. Vaya a Roma. Es cuestión suya entrar en la ciudad. No sabemos exactamente lo que pasa en *Cine Cittá.* Pregunte al capitán Langguth, quien le dará las últimas informaciones recibidas. Lleve también algunos hombres consigo, no se sabe lo que puede ocurrir en las calles. Fuera de los tres puntos ocupados, no hay soldados alemanes en

Roma. Además tiene usted que pasar por los barrios de trabajadores. Usted deberá traerme la seguridad de que Mussolini se encuentra en el Gran Sasso. Trate usted de estar de vuelta después del mediodía. Vaya primero a la Embajada.

Voy con Skorzeny al lugar donde se encuentra nuestra unidad. Busco un par de hombres fuertes, de esos que no se asustan de nada. Los armo hasta los dientes: pistolas automáticas y de las comunes, además granadas de mano. Para el transporte elegimos un camión italiano para arrastrar piezas de artillería. Tiene seis velocidades y seis ruedas, cada una de las cuales es tan grande como uno de nosotros, pero su velocidad máxima es de 40 kilómetros por hora.

Dispongo de buenos conocimientos acerca de las calles de Roma, que he obtenido durante nuestros viajes de exploración. Se me hace muy largo dar toda la vuelta por la Via Ostia, por lo que enfilo directamente hacia *Cine Cittá.* Mis hombres están entusiasmados: al fin va a pasar algo.

—¡Atención! —exclamó—. Nadie hará uso de sus armas de fuego hasta que yo no empiece!

Les explico que se trata de llegar sin pérdidas a la Embajada alemana. No podemos detenernos en mitad del camino por una emboscada o empezar a tiros. Los italianos no deben impacientarnos. Tenemos que pasar por los barrios de trabajadores. Tal vez nos tiren piedras o nos insulten. Eso no tiene importancia. Puede que nos ataquen por la espalda. Tampoco tiene importancia. Sólo haremos frente si nos encontramos cercados y en peligro de no llegar a la Embajada. Mis hombres pierden un poco las ilusiones. Les hubiera gustado hacer uso de sus armas. Pero se tranquilizan en seguida. Ninguno de ellos ha estado antes en Roma, por lo que no pierden detalle de todo lo que puede observarse por el camino.

En *Cine Cittá* las posiciones no están ocupadas. Ya no existe la guardia que verificaba los pases. Todo está tan tranquilo que da miedo: el campo de aviación, al que llegamos en seguida, los suburbios, las viejas puertas. Nos metemos en el centro de la ciudad sin experimentar ninguna dificultad. Dejamos el Laterán a la izquierda, sin acercarnos, pues debemos seguir en línea recta para llegar a la Embajada.

Está ocupada por soldados alemanes que verifican cuidadosamente todos los pases. Debo dejar a mis hombres en la puerta, entrando al edificio para buscar a Kappler. Este y Dollmann han llegado sin novedad a Roma. Ambos están muy ocupados, actuando como peritos en cuestiones italianas. En el edificio de la embajada se ha establecido ya Un comandante para la ciudad: es el teniente general von Stael.

Explico a Kappler mi intención y le ruego que venga conmigo al Ministerio del Interior, acompañándonos Dollmann, si es posible. Queremos *entrevistar* al general Senise o al ministro del Interior. Entonces se produce la primera dificultad. El teniente general von Stael se ha reservado personalmente cualquier contacto con personalidades italianas del mundo oficial. Kappler me explica esto. Le ruego que hable con el teniente general, sin explicarle el motivo de nuestros deseos. Necesitamos que algunos de esos señores nos informe. Tengo que esperar más de una hora. Mientras tanto, charlo con Kappler y Dollmann.

EL GENERAL SOLETI

¿Dónde están nuestros amigos italianos? No se han presentado. Enviamos a una persona al domicilio de uno de ellos.

—El señor ha desaparecido desde ayer. No hemos visto a ninguno de ellos...

Esto es muy desagradable. ¿De dónde saco ahora yo oficiales italianos? Planteo la cuestión a Kappler.

—Camarada Kappler... ¿Tenemos todavía los uniformes italianos que conseguimos para la tentativa de Maddalena? Creo que usted va tener que venir con nosotros vestido con ese uniforme.

—Yo no puedo hacer eso. No sé qué aspecto tomarán aquí las cosas. La situación es enteramente distinta. Himmler ha nombrado un nuevo jefe que todavía no ha legado. No sé si seguiré siendo agregado de policía o qué pasará. Yo no puedo alejarme ahora.

Es difícil encontrar una salida. Kappler se dirige a hablar nuevamente con el comandante alemán de la ciudad. Debe pedir permiso para entrevistar a Senise o al ministro del Interior sin que

él esté presente. Al principio el teniente general se niega a concedernos autorización. Quiere saber de qué se trata, cosa que nos está prohibido hacer. Pero luego me la concede cuando hago constar que se trata de una orden personal de Hitler.

En seguida subo en el coche con Dollmann y Kappler, y en pocos minutos nos encontramos frente al Ministerio del Interior.

Está completamente rodeado por soldados alemanes.

—Queremos hablar con el general Senise o el ministro del Interior —decimos al comandante del batallón que ocupa el edificio.

Nos responde que no podemos hablar con nadie.

—¿Cómo es eso? Tenemos una autorización especial del teniente general von Stael.

—No digo que no. Lo que pasa es que los hemos mandado todos al diablo...

Al principio no podemos entenderlo. Otra vez nos encontramos solos. Ya no nos queda nada por decir.

Un batallón alemán ocupa el Ministerio del Interior de un país que se encuentra en guerra con Alemania, y en lugar de conservar allí a esas personas para que no se produzcan dificultades en las ciudades o en el campo, los echan a todos, ¡que se vayan a donde quieran!

Nos metemos en nuestro vehículo y seguimos adelante. De repente nuestras miradas observan un grupo de oficiales alemanes que discuten acaloradamente con un señor en civil.

Por los gestos y por la postura puede ser sólo un italiano. Nos detenemos en una esquina. Kappler, vestido con el uniforme de las S.S., se dirige hacia el grupo. Vuelve de inmediato.

—Es el general Soleti, de civil; actualmente manda los carabineros.

—¡Hombre, Kappler! Es la persona que necesitamos.

Kappler se dirige nuevamente al grupo. Me quedo en el vehículo con Dollmann. Desde la esquina, somioculto por la gran rampa de entrada, veo que Kappler se aparta con el italiano y habla vivamente con él. Después se dan la mano. Kappler vuelve hacia nuestro vehículo.

—Me parece que se trata de la única persona sensata aquí. Todavía no lo veo muy claro. Por un lado, es jefe de los carabineros, por el otro lado, parece tener a sus órdenes la policía de la ciudad. Además es general de caballería.

—¿Qué dice sobre el paradero de Mussolini?

—Al principio no quería hablar. No lo sabía. Entonces le expliqué que en caso de negárseme los informes que necesito, estoy autorizado para tomar determinadas medidas. Me dijo entonces que no sabe dónde se encuentra Mussolini. Le pregunté si sabía dónde se encontraba el Duce en la noche del 8 de setiembre. Me dijo que estaba en el hotel *Campo Imperatote,* en el Gran Sasso. Naturalmente, no sabe lo que puede haber pasado en los últimos tres días. Desde la noche del 8 de setiembre, no hay comunicación.

Por lo menos eso es la confirmación de nuestras investigaciones. Lo demás habrá que dejarlo al azar. Una cosa es segura: no he cumplido mis órdenes. Ni tenemos seguridad que Mussolini se encuentre ahora en el Gran Sasso, ni he podido ponerme en contacto con nuestros amigos italianos. Se me ocurre que deberíamos llevar el general Soleti. Cada vez me gusta más la idea. Irá con nosotros de una manera o de otra. ¿Se podrá hacer eso? Cuando llego a Frascati, estoy decidido. Soleti debe venir con nosotros; vale mucho más que nuestros amigos, desconocidos por los carabineros que se encuentran en el Gran Sasso. Cuando la guardia vea a un general en uniforme del cuerpo que les ordena a gritos que no hagan fuego, ninguno de ellos se moverá. Estoy realmente poseído por esa idea. Me apresuro a ver a Skorzeny. Le cuento todo detalladamente y le digo lo que pienso del general.

—Claro está que lo llevaremos con nosotros — dice Skorzeny —. Vamos a ver al general Student.

Pero antes pasamos revista a nuestros hombres. Skorzeny se planta delante de ellos y les dice:

—Dentro de los próximos días tendremos que entrar en batalla, empezando por un desembarco en paracaídas muy peligroso y difícil. Según algunos peritos, debemos contar con un 80 por ciento

de pérdisa totales, sólo en la parte que corresponde a la aviación, sin contar la lucha. En nuestra opinión, las pérdidas no serán tan grandes, pero serán siempre elevadas. Yo mismo y el capitán Radl encabezaremos esta acción. El que está dispuesto a ir con nosotros que levante la mano.

Todos levantaron su brazo con decisión.

Algunos minutos más tarde nos encontramos en presencia del general Student. Para disipar cualquier duda, le informa Skorzeny de la decisión de los soldados y de que todos ellos son voluntarios. Si los paracaidistas tienen objeciones que hacer, nosotros podemos ir solos. Sin embargo, el general ha tomado ya su partido. Se efectuará la operación mañana a las seis de la mañana, lo que quiere decir que además se ocupará la estación inferior *del* funicular y que Mandel sacará a la familia de Mussolini de *Rocca della Caminate.*

—Radl ha encontrado una persona interesante — dice Skorzeni—. Cuéntele lo que dijo Soled...

—Este hombre del Ministerio del Interior es un general de carabineros. Sabía que el Duce se encuentra en el Gran Sasso, o que se encontraba. . . Nos dijo que podía afirmarlo, pues él mismo mandó allí el 8 de setiembre algunos hombres de refuerzo y varias cosas necesarias para tropas de montaña. Según *eso* debemos suponer que la guardia en el Gran Sasso conoce al general Soleti...

Skorzeny retoma el hilo de la conversación:

—Radl tiene una buena idea, mi general. No hemos podido encontrar a nuestros amigos italianos, pero los necesitamos, con uniforme y si son de alta graduación...

El general Student escucha atentamente y levanta la cabeza.

—¿Pretende llevar usted a ese general italiano?

—Exactamente, mi general. ..

—Más despacio, Radl... Usted no puede...

—Claro que puedo.. . Especialmente cuando se trata de la vida de soldados alemanes. Ahorraremos muchas bajas si el general Soleti viene con nosotros.,.

—Debemos pensar cuidadosamente eso... — opinó el general Student—. Sería necesario traerlo aquí para una conferencia.

—Claro, eso sería maravilloso. Invitarlo después a cenar y hacerle beber algo; entonces se quedará a dormir aquí. Mañana por la mañana, antes de la partida, le planteamos el .asunto. Si quiere venir, está bien, si no quiere venir, le llevaremos lo mismo.

—Por lo visto usted cree que todo eso es muy fácil, Radl...

—Es la única manera posible de hacerlo, mi general. Usted debe charlar un rato con el general Soleti. El resto, la comida y la bebida, queda por nuestra cuenta.

—Bueno, Radl, vaya inmediatamente a Roma. Primero trate de encontrar a nuestros amigos italianos. Por supuesto que me gustaría más que fueran ellos y no el general Soleti, pero...

Salgo inmediatamente. Skorzeny se queda con el general Student. En aquellos días, en aquellas horas, los nervios estaban tensos hasta el máximo; como un arco. Hace tiempo que no sabemos lo que es el sueño. En cuanto llego a la Embajada, Kappler envía una persona a buscar a nuestros amigos italianos. En pleno día, de uniforme, me siento en el guardabarros de un auto, que no sé a quién pertenece, y me quedo dormido. Una hora después vuelve el hombre de Kappler. No ha encontrado el menor rastro de nuestros amigos. Es decir, que nuestra última carta es el general Soleti. Me dirijo al Ministerio del Interior. Importa mucho que el general venga con nosotros de uniforme, vestido de civil sólo sería un éxito a medias.

No se encuentra en el Ministerio del Interior. Desesperado empiezo a buscarlo por teléfono. Tengo que encontrarlo. Aparece después de casi dos horas. Se encuentra en una escuela de policía. Me hace decir que estará dentro de media hora delante del ministerio. Aparece en un auto, una limusina *Lancia* y de uniforme. Se me ocurren que he ganado la partida.

Me presento como oficial de ordenanza del general Student, que comanda todas las fuerzas que se encuentran en Roma y sus alrededores.

—El general Student considerará un honor tener en su mesa al general Soleti...

Está dispuesto a ir. Yo vuelvo con el auto a la Embajada y duermo otra vez una hora en el coche, y a la hora convenida paso a buscarlo. Viene con cuatro acompañantes y un intérprete.

Charlando amigablemente llegamos a Frascati. Nos detenemos delante de la *Villa Dusmet,* hago pasar al general a la sala de espera, me disculpo por pocos minutos, pues debo anunciar nuestra llegada.

—¡Hombre, Radl! —exclama el general Student—. ¿No ha recibido el radiograma?

—No, mi general, no sé nada de un radiograma.

—Bueno, eso es... a las tres de la tarde he enviado un radiograma a Roma para que me trajera al general Soleti mañana de tarde, no hoy...

Me acuerdo entonces que no he hablado con nadie en la Embajada. He dormido en el jardín, en el auto.

—Mi general, lo cierto es que Soleti está ahí afuera y espera.

—Bueno.., ¡Déjelo por mi cuenta.

Salgo, ruego al general Soleti que pase, y hago las presentaciones. Soleti dice que ha oído hablar muy bien del general Student, un hombre merecidamente célebre; sabe apreciar el honor que esta entrevista significa. El general Student no se queda corto, y expresa su profundo pesar por la necesidad imperiosa de postergar la conferencia proyectada, pero invita a los italianos a cenar y a beber una copa de vino.

El capitán Radl lo acompañará a usted a Roma, si usted lo desea, le ruego encarecidamente que vuelva mañana para la conferencia.

El general Soleti comprende todo esto. Encantado de quedarse a cenar; naturalmente, volverá mañana de mañana.

Me siento como si me hubieran sacado un peso de encima. Ha salido todo bien.

Llevo a Soleti al casino de oficiales. Le presento la plana mayor del regimiento y más tarde a Skorzeny, cuando éste regresa de Pratica di Mare, adonde fué para dar las últimas órdenes.

A las once y media acompaño, de regreso a Roma, al general. Al llegar al Ministerio del Interior me despido de Soleti. A las siete y media de la mañana me permitiré pasar a buscarlo.

En realidad, pretendo que venga solo, sin los hombres que le vigilaban hoy. Vuelvo a Frascati.

Skorzeny se encuentra entre nuestros hombres, que están en las tiendas. La excitación es demasiado grande para dormir. Entretanto se han repartido los papeles para los oficiales y soldados. Son veintiséis hombres en total. A última hora deben quedarse ocho, pues sólo disponemos d¿ dos planeadores para nosotros.

Aquella misma tarde, Skorzeny y un oficial de S.S. visita al mayor Mors, a pedido del general Student, y le explican el plan de ataque. En ese punto no se ha cambiado nada. Contra lo que se había proyectado al principio, esas tropas no marchan por la Via Tiburtina, demasiado frecuentada y que ofrece mucho peligro, pues es posible vigilar a nuestros hombres. Se elige una ruta que, como no es la directa, exigirá más tiempo, pero los italianos creerán que nuestros batallones van hacia el Sur, hacia el frente de invasión.

Saldrán a las 12 de la noche. Skorzeny pide al mayor Mors que contribuya lealmente al éxito de la operación. Aquel día, cuando se le da a conocer el plan completo de la acción, se entera, por primera vez, el mayor Mors de la orden dada por Hitler el 26 de julio al general Student y a Skorzeny. No se le dice que pertenecemos a las S.S. Para evitar los rozamientos, el general Student ha confiado el mando de la operación sobre la estación inferior del funicular al mayor Mors y la acción en la montaña a Skorzeny, quien tiene además la dirección general de la empresa.

Cuando llegamos a las carpas pregunto a Skorzeny por qué se ha cambiado la hora prevista para la operación: las seis de la mañana. Por ello traje tan temprano al general Soleti.

Me dice que al discutirse finalmente la operación, durante la tarde, el general Student comunicó que, según su plana mayor, los aviones no podrían estar a la hora señalada, llegando a Pratica di Mare sólo en la mañana del 12 de setiembre.

—Nuestro plan se cumplirá ahora a partir de las dos de la tarde. Usted debe llevar a Pratica di

Mare al general Soleti. A más tardar, a las diez de la mañana tendrá lugar la última conferencia.

A las tres y media de la madrugada nos recostamos, pero sin dormir, y dos horas después estamos nuevamente en pie. Necesito dos tazas de café. Pronto llega mi chófer con el coche del Noveno Cuerpo de Aviación, y partimos en busca del general. Me acompaña Warger. Tengo que llevarlo conmigo, pues, con mis conocimientos de italiano, es imposible explicarle al general Soleti que debemos ir a Pratica di Mare.

—Voy a intentar que el general nos acompañe sin escolta —digo a Warger—, pero dudo mucho que lo hoga. No nació ayer. Si insiste en venir con su coche y en que le acompañe personal de su oficina, usted irá con él, yo me adelanto con el nuestro.

Luego de un breve silencio digo al chófer:

—Usted debe avanzar como los bomberos, a cien kilómetros por hora, para que ellos, con su veloz *Lancia,* no se impacienten. Siga usted siempre en medio de la calle, para que no puedan tomar la delantera.

Seguimos viaje y a las siete y media doblamos la esquina del Ministerio del Interior. Bajo de nuestro coche sin descubrir por ninguna parte ni el *Lancia* ni al general Soleti. Pero miro hacia la gran plaza y casi se me caen de asombro los ojos de la cara. Varios cientos, mil, dos mil miembros de la policía municipal de Roma que gesticulan vivamente. Ordeno al chófer que doble la esquina y me espere allí hasta que vuelva.

Nos acercamos al conjunto de policías y vemos que entre ellos se encuentran paracaidistas alemanes, a los que preguntamos el motivo de aquella reunión.

—Pues, los hemos desarmado, mi capitán.

—¿Qué dicen?

—Los hemos desarmado, mi capitán...

—¿Oye usted eso, Warger? Estos desdichados han desarmado a la policía romana. ¡Si es para no creerlo! Han desarmado a la única fuerza que podía garantizar el orden en la capital. ¡Anteayer expulsaron a los empleados del ministerio, en vez de retenerlos, y hoy desarman a la policía...! ¡Warger!— El general Soled no puede enterarse de esto. Venga usted.

Nos metemos en el coche. Lo único que falta es que el general no quisiera venir. Ordeno al chófer que se coloque con su pistola automática en la esquina y que no deje que se acerque al general ningún italiano mientras yo hablo con él. Doy la misma orden a Warger, a quien coloco en la otra esquina. Si el general se entera de esto, no viene. ¡También es cosa de locos!

Me sitúo en medio de la plaza y espero. Son las ocho, son las ocho y media, el general Soleti no aparece. Por la frente me corre un sudor frío. A las diez de la mañana debo estar presente en la conferencia definitiva sobre el ataque. Debo estar allí con el general Soleti, base de nuestra esperanza de que no haya derramamiento de sangre. ¿'Dónde está el general? ¿Habrá pensado mejor las cosas? ¿Tal vez el aplazamiento le ha dado que pensar? ¿'Sabrá ya que se ha desarmado a sus policías?

En aquel momento entra por la plaza un auto que se dirige al ministerio. Me coloco exactamente en el centro de la plaza. El coche se detiene delante mío. Soleti baja del coche cubierto de sudor, casi sin respiración.

—*Scusate, la mía sorella... un bambini... questa marina. .. alle cinque... scusate...*

No creo haber oído bien, por lo que traduzco literalmente palabra por palabra: 'Disculpe usted, mi hermana ha tenido familia, hoy, a las cinco de la mañana, no había medico, ni leche, ni chocolate, ni nada... tuve que ayudarla... disculpe usted."

"¡Vaya, por Dios!', pienso, "¡si no es más que eso!", y quiero acompañarlo hasta nuestro coche. De repente, como si hubiera brotado del suelo, aparece un teniente primero de la policía italiana.

—*Generale, siamo disarmato. .. ¡siamo disarmato!*

Pido en aquel momento que se abra la tierra y me trague. ¿De dónde viene este hombre? Warger se acerca, así como el chófer, ninguno de los dos le ha visto llegar.

—¡Hemos sido desarmados, mi general! —exclama el oficial italiano.

El general Soleti observa al oficial, después a mí.

—En estas circunstancias no puedo acompañarlo. Debe permanecer junto con mis hombres. Eso es imposible.

—Pero mi general... — No me deja proseguir. Está fuera de sí.

—¡Es una locura desarmar a la policía! ¡Eso es imposible! Hágame usted el favor de ir solo.

—Warger, traduzca usted literalmente lo que voy a decir al general.

—Mi general —prosigo tranquilamente, sin levantar la voz—, lo que ha pasado aquí, las medidas que acaban de tomarse, son un verdadero escándalo. Yo mismo pude escuchar ayer cómo el general Student prohibió el desarme de la policía romana e insistió, además, en la necesidad de reforzarla y de colaborar con ella en todo sentido. Es la única garantía de paz y tranquilidad. Se trata de una orden arbitraria del comandante de la ciudad, que deberá responder por ella. El general Student está enterado ya de este incidente. Uno de los motivos principales de su conferencia con el general Student será precisamente la liquidación de este enojoso incidente. Se trata de la seguridad de la capital. Por otra parte, después de haberlo esperado inútilmente dos horas en Frascati, el general Student le ruego que venga conmigo a Pratica di Mare. En lo que respecta al desarme de su policía, se encuentran en camino a esta unidad órdenes satisfactorias.

Warger traduce fluidamente palabra por palabra. Parece que me hubieran sacado un peso de encima, después de haber largado ese discurso. Apenas puedo creer que se me haya ocurrido todo eso, con la nerviosidad que tenía.

Me sacan algo más que un peso de encima, una verdadera montaña, cuando veo que Soleti dice:

—Bien, voy con ustedes, ¿podemos salir en seguida?

—Por supuesto, mi general, si usted quiere acompañarme hasta nuestro coche...

No puedo terminar la frase, pues Soleti me interrumpe,

—Iré en mi coche, además necesito a mi ayudante.

—Mi general, se trata de minutos, no podemos perder tiempo.

—Soy general y necesito que me acompañe mi ayudante durante esa conferencia.

—¿Quién es su ayudante, mi general? Voy a intentar. ..

—Es el coronel Vaselli.

Corro hacia el edificio, donde se encuentra la plana mayor del regimiento de paracaidistas.

—¿Qué desea?

—Vengo a buscar al coronel Vaselli, de la policía.

—Pues no se lo podemos entregar. Está detenido. Los oficiales de la policía italiana han sido desarmados todos y se encuentran el sótano del edificio. No puede usted entrar allí.

—Tengo que hablar con el jefe de esta unidad. Me encuentro aquí cumpliendo órdenes del general Student. Se trata de una orden personal del Führer que he de cumplir. Es cuestión de minutos.

El teniente primero desaparece junto con un capitán, metiéndose en el cuarto del comandante. Después de algunos minutos vuelve uno de ellos; detrás de él aparece el comandante, a quien reitero mi urgencia. Un oficial me acompaña hasta el sótano.

—¡Coronel Vaselli!

Un hombre se levanta. Es un gigante, pues calculo que tiene dos metros de altura y un peso de 110 kilogramos.

Es feliz. Se despide de sus compañeros. Sale conmigo.

El general Soleti se encuentra al lado del coche. Se acerca a Vaselli, se saludan ruidosamente y se besan en las mejillas, lo que es costumbre en el país.

—Mí general, conozco exactamente el camino. Permítame usted que les indique la ruta con mi

coche, que irá adelante. El teniente Warger puede ir con usted, así como su ayudante. Instruya usted, por favor, a su chófer que permanezca siempre detrás mío y lo más cerca posible, eso importa mucho por los puntos en que haya de verificarse quien viaja o el número del vehículo. ¿Podemos salir en seguida?

—¡Salgamos!

Llegamos al aeródromo de Pratica di Mare. Bajo en seguida del coche. Del *Lancia* desciende Warger, detrás Soleti y finalmente Vaselli.

Esto marcha como sobre ruedas. En la calle se encuentran, nuestros hombres, los paracaidistas. Se ha entregado a cada uno armas y municiones, así como las raciones extraordinarias de tres días que preceden a su envío al frente. Pasamos delante de ellos al dirigirnos a las oficinas del aeropuerto, ante las cuales pasean Skorzeny y el general Student.

Elijo la otra entrada y me hago indicar un cuarto vacío. Ya está uno preparado para nosotros. Pido disculpa al general Soleti. Debo avisar inmediatamente al general Student. Mientras tanto, Warger les hará compañía. Me encuentro ante el general y Skorzeny, a quienes cuento todo en estilo telegráfico. También les dos parte del aumento de la familia Soleti y que he prometido mandar un paquete.

—Bien —dice el general Student—. Le darán después algo en los depósitos. Les cuento también que ha venido el coronel Vaselli, pues no pude dejarle en ningún lugar. Pero él no puede tomar parte en la conferencia. Tiene que volver a Roma con el paquete para la joven madre y el vehículo en el que se encuentran los policías, sin que noten nada de lo que se prepara.

En pocos minutos discutimos todas esas cosas. Cuando nos dirigimos hacia el cuarto de conferencias, Skorzeny me agarra de la manga.

—¡Los planeadores no han llegado todavía!

—¡Imposible!

—Pues así es. Sin embargo parecen estar en camino en, alguna parte de Italia...

Al entrar en el cuarto se saludan ambos generales. Soleti presenta al coronel Vaselli. Se le explica que el general Student ha de discutir algo a solas con el general Soleti. Se le ruega que espere en el corredor. Soleti está conforme y Vaselli sale. Nos encontramos solos: los generales Student y Soleti, Skorzeny, Warger y yo. Nuestro comandante empieza a hablar:

—General Soleti, le agradezco que haya venido. Desgraciadamente, entretanto ha ocurrido algo que me obliga a cambiar mis planes. Por el momento, lo más importante es una orden de Adolfo Hitler que he de cumplir. Usted tuvo ayer la amabilidad de darnos algunas indicaciones sobre el paradero de Mussolini. Dentro de muy poco tiempo saldremos para intentar la liberación del Duce. El Führer ha dado personalmente la orden de efectuar esa operación. El Führer conoce ya su nombre y le ruega que nos acompañe. Supongo que usted no tendrá nada en contra, tanto más cuanto que usted en los últimos días de Roma se ha portado muy lealmente... Se ha dado ya orden de anular el desarme de la policía romana, efectuado esta mañana. Por consiguiente, usted nos hará el honor de acompañarnos en su calidad de oficial italiano. Queremos evitar cualquier derramamiento de sangre. Su presencia y sus palabras conducirán a que la guardia desistar de emplear sus armas. Pretendemos conseguir con ello que no haya víctimas en ninguno de los dos bandos. Eso está en el interés de ambos ¿Está usted dispuesto?

Soleti escucha atentamente lo que traduce Warger; después da la mano al general Student:

—Sí, estoy dispuesto.

Todos nos alegramos por la sorpresa. El general Student prosigue hablando:

—General Soleti, ahí está su ayudante, el coronel Vaselli. Le agradecería que lo mandase de vuelta a Roma, ordenándole que le espere a usted allí. Dígale que probablemente nuestra conferencia se prolongará hasta la tarde, y ni una palabra, por favor, de nuestra empresa. El capitán Radl se encargará que el coronel Vaselli lleve un paquete para su señora hermana.

Luego se dirige a mí:

—Radl, que le entreguen un paquete de los que se dan a los paracaidistas que van para el frente y envíelo usted con el coronel Vaselli a Roma. General Soleti, usted deberá disculparme

ahora, debo asistir a una conferencia, ya nos volveremos a ver.

El general Student sale del cuarto, Skorzeny, Warger y yo permanecemos allí todavía. Hago entrar a Vaselli. El general Soleti le dice que la conferencia durará tal vez hasta las primeras horas de la noche. No habla una palabra acerca de nuestros proyectos, lo que nos produce una nueva satisfacción. Ruego al coronel que venga conmigo. Se despide del general, quien le pide que se haga cargo de su hermana y que vaya inmediatamente a visitarla. Acompaño a Vaselli hasta el vehículo, pidiéndole que me espere un momento, mientras hago preparar el paquete. Me dirijo a la oficina del hombre que se encarga de repartir las raciones extraordinarias que se dan a los paracaidistas antes de salir para el frente. Se ocupa además de la alimentación del personal del aeropuerto.

—Buenos días, por orden del general Student, necesito que me dé un poco de manteca, jamón, chocolate y leche condensada...

Vuelvo a las oficinas de la administración del aeropuerto.

—Warger, puede usted retirarse, yo haré compañía al general Soleti. ¿Me permite usted que le haga compañía mientras tanto, mi general? ¿No le parece que podríamos tomar ahora un pequeño desayuno? Personalmente, tengo un hambre de lobo.

—Con mucho gusto.

Nos sentamos a la mesa. La conversación es un poco difícil, pues mi italiano es bastante pobre. Más que otra cosa nos enseñamos idiomas el uno al otro. Pero, el mejor humor se hace aun más jovial cuando llegan los comestibles. El general tiene tanta hambre como yo. Comemos hasta que no va más. Warger se presenta, come dos panecillos y se va. Quería saber como nos las arreglábamos mutuamente. No está muy convencido de mis conocimientos de italiano. En cuanto nos quedamos solos, se produce algún barullo en las oficinas del aeropuerto, se oye ruido de motores, todos corren en la misma dirección y se detienen para examinar el cielo.

Llegan nuestros planeadores, arrastrados por pequeños biplanos que parecen caerse en pedazos. Dan vueltas sobre el aeródromo; los planeadores flotan y aterrizan uno por uno.

Los biplanos que los arrastraban dan una vuelta más sobre el aeródromo y aterrizan también. Nuestro transportes han llegado finalmente. Parece que todo empezara a marchar bien. El general Soleti estudia desde la ventana, a mi lado, aquel espectáculo, que parece gustarle.

—¿Para qué son estas máquinas? —me pregunta el general.

—Con ellas saldremos dentro de poco. Esos son los aviones que han de transportarnos, mi general.

Me mira incrédulamente; cree que pretendo tomarle el pelo.

—El Duce se encuentra en el Gran Sasso, a tres mil metros de altura, entre rocas y altas montañas. ¿Para qué sirven los aviones?

—Pues, allí aterrizaremos exactamente como lo han hecho aquí.

—Eso no es posible, allí no hay más que rocas.

—*Sin* embargo, hemos encontrado allí algunas pequeñas praderas, sobre las que aterrizaremos. Como se encuentra a tres mil metros de altura, no se puede subir con autos, por consiguiente hemos de volar.

Volvemos al cuarto. Hace mucho calor, pues se acerca el mediodía. En el cielo no hay ninguna nube. No aparece ningún tema nuevo de conversación.

El general Soleti va de un lado para otro, empieza a sudar copiosamente, se sienta y se pone pálido como la cera.

—Mi general, ¿qué le pasa? ¿No se siente usted bien?

—Estoy enfermo, padezco del estómago, ¿puedo echarme allí un rato?

—Naturalmente, mí general, ¿quiere usted que llame un médico?

—No, gracias, siento esto a menudo después de la comida, que fué excesiva, de noche y a la mañana... además la panceta. ¿'No le molesta a usted que me saque el cuello?

—Pero, mi general, proceda usted como mejor la parezca, póngase cómodo.

El general Soleti se encuentra en una cama de campaña, pálido, sudorosa la frente. Salgo a la puerta y llamo a Warger.

—Dígale al doctor Brunner que venga.

Es nuestro médico que nos acompañará con la compañía de von Berlepsch. En poco minutos aparece en el cuarto.

—Doctor Brunner, el general no se siente bien, parece que algo anda mal con el estómago. Por lo menos dijo algo de *stomacco,* que significa eso. ¿Verdad?

—Bueno, le daremos dos *gelonida stomatica* — dice el doctor Brunner.

Manda traer un vaso de agua y da a Soleti dos tabletas. El general se las traga y se echa otra vez en la cama. En aquel momento se me llama para la conferencia.

Warger, usted se queda con el general. —Luego llamo aparte a mi subordinado y agrego—: No le deje usted salir del cuarto, entiéndalo usted bien, si tiene que ir al baño, acompáñelo usted y tráigalo de vuelta.

En otro cuarto de las oficinas de la administración del aeródromo se han reunido los pilotos, los oficiales y suboficiales que von Berlepsch ha elegido para la empresa, el general Student y algunos de los oficiales de su plana mayor, Skorzeny y yo. La habitación mide unos cuatro metros de ancho por otros tantos de largo. Hay sólo una mesa de madera, bastante groseramente hecha, y cuatro o cinco sillas que nadie utiliza.. De uno de los muros, cerca de la ventana, cuelga un detallado mapa del Gran Sasso. Al lado se encuentra un dibujo más grande del *Hotel Campo Imperatore* con la región que lo rodea. El general Student toma la palabra:

—Señores, dentro de muy pocos minutos saldrán ustedes para tomar parte en una empresa enteramente fuera de lo común. Ustedes están considerados como los mejores pilotos de que disponemos; ustedes, los oficiales, como los más valientes. Están ustedes acostumbrados a ser enviados a los puestos de mayor peligro. Pero aquí se trata de un plan que deberá llevarse a cabo a una altura acerca de la cual no existen experiencias hasta ahora. Exigirá toda la habilidad y todo el corazón de ustedes. Además, esta empresa tiene algo de extraordinario en que no se trata de obtener ninguna ventaja estratégica o de derrotar a algún enemigo. Exijo de cada uno de ustedes que hasta el aterrizaje no se hable una palabra del objeto de este ataque. Es necesario mantenerlo secreto. En julio, el Führer orden a Skorzeny y a mí que libertáramos al Duce. Ustedes se preparan para hacer eso. Lo libertarán ustedes hoy. Espero que cada uno de ustedes contribuya con todas sus fuerzas al éxito y les deseo la mejor suerte de las armas. El capitán Skorzeny les explicará ahora el plan. Previamente se les describirá el terreno. Ahí está el mapa.

Cuando termina la conferencia, voy a ver cómo sigue el general Soleti. Ha mejorado mucho entre tanto: está levantado y perfectamente bien.

—Este doctor Brunner debe tener tabletas milagrosas.

Warger se ha retirado; tiene que hablar con el jefe, pues siempre queda algo por discutir. Yo también tengo que charlar algunas cosas con él.

El general Soleti desea pasear un poco al aire libre, cosa que también me hace falta a mí. Salimos juntos y empezamos a caminar delante de los edificios de la administración del aeródromo. Ha aumentado bastante la tensión. Los nervios parecen un motor que funcionara a un alto número de revoluciones. Vuelvo la *cabeza pata* ver al general Soleti. Se ha sentado en una silla y mantiene la mano sobre el pecho.

—Creo que voy a tener un ataque al corazón. Llame usted al médico, por favor — me dice.

En seguida aparece el doctor Brunner. Lleva al general al cuarto fresco y se ocupa de él. Casi en seguida desaparece el malestar. Se acerca la hora de salida. Skorzeny me llama otra vez para hablar conmigo: sólo un par de palabras, lo demás ya está claro.

—En cuanto llegues, trata de buscarme, vete corriendo hacia el hotel, no te preocupes absolutamente nada más que de eso.

Llega un oficial para anunciarnos que se aproxima una fuerte escuadrilla enemiga desde África del Norte. El ataque durará probablemente veinte o treinta minutos.

—¡Maldición! Eso coincide con nuestra hora de salida, ¡a ver si pasa algo ahora...!

No hay más que una solución: salir inmediatamente para que no nos encuentren aquí esos bombarderos enemigos.

Echamos todos a correr apresuradamente.

—¡Todo el mundo a los planeadores! ¡Salimos dentro de diez minutos!

¡HACIA LA PRISIÓN DEL DUCE!

Todos mis hombres se encuentran ya reunidos delante del planeador: Menzel, Holzer, Glaessner... Probablemente es la primera tripulación que se encuentra en su puesto. Previamente he sacado al general Soleti, encargando a Warger y a Schwedt de su cuidado.

—Mi general, usted volará con el capitán Skorzeny y estos dos oficiales. ¡Mucha suerte! —Y lo entrego a los dos hombres.

Me planto con Menzel delante de nuestra máquina, la número 4. Nuestros hombres empiezan a entrar.

Siento de repente la necesidad de efectuar un acto fisiológico, a pesar de lo cual no puedo correr. ¡Qué tontería! Nunca he padecido de la vejiga. Tengo que hacerlo detrás del planeador. Me avergüenzo realmente. A Ulli le pasa exactamente lo mismo. Cuando hemos terminado, charlamos y nos fijamos en lo que pasa alrededor de las otras máquinas.

¿Qué ocurre en la 3? Allí parece haber jaleo. Por lo visto, el general Soleti no ha creído nunca que volaríamos sobre la montaña. Pero cuando comprende que va en serio, lo piensa mejor.

—Yo no voy, no puedo hacer eso, es imposible aterrizar con esa máquina sobre la montaña —dice y quiere echar a correr—. ¡Déjenme! Soy general, yo no voy, eso equivale a un suicidio. ¡Mi mujer, mis hijos!

Sehwerdt y Warger le agarran de un brazo cada uno sin soltarlo.

—¡Suéltenme! —grita Soleti.

Y como no se desprenden de él, agarra su pistola y se la coloca con la velocidad del rayo sobre la sien. De atrás le golpean fuertemente la mano. Skorzeny le ha pegado, consiguiendo que el arma caiga al suelo. Warger y Schwerdt disminuyen un poco la presión. Skorzeny advierte:

—Venga usted, mi general. Todos nosotros vamos...

Entonces el general Soleti mete la mano en el bolsillo del pantalón, saca una pistola pequeña y quiere, como antes, ponérsela en las sienes. Se la arrancan de la mano. Se echa a tierra, se agarra con las uñas a las hierbas, al suelo.

—No, no voy, eso es un disparate...

Es imposible levantarlo con las manos. Se levanta o, mejor dicho, alguien le ha obligado a levantarse. Warger y Schwerd lo agarran nuevamente, lo arrastran y lo meten en el planeador. En seguida suben los otros soldados, sólo Skorzeny permanece afuera.

Dan la señal de salida. ¡Adentro! Todo se obscurece. La vista debe acostumbrarse primero a esa oscuridad. Sin embargo, desde el asiento del piloto llega suficiente luz. Sólo es la reacción después de la iluminación intensa del mediodía en el aeródromo. De repente, el planeador se mueve convulsivamente, se arrastra por el suelo, que parece muy irregular, lo que ya habíamos advertido al despegar o aterrizar otras veces. Prosigue aquel deslizamiento hasta que despegamos y flotamos en el aire. Damos vuelta al aeródromo y arrojamos el tren de aterrizaje. Nosotros no podremos planear una distancia muy grande, porque iríamos a parar a un precipicio. Por ello se han recubierto los patines con una espesa capa de alambre de púa. De ahí que se producirá un choque al aterrizar y probablemente la rotura completa de la máquina.

Hasta ahora todo marcha de acuerdo exactamente a lo previsto. El oficial de enlace vuela en un avión que no remolca un planeador. Conoce la ruta y el terreno por nuestras fotografías. Desde su máquina puede observar perfectamente el territorio sobre el que volamos, lo que es imposible para nosotros, pues los planeadores no tienen ventanillas. Es decir, que en el primer avión va el capitán

Langguth. Le siguen doce aviones, cada uno arrastrando un planeador, en el orden de su número, como se ha previsto. Observo continuamente por la rendija para ver cuanto sea posible. Seguimos ascendiendo, pues hemos de subir hasta los cuatro mil metros de altura. Al llegar a la meta descenderemos hasta tres mil metros, para no tener más que un planeo de un kilómetro.

El hotel se encuentra a una altura aproximada de dos mil doscientos metros. Al norte, una pared vertical conduce al *Corpo Grande,* de 2.914 metros de altura.

Cuando miro otra vez por la rendija, veo que por debajo pasa muy lentamente uno de nuestros planeadores. Por lo menos debe encontrarse a doscientos metros más abajo. ¿Qué pasa? ¿Qué número será? Es imposible establecerlo. Parece seguir perdiendo altura. Delante nuestro vuela el planeador número 3.

Algo ha cambiado delante de la máquina 3. ¿Dónde están la 1 y la 2? Falta también el avión sin planeador que conduce al capitán Langguth. Es una situación desagradable. Eso significa cambiar todo lo previsto. ¿Qué habrá pasado?

* * *

Skorzeny habla con el piloto de su avión, el teniente Meyer-Wehner.

—Meyer, desde ahora seremos la primera máquina, en lugar de la tercera. Tal vez tengamos que aterrizar de otra manera. Si no se nos pone alguna otra máquina por delante, debemos aterrizar lo más cerca posible del hotel.

Meyer hace una señal de asentimiento.

En nuestra máquina ha empeorado mucho la calidad del aire. Los hombres han comido demasiado en el aeródromo: jamón, embutidos y chocolate. También han bebido algo. Esa es la ración común que se da a los paracaidistas, pero ahora se sienten mal y algunos vomitan. Volar en planeador no es cosa para todos.

Nos metemos otra vez entre las nubes. Todavía estamos a cuatro mil metros de altura. Miro hacia abajo y descubro el valle que conduce a Assergí. Observo la hora: faltan cinco minutos para las dos. ¡Maldición!, ya estamos allí. Allá abajo marcha una columna de vehículos, veo la nube de polvo que levantan. Debe ser el mayor Mors con sus hombres. Han sido muy puntuales.

Faltan todavía cuatro minutos. Mi piloto hace señales para que mire hacía adelante. Nos encontramos todavía a cuatro mil metros, cuando deberíamos estar ya a tres mil. Falta la máquina del capitán Langguth, así como los dos primeros planeadores. El plan ha experimentado algunas modificaciones. El avión que se encuentra delante nuestro ha soltado su planeador. Ha llegado la hora. Delante de nosotros cae el planeador, hundiéndose casi verticalmente. Se me hiela la sangre en las venas, casi creo que caemos nosotros mismos. El piloto me mira. Con la mano indica la caída vertical que prohibió el general Student. Me sigue mirando, mientras, en una fracción de segundo, pienso que Skorzeny se ha vuelto loco.

¿Qué hacer? Casi mecánicamente hago la misma señal; el piloto agarra el bastón de mando y también nosotros caemos verticalmente. Descendemos a través de un pozo en las nubes, caemos desde el cielo, desde los cúmulos. Detrás de nosotros, todos los aviones que se encuentran allí han soltado los planeadores. Como sombras, aparecen y desaparecen delante de nosotros girones de nubes y montones de rocas. Todo el planeador tiembla y vibra. Entonces oigo la voz de nuestro piloto que nos ordena agarrarnos bien.

Los hombres están sentados sobre el banco que corre a lo largo de la máquina. Como yo he sido el último en subir, estoy sentado de costado, dando la espalda al ala izquierda. Cuando oigo la orden de agarrarse, pienso, con la velocidad del rayo, cómo me arrojaré de la máquina, sí pasa algo. Es enteramente de madera. Pero no llego a terminar de pensar mis ideas. Caemos con la velocidad del rayo y golpeamos contra el suelo. Un fuerte golpe hace temblar todo el planeador, saltamos por el aire, golpeamos otra vez sobre el suelo y nos indinamos lentamente hacia atrás, hacia el ala izquierda. En ese momento la excitación llega su punto culminante.

¿Hacia dónde nos inclinamos: un metros, dos o quinientos metros más abajo, hacia el abismo? Pero no nos movemos; se hace la luz, la puerta se ha caído, el lado izquierdo ha saltado en pedazos.

No necesitamos descender, basta salir. Me ciega la luz del sol. Al mirar hacia el hotel, descubro

a Skorzeny que, seguido por dos o tres hombres y el general Soleti, corre hacia la puerta. No pasa nada.

En el primer piso del hotel se abre una ventana. Aparece *en* ella el Duce mirando hacia abajo, hacia nosotros. Ahora sabemos que se encuentra allí.

—¡Allí está el Duce! —grito—. ¡Que me sigan todos! ¡Duce! ¡Ahí vamos!

Mussolini no puede oírnos, pero, ¿quién piensa en eso ahora? Ulli Menzel se detiene un segundo:

—¡Salud, Duce!

Quiere seguir corriendo, se cae y queda en el suelo. Debemos dejarlo allí. Tenemos que apurarnos para llegar hasta la puerta del hotel, donde Skorzeny se abre camino entre los carabineros que pretenden salir...

* * *

Pero, para hacer un relato ordenado de los acontecimientos, retrocedamos hasta el momento en que Skorzeny dispone el aterrizaje.

Cuando nuestro jefe observó que no había ningún planeador delante del suyo, creyó que estaba solo y que debía confiar exclusivamente en sus propias fuerzas. Sin embargo, sabía que mi aparato volaba detrás del suyo y que yo lo apoyaría en todos sus movimientos.

Skorzeny volaba exactamente encima del *Hotel Campo Imperatore* y podía ver allá abajo, en la estación del funicular, la nube de polvo que levantan los vehículos de la columna que comanda el mayor Mors.

Ha llegado el momento del asalto y da al piloto de su planeador la señal de arrojarse. Mientras caen, Skorzeny observa con horror que nuestra supuesta choza es un obstáculo para el aterrizaje mucho más importante de lo previsto. ¡Es necesario tocar tierra lo más cerca posible del edificio del hotel, y lo hacen a unos 15 ó 20 metros de la entrada principal.

Inmediatamente de tocar bruscamente tierra, un hombre-se sitúa junta a la ametralladora instalada en la cola del planeador. Constituye esta arma la única de que se dispone para cubrir el asalto, pues faltan los planeadores número 1 y 2. Skorzeny agrupa a sus hombres y todos echan a correr hacia el hotel. De repente aparecen carabineros. El general Soleti les grita que no hagan fuego. Los carabineros no se mueven. Sin preocuparse por ellos, el jefe y sus hombres siguen-adelante. Abren una puerta: es el cuarto del telegrafista. Un soldado italiano atiende los aparatos. Se levanta velozmente, de un salto. Pero dos o tres golpes dados con la culata de una pistola automática bastan para que el transmisor quede inservible. Ahora no pueden pedir auxilio. ¡Asunto liquidado! Aparece otro grupo de soldados italianos, por uno de los extremos del edificio. El general Soleti les ordena a gritos otra vez que no hagan fuego. Estos tampoco se mueven.

Se eleva allí un muro de cemento de dos metros de altura. Skorzeny sube apoyándose en los hombros de uno de nuestros soldados, y casi en seguida se encuentran todos en la terraza, delante del hotel, desde donde pretenden llegar hasta la puerta principal.

Todas estas acciones se han realizado con rapidez fulmínea, y éste es el preciso instante en que el planeador número 3, a cuyo bordo me encuentro, comienza su vertiginoso descenso.

La máquina cae verticalmente, apoyándose en el paracaídas que ha sido desplegado. En el momento en que abandonamos el destruido planeador y corremos a reunimos con Skorzeny, escuchamos que el jefe grita a Mussolini:

—¡Apártese de la ventana, Duce! ¡Adentro Duce! Skorzeny teme aún que pueda producirse un tiroteo, de irreparables consecuencias.

Mí grupo sigue avanzando hacia el hotel. Menzel ha quedado tendido en el suelo. Metió el pie en un pozo cubierto de hierba y se ha lesionado un tobillo. Antes de que nosotros alcancemos la entrada principal, Skorzeny se ha abierto camino hacia dentro del hotel, pasando junto a los atónitos carabineros, que no han hecho uso de sus armas. Los italianos han perdido la cabeza, y hasta los que estaban echando una siesta comienzan a salir del edificio. Algunos empuñan pistolas automáticas; otros están desarmados. Pero todos se inhiben para la acción ante la exhortación del general Soleti, a quien muchos de ellos conocen personalmente.

Skorzeny y Schwerdt trepan a grandes zancadas por la escalera principal. Abren una puerta: en ese cuarto encuentran a Mussolini. Con él se hallan dos oficiales italianos y un civil, que echan a correr. Entonces quedan solos.

—¡Duce! El Führer nos manda para libertarlo.

Mussolini está profundamente conmovido y contesta:

—Sabía que el Führer no me dejaría en la estacada.

Estrecha la mano de Skorzeny, lo abraza y lo besa en la mejilla. Lo mismo hace conmigo, Schwerdt y Warger. Es imposible describir lo que sentimos en aquel momento. Con la alegría y el orgullo, se mezcla la satisfacción por ese saludo de un hombre que ha dejado una huella indeleble en la historia del mundo. Hemos salido con vida de la difícil empresa y logrado nuestro objetivo sin disparar un tiro…

Skorzeny hace llamar al comandante italiano, un teniente coronel. Le dice que debe entregar aquella posición. Esperamos refuerzos, que ya están en camino. Por otra parte, la estación del funicular ha sido ocupada.

El teniente coronel pide que se conceda tiempo para pensarlo: quiere hablar con el general Soleti y con el señor vestido de civil, que entra en aquel momento por la puerta. Es el general Cueli, cuyo radiograma nos puso sobre la pista, Skorzeny concede al teniente coronel un minuto, en el momento en que advierte que afuera se producen novedades.

Alrededor del hotel se han disparado algunos tiros. Nadie sabe cómo ha ocurrido, y hasta hoy no ha podido aclararse quién tiró, por qué y hacia dónde. Tampoco hay que lamentar ningún herido. Es difícil para un soldado tomar parte en una operación tan excitante y dejar de hacer fuego. Pero ese incidente llega en un momento muy oportuno.

—Bajo su responsabilidad — dice Skorzeny al teniente coronel —, pueden tomarse un minutos para deliberar.

Abandona la habitación para volver inmediatamente anunciando que se entrega con sus hombres. Salimos del cuarto acompañados por él.

Ordenadamente, los soldados depositan sus armas en el lugar fijado, delante del hotel. Luego, Warger los conduce al comedor grande. Aquello parece un parlamento. Warger no sabe lo que les ha de decir, por lo que les da una larga conferencia sobre sus excursiones alpinas. Si le preguntan algo, responde lo mejor que puede. El teniente coronel trae una copa grande llena de vino tinto, que entrega a Skorzeny; éste toma un trago y me la alcanza. Tengo mucha sed, por lo que bebo hasta el fondo. El teniente coronel hubiera deseado que le dejase algo. Ha tenido mala suerte. Probablemente pensará que soy un mal educado.

Delante del hotel examinamos rápidamente otra vez el terreno. Por todas partes se ven nuestros planeadores, ocho en total. En el de Skorzeny, la ametralladora que se había colocado en la cola para protegerlo durante el desembarco, está cortada como con una navaja. Mi máquina voló sobre ella a tan poca altura que sus hombres debieron bajar la cabeza, de lo contrario se la hubiera cortado como la ametralladora. Desde la ventana, frente al profundo precipicio, observamos un planeador que choca contra la pared de rocas, precipitándose a tierra, unos tres minutos después de nuestro aterrizaje. Observamos los restos del aparato con los anteojos. Vemos algunos soldados que yacen sobre los cantos rodados; unos pocos se arrastran trabajosamente por el suelo. Warger forma un grupo de salvamento con paracaidistas alemanes y soldados italianos, que se presentan voluntariamente. Todos quieren ayudar en algo sin que se oiga un reproche por ninguna parte. Es decir, que han aterrizado felizmente ocho máquinas, una ha tenido un accidente, faltan tres; tampoco aparece el avión con el capitán Langguth.

Ha terminado exitosamente la parte principal de la empresa, sin necesidad de lucha. Queda todavía el último acto. El hotel y las dos estaciones del funicular están completamente en nuestras manos. Se ha establecido la comunicación telefónica con la estación inferior del funicular. Allí tampoco se produjeron dificultades. Se conquistó la entrada inferior del funicular después de una corta lucha. Los italianos tuvieron uno o dos muertos, de nuestro lado no hubo que lamentar pérdidas. La vanguardia tomó por asalto y por sorpresa la barrera de la entrada al valle, quedando así libre el camino. Por radio se comunica a Roma el éxito de la operación, acusando recibo de nuestro despacho.

Vamos a sacar al Duce pasando por Aquila. Por ello se envía un radio a Roma: *Para el plan B esperar aviso nueva hora Y,* con lo queremos indicar el momento en el que ha de aparecer el He III sobre el aeródromo de Aquila. Pero cuando queremos avisar que el avión ha de llegar allí a las cuatro y medía de la tarde, se nos anuncia que no es posible restablecer la comunicación con Roma.

Como por arte de magia, aparece sobre el Gran Sasso el *Fieseler Storch.* Lo pilotea el capitán Gerlach, piloto personal del general Student, con el que nos entendemos muy bien y con el que hemos pasado horas muy agradables. Son las Y horas + 20 minutos, exactamente de acuerdo con el plan. Da varías vueltas sobre el hotel y se apresta a aterrizar. Consigue hacerlo muy cerca del edificio, a pesar de los cantos rodados y de las piedras. Gerlach desciende inmediatamente del aparato y se apresura a examinar el lugar. ¿Podrá despegar otra vez? Es sumamente difícil. Los otros pilotos discuten el punto.

Llega un aviso telefónico desde la estación inferior del funicular. Allí abajo acaba de aterrizar el otro *Storch,* aunque "se ha roto una pierna". Eso significa que está estropeado el tren de aterrizaje. Eso provoca la decisión.

—Puedo hacerlo... — exclama Gerlach —. Podremos despegar. ..

Todos deben contribuir con su trabajo a construir una pequeña pista. Es necesario eliminar las piedras y los cantos rodados. Como no existe ninguna superficie plana, el avión debe despegar hacia abajo. Todos ayudan, tanto los alemanes como los italianos.

Entre tanto Skorzeny se ha apartado a un lado conmigo.

—Vaya a acompañar al Duce. Eche afuera a todos los que están allí y quédese solo con él. Probablemente el Duce ha escrito un diario. Es necesario conservarlo, es decir, usted se encargará de que no desaparezca. Fíjese bien cuando se hagan las valijas. Hable usted con el Duce como hemos convenido ya.

Skorzeny se refiere a lo que hemos llamado "reglas de conversación". Desde hace varias semanas hemos preguntado a Himmler y al cuartel general cómo y de qué hemos de hablar con el Duce y sobre qué nos está prohibido hablar. Supusimos que Mussolini nos plantearía muchas preguntas de orden militar y otras de carácter político. Al advertir al Duce que le libertábamos por orden del Führer, supondría el jefe del gobierno italiano que Hitler no habría encomendado esa misión a idiotas consumados, por lo que se creería autorizado a hablar con ellos de cualquier cuestión que le interesase.

Como nosotros no conocemos el futuro desarrollo de las cosas ni el camino que toman, quisimos que el cuartel general nos diera alguna indicación. Sabemos que Mussolini inmediatamente después de su liberación visitará a Hitler. Ambos hombres de estado, al tocar un tema cualquiera, podrán tener opiniones enteramente distintas, expresando Mussolini opiniones que pudieran ser desagradables para el Führer y afirmar que *sus mismos hombres me lo han dicho.* Queremos evitar eso.

Pero como no se nos quiso dar instrucciones al respecto, convinimos con el general Student que, en lo posible, nadie hablaría con el Duce fuera de Skorzeny o yo.

Tengo además que conducir las conversaciones a medida que van apareciendo los temas. En general, cuando se me pregunte, describiré las cosas exactamente como son.

EL DUCE ENJUICIA AL REY

Me dirijo al cuarto del Duce y pido a todos los presentes que se retiren. Se encuentra allí también el general Soleti. El Duce no lo ha saludado muy vivamente cuando entró. El jefe de los carabineros se sentó en una esquina y empezó a sollozar. Comprendemos que es una reacción nerviosa. Tampoco a nosotros nos ha dejado completamente fríos esta empresa.

Me quedo solo con Mussolini. Me presenta al teniente Faiola. Es un valiente oficial italiano. Sobre el pecho, además de las condecoraciones italianas, tiene la cruz de hierro alemana de primera y segunda clase. Las ganó en Tobruk, donde fué gravemente herido por una bala que le dio en la mandíbula.

Lentamente se entabla la conversación. Mussolini habla de su hijo Bruno, caído en esta guerra. Sobre la mesa, rodeada de un crespón negro, está su fotografía. El cuarto está muy sencillamente amueblado: una mesa, dos sillas, una cama, un baúl y un vargueño. Eso es todo.

El Duce no tiene buen aspecto. Sus ojos están profundamente hundidos, las mejillas lo mismo. Además está muy mal afeitado. Mussolini reinicia la conversación; escucho atentamente sus palabras, atendiendo al tono con que las dice. Quiero saber si, realmente, expresan lo que siente. Habla un alemán correctísimo, aunque no le falta el acento italiano. Pero lo que me sorprende es que no comete errores gramaticales. No cae ni siquiera en faltas que yo hago diez veces al día. Me he propuesto decir abiertamente al Duce la verdad, lo que hemos observado en Italia.

—¿Qué pasa en Roma? —pregunta el Duce iniciando la conversación—. ¿Qué hacen mis romanos?

—Sus romanos se dedican al pillaje, Duce...

—¿Qué está usted diciendo?... No me refiero a esa clase de gente...

—Duce, eso ocurre en cualquier gran ciudad cuando se produce un cambio político...

—¿Qué hacen los fascistas en Roma? A ellos me refiero.

—Parece que ya no existen ninguno... De lo contrario no hubieran desaparecido tan absolutamente. Hemos encontrado sólo muy pocos: un coronel de la defensa antiaérea, otro coronel, dos civiles. Fueron los únicos que quisieron ayudarnos. Pero, anteayer y ayer, cuando los buscamos, también habían desaparecido. También Scorza nos ha desilusionado en parte. Pero creo que la policía lo golpeó y atormentó.

—¿ Ya nadie más...?

—Sí, a Ettore Muti lo mataron a tiros en la calle. Los otros, ¡Dios mío!, han desaparecido todos. No queda nadie en Roma partidario del fascismo. Tampoco Sforza, Duce, que ha huido.

—¿Qué hace Ciano?

—Fué enviado a Alemania. No sé nada más.

—¿Qué opinión tiene usted de él?

—Lo peor que puedo tener de una persona, Duce. Lo desprecio, y es la única persona a la que podría matar fríamente a tiros.

—¿Qué hace Ciano en Alemania?

—No lo sé, Duce, no lo sé... tal vez. .. Está allí con Edda y sus hijos. Pero, otra cosa, Duce. ¿Cómo pudo ocurrir todo esto? ¿Cómo pudo salir todo tan mal? No lo entiendo.

Skorzeny entra y me interrumpe.

—Dentro de una media hora, Duce, saldremos de aquí en avión.

—¿Desde aquí? Desde aquí no se puede salir en avión.

—Se puede salir perfectamente. Un *Fieseler Stotch* acaba de aterrizar aquí. Con él saldremos para Roma y desde allí iremos a ver al Führer.

—Preferiría ir a Rocca della Camínate para reunirme con mi esposa. Quisiera descansar algunos días; después visitaré al Führer. Lléveme usted a Rocca déla Camínate.

—Eso es un poco difícil, Duce; por lo demás, su esposa se encuentra ya en Munich, donde le espera.

—¿Está en Munich mi esposa? ¿Desde cuándo?

—Duce, su esposa, junto con Annamaria y Romano, acompañados por un capitán de nuestras fuerzas, salieron hoy al mediodía para Munich.

—Por lo menos, quisiera llevar mis cosas a Rocca y quedarme allí un día.

—Duce, lo que digo y hago es una orden expresa del Führer, quien desea que vaya hoy mismo con usted a Alemania. Ayúdeme usted a cumplir una orden.

—Bien, si el Führer lo desea, tendrá razón. Voy con ustedes. Señor Radl, tenga usted la

bondad de transportar mí equipaje personalmente a Rocca. Yo llevaré lo estrictamente necesario en la valija pequeña. El teniente Faiola se encargará de eso, si usted no tiene inconveniente.

—Naturalmente, Duce, el teniente Faiola puede estar siempre presente.

El oficial italiano empieza a meter las cosas en la valija. Como Skorzeny no se retira, el Duce empieza a hablar;

—Sabía que el Führer no me olvidaría. He tenido siempre esa impresión, también hoy por la tarde. Los aliados querían que los italianos me entregaran. Estaban prontos para ello, pero nunca hubieran podido entregarme vivo. El teniente Faiola me había jurado eso. Estaba convenido. ¿No es cierto, Faiola?

El teniente asiente con la cabeza sin decir una palabra. Se siente feliz al pode restar allí.

—La guardia tenía orden de matarme si se hacía alguna tentativa de liberación. ¡Pero todo ocurrió tan rápidamente! Los soldados me lo han contado. Entre ellos hay algunos viejos fascistas. Han cumplido con su deber como soldados, sin dejar de serme leales. Tenían una señal secreta para reconocerse entre sí.

Skorzeny tiene que retirarse, pues ha de arreglar todavía algunos detalles. Cueli está también en el cuarto. El Duce opina que puede quedarse, deseo al que me es imposible oponerme. Pero observé cuidadosamente todos su movimientos. No se me escapa nada. ¿Quién puede saber lo que se propone? Pienso continuamente en el diario del Duce. Vuelvo al tema de la conversación anterior.

—Duce, durante nuestras investigaciones hemos oído diferentes versiones de los sucesos del 24, 25 y 26 de julio en Roma. Le agradecería mucho, si eso no significa un gran esfuerzo para usted, que me contara en pocas palabras lo ocurrido.

—Pues, nos encontramos en la sesión del Gran Consejo Fascista; se leyó un manifiesto que habían preparado entre ellos. Sé que Ciano también metió la mano en eso. Se votó; no puedo darle ahora los detalles, sería todo un libro. En todo caso, comprendí que estaba en minoría. Fuimos a mí escritorio: Scorza, Buffarini, Galbiati y yo; todavía seguíamos discutiendo. Después me fui a casa. Scorza me acompañó. Hablé muy poco con mi esposa, que estaba muy impresionada. Después de dormir algo, me dirigí al *Palazzo Venezia.* Antes de salir dije a Donna Rachele que iba a hablar con el rey y presentarle mi dimisión. Mi esposa me pidió encarecidamente que no fuera a ver al rey. "Te traerá desgracia", decía ella; "no vayas a la *Villa Savoia".* Pero había decidido ir. En el Palacio Venecia me ocupé de algunas cosas, recibí al embajador japonés, Bastiani estaba conmigo. Se me avisó entonces que el rey me esperaba a la tarde. Llamé por teléfono a mi esposa y le dije que volvería a casa por la tarde para cambiarme de ropa, pues debía visitar al rey. Otra vez me advirtió por teléfono que no lo hiciera. ¿Sabe usted? En estos casos, las mujeres tienen una intuición más profunda que nosotros los hombres. Con Galbiati fui a la iglesia de San Lorenzo y después a casa, a la *Villa Totlonia.* Allí me cambié de ropa. Mi esposa me advirtió otra vez. A las cuatro y media me dirigí a la *Villa Savoia.* Mi esposa me estrechó la mano y me miró largamente en los ojos al salir. Desde entonces no la he visto más. El rey me recibió muy amablemente, me condujo a la *Pallazzina,* donde quedamos solos. Al principio me hizo amargos reproches, echándome la culpa de todo lo ocurrido.

"Cuando me dejó hablar, le expliqué tranquilamente que estaba obligado a aceptar sus recriminaciones. Pero debía recordar que en otros tiempos fui yo el que marchó sobre Roma. Si no hubiera hecho eso, desde aquella época no existiría la monarquía.

"Cité después mis esfuerzos en pro de la elevación del nivel de vida del país, en pro de la construcción de carreteras, de desecación de los pantanos, de la reconstrucción de las colonias. Le dije que con la guerra de Abisínia había creado un imperio para el rey. No había aprovechado la oportunidad para eregirme en amo y señor. El, el rey, llevaba el título de emperador...

"Todo esto no justificaría sus reproches. En último análisis ,yo mismo había sido engañado por mis propios amigos y ministros. Después de todo esto, el rey cambió enteramente de actitud. Citó mis servicios y me estrechó la mano. Me llamó primo suyo y me tuteó. Eso es posible, yo poseo la orden de la Annunziata; todos sus miembros tienen derecho a considerarse primos del rey.

"Propuse entonces que aceptara mi renuncia y me encargara la formación de un gobierno puente. Yo sabía exactamente, y el rey debería entenderlo así, que la estructura del gobierno,

después de veinte años de régimen fascista, no podría cambiar de la noche a la mañana sin grandes perjuicios.

"Yo estaba dispuesto a formar un gobierno mayoritario de varios partidos y a iniciar las transformaciones necesarias, y después de un tiempo, que determinaría el mismo rey, llamar a elecciones generales y entregar mi renuncia definitiva. Mí sucesor podría entonces hacerse cargo de un estado bien organizado. El rey se negó a aceptar esta proposición. Me aseguró, sin embargo, que tenía la intención de hablar al pueblo, en una manifestación pública, en la que estaría yo también presente, para agradecerme todo lo hecho por Italia. Me condecoraría por esos mismos méritos.

"Pregunté entonces al rey si podía dirigirme a Rocca della Camínate. Aunque necesitaba descansar, estaba siempre a la disposición de Su Majestad y del nuevo gobierno."

Hasta entonces el Duce había hablado tranquilamente, en un tono de simple conversación. De repente elevó la voz y le dio un tono tajante.

—¿Sabe usted, señor Radl, lo que pasó allí? Es un caso único en la historia... Usted sabrá que hay *gangsters* en el mundo. Pues el rey de Italia es el *gángster* más sucio que hay en el mundo. Es el *gángster* más grande y más sinvergüenza de todos los tiempos. . .

"Me estrechó la mano, me puso la otra sobre el hombro y me acompañó hasta la puerta, y con emocionadas palabras me /dio las gracias por todo. Cuando le pregunté si se aceptaba mi dimisión, me dijo: «Usted es un hombre enteramente libre, váyase usted a casa, salude a su esposa, en mi nombre, y muchas gracias por todo.» Mantuvo mi mano entre las suyas hasta la puerta del *Palazza.* Allí me la estrechó otra vez, larga y cariñosamente. Pero cuando quise subir en mi coche, un oficial me puso la mano sobre el hombro y me dijo que Su Majestad le había dado orden de protegerme. Esa fué mi detención. Me metieron en una ambulancia; desde entonces soy su prisionero. Jamás hubiera supuesto que el rey fuera capaz de semejante porquería."

Había escuchado todo eso sin atreverme a decir una palabra, cuando entró Skorzeny. El teniente Faiola había cerrado la segunda valija. Me he fijado muy bien, sin olvidar al general Cueli. Para el Duce queda pronto un *neceser* de viaje.

Todavía le desagrada la idea de levantar vuelo con el *Fieseler Storch.* El Duce es también aviador y sabe bien cuáles son las posibilidades de ese aparato. Aparece otra vez el comandante de los carabineros, que quiere saber si sus soldados son prisioneros de los alemanes o no. Mussolini ruega que no hagamos eso. Los carabineros han sido siempre leales y se han portado muy decentemente con él. Nosotros tampoco tenemos ninguna razón para quejarnos. Por consiguiente se ordena que los italianos queden en libertad, pero desarmados.

Mussolini y Skorzeny salen afuera. Los generales Cueli y Soleti van con nosotros hasta la estación del funicular.

DE REGRESO A ALEMANIA

Desde la estación inferior del funicular pregunta el mayor Mors si puede subir. Naturalmente, cuando quiera, pero no vamos a esperarle. En aquel momento sale el Duce con todo su séquito del hotel.

Todos quieren fijar esa escena con sus cámaras fotográficas. Es extraño la cantidad de máquinas fotográficas cuya-existencia no sospechábamos.

Tengo en mis manos la valija del Duce. He estado tan ocupado que no he tenido tiempo ni para sacarme el casco de acero, siendo casi el único que no lo ha cambiado por el birrete. Ni siquiera me he sacado la cartuchera.

Cuando el Duce se encuentra ya a unos diez metros del hotel, aparece el mayor Mors con los tenientes primeros Schul-ze y Kurts, que vienen de la estación superior del funicular. Se nos acercan. El mayor Mors saluda a Skorzeny y pide que le presente a Mussolini.

—Duce, le presento al mayor Mors, del batallón de paracaidistas, a los que se debe el triunfo en la acción del valle.

El Duce estrecha la mano de Mors, hace dos o tres preguntas y sigue caminando en dirección al avión. El corresponsal de guerra, von Kayser, fotografía esa escena. Un mes más tarde aparece en el *Observador Ilustrado.* Lo imprimen en gran formato. En medio aparece la *cabeza* del Duce. al lado el mayor Mors, detrás el teniente primero Schulze. El texto dice así: "El Duce habla con sus libertadores."

Nos quejamos de inmediato al doctor Goebbels, para quien el asunto es muy penoso. Invita a Skorzeny a una cena íntima, en la que se discute la cuestión. En la prensa no se hará más sensacionalismo con esos hechos. Pero Skorzeny y yo hablaremos en una transmisión radiotelefónica, rectificándolas cosas y explicándolas como se han descrito en este libro.

Todos se encuentran ante el *Fieseler Storch.* El capitán Gerlach pensó volar solo con el Duce, lo que no hubiera sido difícil. Pero Skorzeny le hace saber que él acompañará a Mussolini. Al principio Gerlach se opone, pero finalmente Skorzeny logra convencerlo. Los tres se meten en el pequeño *Storch.* Gerlach se sienta adelante, serio y pálido. Detrás de él, Mussolini, y detrás del Duce, con sus dos metros de altura inclinado sobre Mussolini, el capitán Skorzeny.

Cuando vemos aquellos tres hombres en la pequeña máquina, se nos ponen los pelos de punta. El Duce se despide, me da otra vez la mano y me recomienda que me ocupe de su valija. Gerlach cierra la ventanilla corrediza del asiento del piloto y arranca el motor.

Va montaña abajo por la senda de la cual se han eliminado los cantos rodados. Pero a los dos tercios de la pista improvisada hay una zanja de desagüe que la cruza, formando ángulo. Gerlach quiere evitarla. Intenta despegar; efectivamente, el *Storch* salta sobre la zanja, pero de repente se inclina el lado izquierdo del tren de aterrizaje, parece volcarse hacia allí y salta algunos metros sobre un precipicio.

Las piernas se niegan a sostenerme, mejor dicho, parecen haber desaparecido de golpe. Siento que me hundo y caigo, como si me sentara sobre una de las valijas del Duce. ¡Gracias a Dios no lo ha notado nadie! Los hombres creen que me he sentado. En realidad he caído como si fuera un saco. Es la postrer reacción del esfuerzo y la excitación de los últimos días. Tengo el presentimiento que todo ha sido inútil, pues el Duce morirá en el aeroplano. De hecho, pienso en pegarme un tiro. Todos miran hacia allí. No se oye ni una palabra.

Más allá de la garganta, el *Storch* vuela, vuela de verdad, vuela en dirección a Roma.

Abajo, en la estación inferior del funicular, sale otro *Storch,* también con exceso de peso y con *pierna rota.* En él viajan los generales Cueli y Soleti. Esperemos que los dos se encuentren felizmente en Pratica di Mare.

Más allá de la garganta vemos columnas de cargadores que traen los hombres del planeador que se estrelló. Llegan hasta las puertas del hotel, donde se establece que no hay ningún muerto, aunque algunos están gravemente heridos. Pero el doctor Brunner opina que todos saldrán con bien del asunto.

Se inicia el transporte de nuestros hombres mediante el funicular. En cada viaje, por razones de seguridad, debe ir ¡un oficial italiano en la cabina. Es el mismo en todos los viajes, de arriba a abajo, de abajo a arriba, toda la tarde, hasta la noche. Creo que en su vida volverá a utilizar un funicular, pues a la larga eso debe ser bastante aburrido.

A las seis de la tarde se inutilizan aquellos planeadores que el aterrizaje no los había deshecho enteramente. Se sacan previamente las ametralladoras y todo el material utilizable.

A las siete y veinte llega a la estación inferior del funicular el último coche, que se envía hacia arriba con el oficial italiano. Se suspende entonces el tránsito, inutilizando la estación para los próximos días.

Ha terminado nuestra empresa.